RENE GUENON

LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO

Ediciones Obelisco

René Guénon

LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO

Ediciones Obelisco
Ronda de San Pedro, 3
Barcelona
1982

Si desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, envíenos su tarjeta de visita y periódicamente le comunicaremos nuestras novedades.

LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO
René Guénon

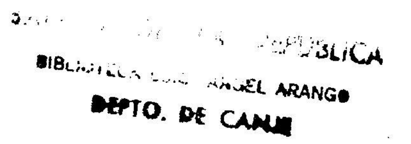
1.ª Edición: julio de 1982

Título original: LA CRISE DU MONDE MODERNE
Traducción: Manuel García Viñó

Depósito Legal: B-27862-82
I.S.B.N.: 84-86000-10-6

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres de Artes Gráficas Ampurias, S.A.
C/. Fragua, s/nº esq. c/. Plomo (int.), sector-B, Barcelona-4



PROLOGO

Cuando, hace algunos años, escribimos *Oriente y Occidente,* creímos haber hecho todas las indicaciones útiles, al menos por el momento, sobre las cuestiones que constituían el objeto de ese libro. Desde entonces, los acontecimientos se han ido precipitando con una velocidad siempre creciente que, aunque sin llevarnos a cambiar una sola palabra de lo que decíamos entonces, sí hacen oportunas algunas precisiones complementarias y el desarrollo de los puntos de vista sobre los que, en un principio, no creímos necesario insistir. Estas precisiones se imponen tanto más cuanto que hemos visto afirmarse de nuevo, en los últimos tiempos, y bajo una forma bastante agresiva, algunas de las confusiones que quisimos precisamente disipar; teniendo buen cuidado de no mezclarnos en ninguna polémica, hemos juzgado conveniente poner las cosas en su punto una vez más. En este orden de cosas, se dan consideraciones, inclusive elementales, que parecen de tal modo extrañas a la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, que, para hacérselas comprender, no hay que abstenerse de volver sobre ellas con reiteración, presentándolas bajo sus diferentes aspectos y explicándolas más completamente a medida que las circunstancias lo permitan, lo que puede dar lugar a dificultades que no sería siempre posible prever desde el primer momento.
El mismo título del presente volumen demanda algunas explicaciones que, antes que nada, debemos suministrar, a fin de que se sepa cómo lo entendemos nosotros y no pueda darse, a este respecto, al menor equívoco. Que se pueda hablar de una crisis del mundo moderno, tomando la palabra "crisis" en su acepción más ordinaria, es algo que muchos ya no ponen en duda y, al menos en este aspecto, se ha producido un cambio bastante sensible: bajo la acción misma de los acontecimientos, ciertas ilusiones comienzan a disiparse y, por nuestra parte, no podemos sino felicitarnos por ello, porque en ello se da, a pesar de todo, un síntoma bastante favorable, el indicio de una posibilidad de enderezamiento de la mentalidad contemporánea, algo que se presenta como un débil resplandor en medio del caos

actual. Es así como la creencia en un "progreso" indefinido, que hace nada era tenido por una especie de dogma intangible e indiscutible, no es ya tan generalmente admitida; algunos entrevén, más o menos vagamente, más o menos confusamente, que la civilización occidental, en lugar de ir siempre desarrollándose en el mismo sentido, podría llegar un día a un punto de parada, o inclusive naufragar enteramente en algún cataclismo. Quizás éstos no ven netamente dónde está el peligro, y los temores quiméricos o pueriles que a veces manifiestan prueban suficientemente la persistencia de muchos errores en sus espíritus; pero, en fin, ya es algo que se den cuenta de que existe un peligro, incluso aunque lo sientan más que lo comprendan verdaderamente, y que lleguen a concebir que esta civilización de la que los modernos están tan orgullosos no ocupa un lugar privilegiado en la historia del mundo, que puede correr la misma suerte que tantas otras que han desaparecido en épocas más o menos lejanas, y algunas de las cuales no han dejado tras de sí más que unas ínfimas huellas, vestigios apenas perceptibles o difícilmente recognoscibles.

Por consiguiente, si se dice que el mundo moderno sufre una crisis, lo que se entiende por esto más habitualmente es que ha llegado a un punto crítico o, en otros términos, que es inminente una transformación más o menos profunda, que, en breve plazo, deberá inevitablemente producirse un cambio de orientación, de grado o por la fuerza, de una manera más o menos brusca, con o sin catástrofe. Esta aceptación es perfectamente legítima y corresponde a una parte de lo que nosotros mismos pensamos, pero sólo a una parte, porque, para nosotros, y situándonos en un punto de vista más general, es toda la época moderna, en su conjunto, la que representa para el mundo un estado de crisis; parece por otra parte que nos acercamos al desenlace, y esto es lo que hoy día hace más sensible que nunca el carácter anormal de este estado de cosas que dura desde hace algunos siglos, pero cuyas consecuencias no habían llegado a ser tan visibles como lo son ahora. Ello es así también porque los acontecimientos se desarrollan con esa acelerada velocidad a la que acabamos de hacer alusión; sin duda, esto puede continuar así durante un tiempo todavía, pero no indefinidamente; e inclusive, sin estar en disposición de señalar un límite preciso, se tiene la impresión de que esto no puede durar ya mucho tiempo.

Pero en el mismo término "crisis" se contienen otras significaciones que lo hacen más apto para expresar lo que queremos decir: en efecto, su etimología, que a menudo se pierde de vista

en el uso corriente, pero sobre la que conviene volver, como hay que hacerlo cuando se quiere restituir a un término la plenitud de su sentido propio y de su valor original, su etimología, decimos, lo hace parcialmente sinónimo de "juicio" y de "discriminación". La fase que puede ser llamada verdaderamente "crítica", en cualquier orden de cosas, es la que conduce inmediatamente a una solución favorable o desfavorable, aquella en que una decisión interviene en un sentido o en otro; es entonces, por consiguiente, cuando es posible hacer un juicio sobre los resultados obtenidos, de sopesar los pro y los contra, operando una especie de clasificación entre estos resultados, unos positivos, otros negativos, y de este modo ver de qué lado se inclina definitivamente la balanza. Bien entendido, no tenemos en absoluto la pretensión de establecer de una manera completa una tal discriminación, lo que, por otra parte, sería prematuro, puesto que la crisis no está todavía resuelta e incluso no es quizá posible decir exactamente cuándo y cómo lo será, tanto más cuánto es siempre preferible abstenerse de ciertas previsiones que no podrían apoyarse sobre razones claramente inteligibles por todos y que, por tanto, correrían el riesgo de ser mal interpretadas y de añadir confusión en lugar de remediarla. Todo lo que nos podemos proponer es, pues, contribuir, hasta un cierto punto y en tanto nos lo permitan los medios de que disponemos, a dar a los que estén capacitados la conciencia de algunos resultados que parecen haber quedado bien establecidos desde ahora, preparando así, aunque no sea más que de una manera parcial y bastante indirecta, los elementos que deberán servir para el futuro "juicio", a partir del cual se abrirá un nuevo período de la historia de la humanidad terrestre.

Varias de las expresiones que acabamos de emplear evocarán sin duda, en el espíritu de algunos, la idea de lo que se llama el "juicio final" y, a decir verdad, no andarán errados; que por otra parte ello se entienda literal o simbólicamente, o de las dos formas a la vez, porque en realidad no se excluyen de ningún modo, poco importa aquí, y éste no es el lugar ni el momento de explicarnos enteramente sobre este punto. En todo caso, este poner en la balanza los pros y los contras, esta discriminación de los resultados positivos y negativos, de los que en seguida hablaremos, puede seguramente hacer pensar en la separación de los "elegidos" y los "condenados" en dos grupos inmutablemente fijados para siempre; incluso aunque aquí no se trate más que de una analogía, hay que reconocer que es una analogía válida y bien fundada, de conformidad con la naturaleza misma

de las cosas; y esto reclama todavía algunas explicaciones. No es ciertamente por azar por lo que tantos espíritus están hoy obsesionados por la idea del "fin del mundo"; es para lamentarlo en ciertos aspectos, porque las extravagancias a que da lugar esta idea mal comprendida, las divagaciones "mesiánicas" que son su consecuencia en diversos medios, todas estas manifestaciones productos del desequilibrio mental de nuestra época no hacen más que agravar este mismo desequilibrio en proporciones que no son en absoluto despreciables; pero, en fin, no es menos cierto que aquí hay un hecho que no nos podemos dispensar de tener en cuenta. La actitud más cómoda, cuando se constatan cosas de este género, es con toda seguridad la que consiste en apartarlas pura y simplemente sin mayor examen, en tratarlas como errores o sueños sin importancia; nosotros pensamos sin embargo, que inclusive si son efectivamente errores, vale más, aun denunciándolos como tales, buscar las razones que los han provocado y la parte de verdad más o menos deformada que puede a pesar de todo encontrarse contenida en ellos, porque, no teniendo en suma el error más que un modo de existencia puramente negativo, el error absoluto no puede encontrarse en ninguna parte y no es más que una palabra vacía de sentido. Si se consideran las cosas de esta manera, se percibe sin esfuerzo que esta preocupación del "fin del mundo" está estrechamente ligada con el estado de malestar general en el que al presente vivimos: el oscuro presentimiento de algo que está efectivamente a punto de acabar, actuando sin control sobre ciertas imaginaciones, produce naturalmente representaciones desordenadas y lo más a menudo groseramente materializadas, que, a su vez, se traducen exteriormente por las extravagancias a las que acabamos de hacer alusión. Esta explicación no es, por otra parte, una excusa en favor de éstos; o al menos, si se puede excusar a los que caen involuntariamente en el error, porque están predispuestos a él por causa de un estado mental del que no son responsables, esto no podría ser jamás una razón para excusar el error mismo. Por lo demás, en lo que nos concierne, no se nos podrá reprochar de ninguna manera una indulgencia excesiva respecto a manifestaciones "pseudorreligiosas" del mundo contemporáneo, no más que de todos los errores modernos en general; sabemos inclusive que algunos estarían más bien tentados de hacernos el reproche contrario, y quizá lo que decimos aquí les hará comprender mejor cómo encaramos estas cosas, esforzándonos en situarnos siempre en el único punto de vista que nos importa, el de la verdad imparcial y desinteresada.

Esto no es todo: una explicación simplemente "psicológica" de la idea del "fin del mundo" y de sus manifestaciones actuales, por justa que sea en su orden, no podría pasar a nuestros ojos por plenamente suficiente; atenerse a ella sería dejarse influenciar por una de esas ilusiones modernas contra las que nos oponemos en toda ocasión que se presenta. Algunos, decíamos, sienten confusamente el fin inminente de algo cuya naturaleza y alcance no pueden exactamente definir; es preciso admitir que ellos tienen aquí una percepción muy real, aunque vaga y sujeta a falsas interpretaciones o a deformaciones imaginativas, puesto que, cualquiera que sea este fin, la crisis que debe forzosamente desembocar en él es bastante aparente y una multitud de signos inequívocos y fáciles de verificar conducen todos de una manera concordante a la misma conclusión. Este fin no es sin duda el "fin del mundo", en el sentido total en que algunos lo quieren entender, pero es, al menos, el fin de un mundo; y si lo que debe acabar es la civilización occidental bajo su forma actual, es comprensible que quienes se han acostumbrado a no ver nada fuera de ella, a considerarla como "la civilización", sin epíteto, crean fácilmente que todo acabará con ella y que, si ella llega a desaparecer, eso será verdaderamente el "fin del mundo". Diremos pues, para llevar las cosas a sus justas proporciones, que parece desde luego que nos aproximamos realmente al fin de un mundo, es decir, al fin de una época o de un ciclo histórico, que puede por otra parte estar en correspondencia con un ciclo cósmico, según lo que a este respecto enseñan todas las doctrinas tradicionales. Ya ha habido en el pasado muchos acontecimientos de este género y sin duda habrá otros en el porvenir; acontecimientos de importancia desigual, por lo demás, según den fin a períodos más o menos amplios y según conciernan al conjunto de la humanidad terrestre o solamente a una u otra porción de ella, una raza o un pueblo determinado. Es de suponer, en el estado presente del mundo, que el cambio que sobrevendrá tendrá un alcance muy general, y que, cualquiera que sea la forma que revista, y que no intentamos definir, afectará más o menos a la tierra entera. En todo caso, las leyes que rigen tales acontecimientos son aplicables analógicamente a todos los grados; también lo que se ha dicho del "fin del mundo", en un sentido tan completo como es posible concebirlo, y que por otra parte no se refiere de ordinario más que al mundo terrestre, es todavía verdadero, guardadas todas las proporciones, cuando se trata simplemente del fin de un mundo cualquiera en un sentido mucho más restringido.

Estas observaciones preliminares ayudarán grandemente a comprender las consideraciones que van a seguir; ya hemos tenido ocasión, en otras obras, de hacer bastante a menudo alusión a las "leyes cíclicas"; por otra parte, quizá sería difícil hacer una exposición completa de estas leyes bajo una forma fácilmente accesible a los espíritus occidentales, pero al menos es necesario tener algunos datos sobre este tema si se quiere uno hacer una idea verdadera de lo que es la época actual y lo que ella representa exactamente en el conjunto de la historia del mundo. Es por esto por lo que comenzaremos por mostrar que los caracteres de esta época son realmente los que las doctrinas tradicionales han señalado en todo tiempo para el período cíclico al que ella corresponde; y esto será también mostrar que lo que es anomalía y desorden desde un cierto punto de vista es sin embargo un elemento necesario de un orden más vasto, una consecuencia inevitable de las leyes que rigen el desenvolvimiento de toda manifestación. Por lo demás, digámoslo en seguida, esta no es una razón para contentarse con sufrir pasivamente la turbación y la oscuridad que momentáneamente parecen triunfar, porque, si así fuera, no nos quedaría otra cosa que guardar silencio; por el contrario, es un razón para trabajar, tanto como se pueda, en preparar la salida de esta "edad de sombra" cuyo fin más o menos próximo, si no inminente, permiten entrever muchos indicios. Esto también está en el orden, porque el equilibrio es el resultado de la acción simultánea de las dos tendencias opuestas; si la una o la otra pudiera enteramente cesar de actuar, no se recuperaría jamás el equilibrio y el mundo mismo se desvanecería; pero esta suposición es irrealizable, porque los dos términos de una oposición no tienen sentido más que el uno por el otro, y cualesquiera que sean las apariencias, se puede estar seguro de que todos los desequilibrios parciales y transitorios concurren finalmente a la realización del equilibrio total.

Capítulo primero

LA EDAD DE SOMBRA

La doctrina hindú enseña que la duración de un ciclo humano, al que da el nombre de *Manvantara,* se divide en cuatro edades, que marcan otras tantas fases de un oscurecimiento gradual de la espiritualidad primordial; son esos mismos períodos que las tradiciones de la antigüedad occidental designaban por su parte como edades de oro, de plata, de bronce y de hierro. Al presente nos encontramos en la cuarta edad, el Kali-Yuga o "edad de sombra"; y nos encontramos en ella, dicen, desde hace ya más de seis mil años, es decir, desde una época muy anterior a todas las que son conocidas por la historia "clásica". Desde entonces, las verdades que en otros tiempos eran conocidas por todos los hombres se han hecho cada vez más ocultas y difíciles de alcanzar; los que las poseen son cada vez menos numerosos, y si el tesoro de la sabiduría "no humana", anterior a todas las edades, no puede perderse jamás, se rodea de velos cada vez más impenetrables, que lo disimulan a las miradas y bajo los cuales resulta extremadamente difícil de descubrir. Por esto es por lo que por todas partes se trata de algo que se ha perdido —al menos en apariencia y en relación con el mundo exterior— y que deben reencontrar aquéllos que aspiran al verdadero conocimiento; pero se dice también que lo que así está oculto se hará visible al final de este ciclo, que será al mismo tiempo, en virtud de la continuidad que liga todas las cosas entre sí, el comienzo de un ciclo nuevo.

Pero, se preguntará, ¿por qué el desarrollo cíclico debe cumplirse así en un sentido descendente, yendo de lo superior a lo inferior, lo que, como se notará sin esfuerzo, es la negación misma de la idea de "progreso" tal como la entienden los modernos? Es porque el desenvolvimiento de toda manifestación implica necesariamente un alejamiento cada vez mayor del principio del que procede; por lo tanto, desde el punto más alto, tiende forzosamente hacia abajo y, como los cuerpos pesados, lo

hace con una velocidad siempre creciente, hasta que finalmente encuentra un punto de parada. Esta caída podría ser caracterizada como una materialización progresiva, porque la expresión del principio es pura espiritualidad; decimos la expresión, y no el principio mismo, porque éste no puede ser designado por ninguno de los términos que parecen indicar una oposición cualquiera, dado que está más allá de todas las oposiciones. Por otra parte, palabras como "espíritu" y "materia", que, para mayor comodidad, tomamos prestadas aquí al lenguaje occidental, no tienen apenas para nosotros más que un valor simbólico; en todo caso, no pueden convenir verdaderamente a aquellos de que se trata, sino a condición de desproveerlas de las interpretaciones especiales que de ellas da la filosofía moderna, cuyos "espiritualismo" y "materialismo" no son, a nuestros ojos, sino dos formas complementarias que se implican la una a la otra y que son igualmente omisibles para quien quiera elevarse por encima de estos puntos de vista contingentes. Pero, por otra parte, no es de metafísica pura de lo que nos proponemos tratar aquí; por eso es por lo que, sin perder de vista los principios esenciales, podemos, tomando las indispensables precauciones para evitar todo equívoco, permitirnos el uso de términos que, aunque inadecuados, parecen susceptibles de hacer las cosas más fácilmente comprensibles, en la medida en que pueda hacerse sin desnaturalizarlas.

Lo que acabamos de decir sobre el desenvolvimiento de la manifestación presenta un panorama que, aun siendo exacto en el conjunto, es sin embargo demasiado simplificado y esquemático, por lo que puede hacer pensar que dicho desenvolvimiento se efectúa en línea recta, según un sentido único y sin oscilación de ninguna clase; la realidad es por el contrario muy compleja. En efecto, en todas las cosas cabe la posibilidad, como hemos indicado con anterioridad, de considerar dos tendencias opuestas, una descendente y otra ascendente, o, si se quiere uno servir de otro modo de presentación, una centrífuga y la otra centrípeda; y de la predominancia de la una o de la otra proceden dos fases complementarias de la manifestación, la una de alejamiento del principio, la otra de retorno hacia el principio, que a menudo se comparan simbólicamente con los movimientos del corazón o con las dos fases de la respiración. Aunque de ordinario estas dos fases se describan como sucesivas, hay que concebir que, en realidad, las dos tendencias a las que corresponden actúan siempre simultáneamente, aunque en proporciones diversas; y a veces ocurre, en ciertos momentos críticos en que

la tendencia descendente parece estar a punto de llevar definitivamente ventaja en la marcha general del mundo, que intervienen una acción especial para reforzar la tendencia contraria, de manera de establecer un cierto equilibrio al menos relativo, tal como lo permitan las condiciones del momento, y de esta forma operar un enderazamiento parcial, mediante el que el movimiento de caída puede parecer detenido o neutralizado temporalmente.[1]

Es fácil de comprender que estos datos tradicionales, de los que debemos limitarnos a esbozar unas nociones muy sumarias, hacen posibles concepciones muy diferentes de todos los ensayos de "filosofía de la historia" a que se entregan los modernos y mucho más vastos y profundos. Pero, por el momento, no se nos ocurre en modo alguno remontarnos a los orígenes del ciclo presente, ni siquiera, más simplemente, a los principios del *Kali-Yuga*; nuestras intenciones no se refieren, al menos de una manera directa, sino a un dominio mucho más limitado: a las últimas fases de este mismo *Kali-Yuga*. Se puede efectivamente, en el interior de cada uno de los grandes períodos de los que hemos hablado, distinguir todavía diferentes fases secundarias que constituyen subdivisiones de ellos; y dado que cada parte es de alguna manera análoga al todo, estas subdivisiones reproducen, por así decir, sobre una escala más reducida, la marcha general del gran ciclo en el que se integran; pero, aun aquí, una investigación completa de las modalidades de aplicación de esta ley a los diversos casos particulares nos llevaría bastante más allá del cuadro que nos hemos trazado para este estudio. Para terminar estas consideraciones preliminares, mencionaremos solamente algunas de las épocas particularmente críticas que ha atravesado la humanidad, las que entran en el período que se acostumbra a llamar "histórico", porque es efectivamente el único accesible a la historia ordinaria o "profana"; y esto nos conducirá con toda naturalidad a lo que debe ser el objeto propio de nuestro estudio, puesto que la última de estas épocas críticas no es otra que la que constituye lo que se denominan los tiempos modernos.

Hay un hecho bastante extraño, que parece no haber sido notado nunca como merece serlo: es que el período propiamente

1. Esto se refiere a la función de "conservación divina" que, en la tradición hindú, es representada por *Vishnú*, y más particularmente a la doctrina de los *Avatares* o "descendimientos" del princio principio divino al mundo manifestado, que no podemos ni siquiera soñar con desarrollar aquí.

"histórico", en el sentido que acabamos de indicar, se remonta exactamente al siglo VI antes de la era cristiana, como si allí hubiese una barrera que no es posible franquear con ayuda de los medios de investigación de que disponen los investigadores ordinarios. A partir de esta época, se dispone por toda partes de una cronología bastante precisa y bien establecida; por el contrario, para todo lo que es anterior, no se consigue en general más que una vaga aproximación, y las fechas propuestas para los mismos acontecimientos varían a menudo en varios siglos. Inclusive para los países de los que no se tienen más que simples vestigios esparcidos, como por ejemplo Egipto, esto resulta muy chocante; y lo que aún resulta más asombroso es que, en un caso excepcional y privilegiado como el de China, que posee, para épocas bastante más alejadas, anales fechados por medio de observaciones astronómicas que no deberían dejar lugar a ninguna duda, los modernos no califican menos estas épocas de "legendarias", como si hubiese allí un dominio sobre el que no se reconocen el derecho a tener ninguna certeza y hasta se prohibiesen a sí mismos obtenerlas. La antigüedad llamada "clásica" no es pues, a decir verdad, más que una antigüedad relativa, e inclusive mucho más próxima a los tiempos modernos que a la verdadera antigüedad, puesto que no se remonta siquiera a la mitad del *Kali-Yuga*, cuya misma duración no es, según la doctrina hindú, más que la décima parte de la del *Manvantara*; y por esto se podrá juzgar suficientemente hasta qué punto tienen razones los modernos para mostrarse orgullosos ¡de sus conocimientos históricos! Todo esto, responderían sin duda ellos todavía para justificarse, no son más que períodos "legendarios", por lo cual estiman que no tienen que tenerlos en cuenta; pero esta respuesta no es otra cosa que la confesión de su ignorancia y de una incomprensión que sólo puede explicar su desdén por la tradición; el espíritu específicamente moderno no es efectivamente, como haremos ver más adelante, sino el espíritu antitradicional.

En el siglo VI antes de la era cristiana, se produjeron, cualquiera que fuera la causa, cambios considerables en casi todos los pueblos; cambios que presentaron por otra parte caracteres diferentes según los países. En ciertos casos, fue una readaptación de la tradición a condiciones distintas a las existentes con anterioridad, readaptación que se cumplió en un sentido rigurosamente ortodoxo; es lo que tuvo lugar especialmente en China, en que la doctrina, primitivamente constituida por un conjunto único, fue entonces dividida en dos partes netamente distintas:

el Taoísmo, reservado a una élite y comprendiendo la metafísica pura y las ciencias tradicionales de orden propiamente especulativo, y el Confucianismo, común a todos sin distinción, y teniendo por dominio las aplicaciones prácticas y principalmente sociales. Entre los persas, parece que hubo igualmente una readaptación del Mazdeísmo, porque esta época fue la del último Zoroastro.[2] En la India, se vio nacer entonces el Budismo, que, cualquiera que haya sido por otra parte su carácter original,[3] debía desembocar, por el contrario, al menos en algunas de ramas, en una rebelión contra el espíritu tradicional, yendo hasta la negación de toda autoridad, hasta una verdadera anarquía, en el sentido etimológico de "ausencia de principio", en el orden intelectual y en el orden social. Lo que resulta bastante curioso es que en la India no se encuentre ningún monumento que se remonte más allá de esta época, y los orientalistas, que pretenden empezarlo todo por el Budismo, cuya importancia exageran singularmente, han intentado sacar partido de esta constatación en favor de su tesis. La explicación del hecho es sin embargo bien simple: es que todas las construcciones anteriores eran de madera, de manera que han desaparecido naturalmente sin dejar huellas;[4] pero lo que es verdad es que un cambio

2. Hay que hacer notar que el nombre de Zoroastro designa en realidad, no a un personaje particular, sino una función, a la vez profética y legisladora; hubo varios Zoroastros, que vivieron en épocas muy diferentes; y es incluso verosímil que esta función debió de tener un carácter colectivo, lo mismo que la de Vyasa en la India, y lo mismo también que, en Egipto, lo que fue atribuido a Toth o a Hermes representa la obra de toda la casta sacerdotal.

3. La cuestión del Budismo está, en realidad, lejos de ser tan sencilla como podría hacerlo pensar estas breves nociones. Es interesante hacer notar que si los hindúes, desde el punto de vista de su propia tradición, han condenado siempre a los budistas, muchos de ellos no profesan menos un gran respeto por el mismo Buda, llegando algunos de ellos a ver en él al noveno Avatar, mientras que otros identifican a éste con Cristo. Por otra parte, en lo que concierne al Budismo tal como es conocido hoy, es preciso tener buen cuidado de distinguir entre sus dos formas del *Mahayana* y del *Hinayana*, del "Gran Vehículo" y del "Pequeño Vehículo". De una manera general, se puede decir que el Budismo fuera de la India difiere notablemente de su forma india original, que comenzó rápidamente a perder terreno después de la muerte de Ashoka y desapareció completamente algunos siglos más tarde.

4. Este caso no es particular de la India y se le encuentra también en Occidente; es exactamente por la misma razón por la que no se encuentra ningún vestigio de ciudades galas, cuya existencia es sin embargo incontestable, estando atestiguada por testigos contemporáneos; y, aquí igualmente, los historiadores modernos se han aprovechado de esta ausencia de monumentos para pintar a los galos como salvajes que vivían en los bosques.

semejante en el modo de construcción corresponde necesariamente a una modificación profunda de las condiciones generales de existencia del pueblo que las produjo.
Acercándonos a Occidente, vemos que la misma época fue, entre los Judíos, la de la cautividad de Babilonia; y lo que constituye quizás uno de los hechos más asombrosos que se pueden constatar es que un corto período de setenta años fue suficiente para hacerles perder hasta su escritura, puesto que hubieron luego de reconstituir los Libros sagrados con caracteres completamente distintos a los que habían estado en uso hasta entonces. Se podrían citar aún otros acontecimientos tenidos lugar casi en las mismas fechas. Haremos notar solamente lo que fue para Roma el comienzo del período propiamente "histórico" que sucedió a la época "legendaria" de los reyes, y que también se sabe, aunque de una manera un poco vaga, que se dieron entonces importantes movimientos entre los pueblos célticos; pero, sin insistir más en ello, llegaremos a lo que concierne a Grecia. Aquí, igualmente, el siglo VI fue el punto de partida de la civilización llamada "clásica", la única a la que los modernos reconocen el carácter "histórico", y todo lo que antecede es lo bastante mal conocido como para ser tratado de "legendario", aunque los descubrimientos arqueológicos recientes no permiten ya dudar de que hubo por lo menos una civilización muy real; y tenemos algunas razones para pensar que esta primera civilización helénica fue mucho más interesante intelectualmente que la que la siguió, y que sus relaciones no dejan de ofrecer alguna analogía con las existentes entre la Europa de la Edad Media y la Europa moderna. Sin embargo, conviene hacer notar que la escisión no fue tan radical como en este último caso, porque hubo, al menos parcialmente, una readaptación efectuada en el orden tradicional, principalmente en el dominio de los "misterios"; y con esto es necesario relacionar el Pitagorismo, que fue sobre todo, bajo una forma nueva, una restauración del Orfismo anterior, y cuyos evidentes lazos con el culto délfico de Apolo hiperbóreo permiten inclusive considerar una filiación continua y regular con una de las más antiguas tradiciones de la humanidad. Pero, por otra parte, pronto se vio aparecer algo de lo que no existía aún ningún ejemplo y que debía, por consiguiente, ejercer una influencia nefasta sobre todo el mundo occidental: nos referimos a este modo especial de pensamiento que adoptó y conserva el nombre de "filosofía"; y este punto es lo suficientemente importante como para que nos detengamos en él unos instantes.

La palabra "filosofía", en sí misma, puede sin duda ser tomada en un sentido muy legítimo, que fue sin duda su sentido primitivo, sobre todo si es verdad que, como se pretende, fue Pitágoras el primero en emplearla: etimológicamente, no significa otra cosa que "amor a la sabiduría"; designa pues en principio una disposición previa requerida para acceder a la sabiduría, y puede designar también, por una extensión completamente natural, la búsqueda que, naciendo de esta misma disposición, debe conducir al conocimiento. No es pues más que un estado preliminar y preparatorio, un encaminamiento hacia la sabiduría, un grado correspondiente a un estado inferior de ésta;[5] la desviación que se ha producido después ha consistido en tomar este grado transitorio por el fin en sí mismo, en pretender sustituir la sabiduría por la "filosofía", lo que implica el olvido o el desconocimiento de la verdadera naturaleza de esta última. Es así como nació lo que podemos llamar la filosofía "profana", es decir, una pretendida sabiduría puramente humana, luego de orden simplemente racional, que ocupa el lugar de la verdadera sabiduría tradicional, suprarracional y "no humana". Sin embargo, algo de ésta subsiste todavía a través de toda la antigüedad; prueba de ello es antes que nada la persistencia de los "misterios", cuyo carácter esencialmente "iniciático" no podría ser negado, y está también el hecho de que la enseñanza de los mismos filósofos tenía a la vez, lo más a menudo, un lado "exotérico" y un lado "esotérico", que podía —este último— permitir la ligazón a un punto de vista superior, que se manifiesta por otra parte de una manera muy neta, aunque quizá incompleta en ciertos aspectos, algunos siglos más tarde, con los alejandrinos. Para que la filosofía "profana" fuese definitivamente constituida como tal era preciso que permaneciera sólo el "exoterismo" y se llegara hasta a la negación pura y simple de todo "esoterismo"; esto es precisamente a lo que debía conducir, entre los modernos, el movimiento comenzado por los griegos; las tendencias que se habían ya afirmado entre éstos debían entonces ser llevadas hasta sus consecuencias más extremas, y la importancia excesiva que ellos acordaron al pensamiento racional iba a acentuarse todavía más hasta llegar al "racionalismo", actitud especialmente moderna que consiste, no ya simplemente en ignorar, sino en negar expresamente todo lo que es de orden

5. La relación es aquí la misma que existe, en la doctrina taoista, entre el estado del "hombre dotado" y el del "hombre trascendente".

suprarracional; pero no anticipemos más, porque tendremos que volver sobre estas consecuencias y contemplar su desarrollo en otra parte de nuestra exposición.

En lo que se acaba de decir, hay particularmente una cosa que retener desde el punto de vista que nos ocupa: que conviene buscar en la antigüedad "clásica" algunos de los orígenes del mundo moderno; éste no anda enteramente equivocado cuando se avala con la civilización grecolatina y se pretende su continuador. Hay que decir, sin embargo, que no se trata más que de una continuación lejana y un poco infiel, porque en esa antigüedad había, a pesar de todo, muchas cosas, en el orden intelectual y espiritual, cuyo equivalente no sería posible encontrar entre los modernos; en todo caso, constituyen dos grados bastante diferentes en el oscurecimiento progresivo del verdadero conocimiento. Por otra parte, se podría concebir que la decadencia de la civilización antigua haya llevado, de una manera gradual y sin solución de continuidad, a un estado más o menos semejante al que contemplamos hoy; pero, de hecho, no ocurrió así y, en el intervalo, hubo para el Occidente otra época crítica que fue al propio tiempo una de esas épocas de enderezamiento de las que aludíamos más arriba.

Esta época es la del principio y la expansión del Cristianismo, coincidente, por una parte, con la dispersión del pueblo judío y, por otra parte, con la última fase de la civilización grecolatina; y podemos pasar más rápidamente sobre estos acontecimientos, a despecho de su importancia, porque son más generalmente conocidos que aquéllos de que hemos hablado hasta ahora, y porque su sincronismo ha sido más puesto de relieve, incluso por los historiadores cuyas miras son más superficiales. Se han señalado también a menudo ciertos rasgos comunes a la decadencia antigua y a la época actual; y, sin querer llevar demasiado lejos el paralelismo, se debe reconocer que hay en efecto algunas semejanzas bastante asombrosas. La filosofía puramente "profana" había ganado terreno: la aparición por un lado del escepticismo, el éxito del "moralismo" estoico y epicúreo por otro, muestran bastante bien hasta qué punto la intelectualidad se había rebajado. Al mismo tiempo, las antiguas doctrinas sagradas, que casi nadie comprendía ya, habían degenerado, y por el hecho de esta incomprensión, en "paganismo", en el verdadero sentido de esta palabra, es de cir, que ellas no eran ya más que "supersticiones", cosas que, por haber perdido su significación profunda, se sobrevivieron a sí mismas mediante manifestaciones completamente exteriores. Hubo intentos de

reacción contra esta decadencia: el mismo helenismo intentó revivificarse con ayuda de elementos tomados prestados a las doctrinas orientales con las cuales podía encontrarse en contacto; pero esto no era suficiente, la civilización grecolatina debía tener fin y el enderezamiento había de venir de otro lado y operarse bajo otra forma. Fue el Cristianismo el que cumplió esta transformación; y, notémoslo de pasada, la comparación que se puede establecer bajo ciertos aspectos entre ese tiempo y el nuestro es quizás uno de los elementos determinantes del "mesianismo" desordenado que despunta actualmente. Después del turbulento período de las invasiones bárbaras, necesario para acabar la destrucción del antiguo estado de cosas, fue restaurado un orden normal para una duración de algunos siglos: fue la Edad Media, tan menospreciada por los modernos, que son incapaces de comprender su intelectualidad, y para quienes esta época se presenta ciertamente como mucho más extraña y lejana que la antigüedad "clásica".

Para nosotros, la verdadera Edad Media se extiende desde el reinado de Carlomagno hasta principios del siglo XIV; en esta última fecha comienza una nueva decadencia que, a través de diversas etapas, irá acentuándose hasta nosotros. Aquí está el verdadero punto de partida de la crisis moderna: es el comienzo de la disgregación de la "Cristiandad", con la que se identificaba esencialmente la civilización occidental del medioevo; es al mismo tiempo que el fin del régimen feudal, bastante estrechamente solidario de esta misma "Cristiandad", el origen de la constitución de las "nacionalidades". Hay pues que hacer remontar la época moderna a casi dos siglos más de lo que de ordinario se hace; el Renacimiento y la Reforma son sobre todo resultantes, y uno y otra no han sido posibles sino por la decadencia previa; pero, lejos de ser un enderezamiento, marcaron una caída mucho más profunda, porque consumaron la ruptura definitiva con el espíritu tradicional, el primero en el dominio de las ciencias y las artes, la segunda en el dominio religioso mismo, que era sin embargo aquél en que una tal ruptura hubiera podido parecer más difícilmente concebible. Lo que se llama Renacimiento fue en realidad, como ya hemos dicho en otras ocasiones, la muerte de muchas cosas; so pretexto de volver a la civilización grecolatina, no se tomó de ella más que lo que ella había tenido de más exterior, porque esto era lo único que había podido expresarse claramente en textos escritos; y esta restitución incompleta no podía por otra parte tener más que un carácter muy artificial, puesto que se trataba de formas

que, desde hacía siglos, habían dejado de vivir su vida verdadera. En cuanto a las ciencias tradicionales de la Edad Media, después de haber tenido todavía algunas últimas manifestaciones hacia esta época, desaparecieron también tan totalmente como las de las civilizaciones lejanas que fueron en otro tiempo aniquiladas por algún cataclismo; y, esta vez, nada debía venir a reemplazarlas. En adelante, no existieron más que la filosofía y la ciencia "profanas", es decir, la negación de la verdadera intelectualidad, la limitación del conocimiento al orden más inferior, el estudio empírico y analítico de los hechos que no son relacionados con ningún principio, la dispersión en una multitud indefinida de detalles insignificantes, la acumulación de hipótesis sin fundamento, que se destruyen incesantemente las unas a las otras, y de puntos de vista fragmentarios que no pueden conducir a nada, salvo a esas aplicaciones prácticas que constituyen la única superioridad efectiva de la civilización moderna; superioridad poco envidiable por otra parte y que, desarrollándose hasta ahogar toda otra preocupación, ha dado a esta civilización el carácter puramente material que hace de ella una verdadera monstruosidad.

Lo que es completamente extraordinario es la rapidez con que la civilización del medioevo cayó en el más completo olvido; los hombres del siglo XVII no tenían ya la menor noción de ella, y los monumentos que subsistían de ella no representaban nada a sus ojos, ni en el orden intelectual ni siquiera en el orden estético; por esto se puede juzgar hasta qué punto la mentalidad había sido cambiada en el intervalo. No intentaremos investigar aquí los factores, ciertamente muy complejos, que concurrieron a este cambio, tan radical que parece difícil admitir que haya podido operarse espontáneamente y sin intervención de una voluntad directriz cuya exacta naturaleza permanece forzosamente bastante enigmática; se dan, a este respecto, circunstancias bastante extrañas, como la vulgarización, en un momento determinado, y su presentación como descubrimientos nuevos, de cosas que eran conocidas en realidad desde hace mucho tiempo, pero cuyo conocimiento, en razón de ciertos inconvenientes que correrían el riesgo de superar las ventajas, no había llegado hasta ahora al dominio público.[6] Es muy inverosímil

6. No citaremos más que dos ejemplos, entre los hechos de este género que deberían tener las más graves consecuencias: la pretendida invención de la imprenta, que los chinos conocían con anterioridad a la era cristiana, y el descubrimiento "oficial" de América, con la que durante toda la Edad Media habían existido comunicaciones mucho más continuadas.

también que la leyenda que hizo de la Edad Media una época de "tinieblas", de ignorancia y de barbarie, haya tenido nacimiento y se haya acreditado por sí misma, y que la verdadera falsificación de la historia a la que se han entregado los modernos se emprendiera sin una idea preconcebida; pero no iremos más adelante en el examen de esta cuestión, porque, de cualquier forma que esta tarea se haya cumplido, es, por el momento, la constatación del resultado lo que, en suma, más nos importa.

Hay una palabra que fue honrada en el Renacimiento y que resumía por adelantado todo el programa de la civilización moderna: es la palabra "humanismo". Se trataba en efecto de reducirlo todo a proporciones puramente humanas, de hacer abstracción de todo principio de orden superior, y, podría decirse simbólicamente, de apartarse del cielo so pretexto de conquistar la tierra; los griegos, cuyo ejemplo se pretendía seguir, no habían llegado jamás tan lejos en este sentido, ni siquiera en el tiempo de su mayor decadencia intelectual, y por lo menos las preocupaciones utilitarias no habían pasado nunca entre ellos al primer plano, mientras que esto iba a producirse muy pronto entre los modernos. El "humanismo" era ya una primera forma de lo que ha llegado a ser el "laicismo" contemporáneo; y, queriendo llevarlo todo a la medida del hombre, tomado por un fin en sí mismo, se terminó por descender, de etapa en etapa, al nivel de lo que en él hay de más inferior, y por no buscar ya apenas más que la satisfacción de las necesidades inherentes al lado material de su naturaleza, búsqueda bastante ilusoria, por lo demás, porque ella crea siempre más necesidades artificiales de las que puede satisfacer.

El mundo moderno, ¿irá hasta abajo de esta pendiende fatal, o bien, como ha ocurrido a la decadencia del mundo grecolatino, se producirá un nuevo enderezamiento también esta vez, antes de que se alcance el fondo del abismo hacia el que se ve arrastrado? Parece que una parada a medio camino no sea ya apenas posible, y que, después de todas las indicaciones suministradas por las doctrinas tradicionales, hayamos entrado verdaderamente en la fase final del *Kali-Yuga*, en el período más sombrío de esta "edad de sombra", en este estado de disolución del que no es posible salir más que mediante un cataclismo, porque no es un simple enderezamiento lo que es ya necesario, sino una renovación total. El desorden y la confusión reinan en todos los dominios; han sido llevados a un punto tal que superan con mucho todo cuanto se había visto precedentemente, y, surgidos del Occidente, amenazan ahora con invadir el mundo

entero. Nosotros sabemos que su triunfo no puede ser jamás más que aparente y pasajero, pero, en un tal grado, parece ser el signo más grave de todas las crisis que la humanidad haya atravesado en el curso de su ciclo actual. ¿No hemos llegado a esa época anunciada por los Libros sagrados de la India, "en que las castas serán mezcladas, en que la familia misma ya no existirá"? Basta con mirar alrededor de sí para convencerse de que este estado es realmente el del mundo actual, y para comprobar por todas partes esa decadencia profunda que el Evangelio llama "la abominación de la desolación". No hay que disimular la gravedad de la situación; conviene enfrentarse con ella tal como es, sin ningún "optimismo", pero también sin ningún "pesimismo", puesto que, como decíamos con anterioridad, el fin del viejo mundo será también el comienzo de un mundo nuevo.

Ahora se plantea una cuestión: ¿cuál es la razón de ser de un período como el que vivimos? En efecto, por anormales que sean las condiciones presentes consideradas en sí mismas, deben sin embargo entrar en el orden general de las cosas, en ese orden que, según una fórmula extremo-oriental, está hecho de la suma de todos los desórdenes; esta época, por penosa y turbulenta que sea, debe tener también, como todas las demás, su lugar marcado en el conjunto del desenvolvimiento humano, y, por otra parte, el hecho mismo de que estuviese prevista por las doctrinas tradicionales es, a este respecto, una indicación suficiente. Lo que hemos dicho de la marcha general de un ciclo de manifestación, que marcha en el sentido de una materialización progresiva, da inmediatamente la explicación de un tal estado, y muestra claramente que lo que es anormal y desordenado desde un cierto punto de vista particular no es sin embargo más que la consecuencia de una ley referida a un punto de vista superior o más amplio. Añadiremos, sin insistir en ello, que, como todo cambio de estado, el tránsito de un ciclo a otro no puede cumplirse más que en la oscuridad; hay aquí una ley muy importante cuyas aplicaciones son múltiples, pero cuya exposición un poco detallada, por eso mismo, nos llevaría demasiado lejos.[7]

7. En los misterios de Eleusis, esta ley estaba representada por el simbolismo del grano de trigo; los alquimistas la representaban por la "putrefacción" y por el color negro que marca el principio de la "Gran Obra". Lo que los místicos cristianos llaman la "noche oscura del alma" no es más que la aplicación al desarrollo espiritual del ser que se eleva a estados superiores; y sería fácil señalar todavía muchas otras concordancias.

Esto no es todo: la época moderna debe corresponder necesariamente al desarrollo de ciertas posibilidades que, desde el origen, estaban incluidas en la potencialidad del ciclo actual; y, por inferior que sea el rango ocupado por estas posibilidades en la jerarquía del conjunto, no por ello debían menos, al igual que las otras, ser llamadas a la manifestación según el orden que les fuera asignado. Bajo este aspecto, lo que, según la tradición, caracteriza la última fase del ciclo, es, podría decirse, la explotación de todo lo que había sido descuidado o rechazado en el curso de las fases precedentes; y, efectivamente, es esto lo que podemos constatar en la civilización moderna, que no vive de alguna manera más que de lo que las civilizaciones anteriores no habían querido. Para darse cuenta, no hay más que ver cómo los representantes de aquéllas de tales civilizaciones que se han mantenido hasta aquí en el mundo oriental aprecian las ciencias occidentales y sus aplicaciones industriales. Estos conocimientos inferiores, tan vanos a la mirada de quien posee un conocimiento de otro orden, debían sin embargo ser "realizadas", y no podían serlo más que en un estadio en que la verdadera intelectualidad hubiese desaparecido; estas investigaciones de un alcance exclusivamente práctico, en el más estricto sentido de esta palabra, debían ser cumplidas, pero no podían serlo más que en el extremo opuesto de la espiritualidad primordial, por hombres inmersos en la materia hasta el punto de no concebir nada más allá, y haciéndose tanto más esclavos de esta materia cuanto más quisiesen servirse de ella, lo que les conduce a una agitación siempre creciente, sin regla y sin meta, a la dispersión en la pura multiplicidad hasta la disolución final.

Tal es, esbozada a grandes rasgos y reducida a lo esencial, la verdadera explicación del mundo moderno; pero, declarémoslo muy netamente, esta explicación no podría de ningún modo ser tomada por una justificación. Una desgracia no deja de ser una desgracia por el hecho de ser inevitable; e inclusive si del mal debe salir un bien, esto no desprovee al mal de su carácter de tal; pero, bien entendido, nosotros no empleamos por otra parte aquí estos términos de "bien" y de "mal" sino para hacernos comprender mejor, y fuera de toda intención específicamente "moral". Los desórdenes parciales no pueden ser, porque son elementos necesarios del orden total; pero, a pesar de esto, una época de desorden es, en sí misma, algo comparable a una monstruosidad que, al ser consecuencia de ciertas leyes naturales, no es menos una desviación y una especie de error, o a un cataclismo que, aunque siendo resultado del curso normal de las

cosas, es asimismo, si se le encara aisladamente, un trastorno y una anomalía. La civilización moderna, como todas las cosas, tiene forzosamente su razón de ser, y si ella es verdaderamente la que termina un ciclo, se puede decir que es lo que debe ser, que viene a su tiempo y en su lugar; pero no por ello deberá menos ser juzgada según estas palabras evangélicas demasiado a menudo mal comprendidas: "Es preciso que haya escándalo, pero ¡ay de aquel por quien llega el escándalo!"

Capítulo II

LA OPOSICION DE ORIENTE Y OCCIDENTE

Uno de los caracteres particulares del mundo moderno es la escisión que se observa existe en él entre el Oriente y el Occidente, y, aunque ya hayamos tratado esta cuestión de una manera más especial, es necesario volver sobre ella para precisar algunos de sus aspectos y disipar ciertos malentendidos. La verdad es que hubo siempre civilizaciones diversas y múltiples, cada una de las cuales se ha desarrollado de una manera que le era propia y en un sentido conforme a las aptitudes de tal pueblo o de tal raza; pero distinción no quiere decir oposición y puede hasta haber una especie de equivalencia entre civilizaciones de formas muy diferentes, desde el momento en que todas ellas reposan sobre los mismos principios fundamentales, de los que cada una representa solamente aplicaciones condicionadas por circunstancias variadas. Tal es el caso de todas las civilizaciones que podemos llamar normales, o aún tradicionales; entre ellas no hay ninguna oposición esencial y las diferencias, si existen, no son más que exteriores y superficiales. Por contra, una civilización que no reconoce ningún principio superior, que no está siquiera fundada en realidad sino sobre una negación de los principios, está por lo mismo desprovista de todo medio de entendimiento con las otras, porque este entendimiento, para ser verdaderamente profundo y eficaz, no puede establecerse más que por arriba, es decir, precisamente a través de aquello que le falta a esta civilización anormal y desviada. En el estado presente del mundo, tenemos pues, de un lado, todas las civilizaciones que han permanecido fieles al espíritu tradicional y que son las civilizaciones orientales, y, del otro, una civilización propiamente antitradicional, que es el civilización occidental moderna.

Sin embargo, algunos han llegado a negar que la división misma de la humanidad en Oriente y Occidente corresponde a una realidad, pero al menos para la época actual, esto no parece que

pueda ser puesto seriamente en duda. En principio, que existe una civilización occidental, común a Europa y América, es un hecho sobre el que todo el mundo tiene que estar de acuerdo, cualquiera que sea por otra parte el juicio que a cada uno tenga sobre el valor de esta civilización. Para el Oriente, las cosas son simples, porque efectivamente existe, no una, sino varias civilizaciones orientales; pero basta con que ellas posean ciertos rasgos comunes —los que caracterizan lo que hemos llamado una civilización tradicional— y que estos mismos rasgos no se encuentren en la civilización occidental, para que la distinción e incluso la oposición de Oriente y Occidente esté plenamente justificada. Ahora bien, es así, y el carácter tradicional es en efecto común a todas las civilizaciones orientales, para las cuales recordaremos, a fin de fijar mejor las ideas, la división general que hemos adoptado anteriormente y que, aunque quizás un poco demasiado simplificada para quien quisiera entrar en detalles sin embargo exacta cuando uno se atiene a las grandes líneas: El Extremo Oriente, representado esencialmente por la civilización china: el Medio Oriente, por la civilización hindú; el Próximo Oriente, por la civilización islámica. Conviene añadir que esta última, en muchos aspectos, debería ser mirada como intermedia entre Oriente y Occidente, y que muchos de sus caracteres las acercan incluso, y sobre todo, a lo que fue la civilización occidental de la Edad Media; pero si se la considera en relación con el Occidente moderno, se debe reconocer que se opone a él al mismo título que las civilizaciones propiamente orientales, con las que hay que asociarla desde este punto de vista.

Por esto es por lo que es esencial insistir: la oposición entre Oriente y Occidente no tenía ninguna razón de ser cuando en el Occidente había también civilizaciones tradicionales; no tiene sentido más que si se trata especialmente del Occidente moderno, porque esta oposición es mucho más la de los dos espíritus que la de las dos entidades geográficas más o menos netamente definidas. En ciertas épocas, de las cuales la más próxima a nosotros es la Edad Media, el espíritu occidental se parecía por sus lados más importantes a lo que es todavía hoy el espíritu oriental, más que a lo que ha llegado a ser él mismo en los tiempos modernos; la civilización occidental era entonces comparable a las civilizaciones orientales, al mismo título que éstas lo son entre sí. En el curso de los últimos siglos, se ha producido un cambio considerable, mucho más grave que todas las desviaciones que habían podido manifestarse anteriormente en épocas

de decadencia, puesto que llega incluso a una verdadera subersión en la dirección dada a la actividad humana; y ha sido exclusivamente en el mundo occidental donde este cambio ha tenido nacimiento. Por consiguiente, cuando decimos espíritu occidental refiriéndonos a lo que existe actualmente, lo que hay que entender por ello no es otra cosa que el espíritu moderno, y, como el otro espíritu no se ha mantenido más que en Oriente, podemos, siempre en relación a las condiciones actuales, llamarle espíritu oriental. Estos dos términos, en suma, no expresan más que una situación de hecho; y si aparece claramente que no de los dos espíritus es presencia es efectivamente occidental, porque su aparición pertenece a la historia reciente, entendemos no prejuzgar nada en cuanto a la proveniencia del otro, que fue en otro tiempo común a Oriente y Occidente y cuyo origen, a decir verdad, debe confundirse con el de la humanidad misma puesto que es el espíritu que se podría calificar de normal, aunque no fuera más que porque él ha inspirado a todas las civilizaciones que conocemos más o menos completamente, con excepción de una sola, que es la civilización occidental moderna. Algunos, que sin duda no se habían tomado el trabajo de leer nuestros libros, han creído deber reprocharnos haber dicho que todas las doctrinas tradicionales tenían un origen oriental, que la misma antigüedad occidental, en todas las épocas había recibido siempre sus tradiciones del Oriente; jamás hemos escrito nada semejante, ni siquiera algo que pueda sugerir una tal opinión, por la sencilla razón de que sabemos muy bien que eso es falso. En efecto, son precisamente los datos tradicionales los que se oponen a una aseveración de este género: por todas partes se encuentra la afirmación formal de que la tradición primordial del ciclo actual ha llegado de las regiones hiperbóreas; hubo a continuación varias corrientes secundarias, correspondientes a períodos diversos, de las que una de las más importante, al menos entre aquellas cuyos vestigios son todavía discernibles, fue incontestablemente desde Occidente hacia Oriente. Pero todo esto se relaciona con épocas muy lejanas, de esas que son comúnmente llamadas "prehistóricas", y no es esto lo que tenemos a la vista; lo que decimos es ante todo que, desde hace mucho tiempo, el depósito de la tradición primordial ha sido transferido a Oriente y que es allí donde se encuentran ahora las formas doctrinales que provienen más directamente de él; después, que, en el estado de cosas actual, el verdadero espíritu tradicional, con todo cuanto implica, no tiene representantes auténticos más que en Oriente.

Para completar esta puesta a punto, debemos explicarnos también, al menos brevemente, sobre ciertas ideas de restauración de una "tradición occidental" que han visto la luz en diversos medios contemporáneos; el único interés que en fondo presentan es el de mostrar que algunos espíritus no están ya satisfechos de la negación moderna, que experimentan la necesidad de otra cosa distinta de lo que les ofrece nuestra época, que entrevén la posibilidad de un retorno a la tradición, bajo una u otra forma, como único medio de salir de la crisis actual. Desgraciadamente, el "tradicionalismo" no es lo mismo que el verdadero espíritu tradicional; él puede no ser, y no lo es a menudo de hecho, más que una simple tendencia, una aspiración más o menos vaga, que no supone ningún conocimiento real; y, en el desarrollo mental de nuestro tiempo, esta aspiración provoca sobre todo, hay que decirlo con claridad, concepciones fantasiosas y quiméricas, desprovistas de todo fundamento serio. Al no encontrar ninguna auténtica tradición sobre la que poder apoyarse, se llegan hasta imaginar pseudo-tradiciones que no han existido nunca y que carecen de principios lo mismo que aquellos por lo que se las querría sustituir; todo el desorden moderno se refleja en estas construcciones y, cualesquiera que pudieran ser las intenciones de sus autores, el único resultado que obtienen es aportar una nueva contribución al desequilibrio general. No mencionaremos, de este género, más que la pretendida "tradición occidental" fabricada por algunos ocultistas con ayuda de los más dispares elementos, y destinada sobre todo a hacer la competencia a una "tradición oriental" no menos imaginaria, la de los teósofos; ya hemos hablado suficientemente de estas cosas en otros lugares, y ahora preferimos volver en seguida al examen de algunas otras teorías que pueden parecer más dignas de atención, porque en ellas se encuentra el menos el deseo de recurrir a tradiciones que han tenido una existencia efectiva.

Hacíamos alusión hace un momento a la corriente tradicional venida de las regiones occidentales; los relatos de los antiguos relativos a la Atlántida indican su origen. Después de la desaparición de este continente, que en es el último de los grandes cataclismos ocurridos en el pasado, no parece dudoso que algunos restos de su tradición hayan sido transportados a regiones diversas, en donde se han mezclado con otras tradiciones preexistentes, principalmente a ramas de la gran tradición hiperbórea; y es muy posible que las doctrinas de los celtas, en particular, hayan sido uno de los productos de esta fusión. Estamos muy lejos de negar estas cosas, pero piénsese bien en esto: que la

forma propiamente "atlantidiana" ha desaparecido hace millares de años, con la civilización a la que pertenecía, y cuya destrucción no puede haberse producido más que como consecuencia de una desviación que, en ciertos aspectos, sería quizá comparable con la que hoy constatamos, aunque con una notable diferencia, dado que la humanidad no había entrado entonces aún en el *Kali-Yuga* ; está también que esta tradición no correspondía más que a un período secundario de nuestro ciclo, y que constituiría un gran error pretender identificarla con la tradición primordial de la que provienen todas las demás y que es la única que permanece desde el principio hasta el fin. Estaría fuera de propósito exponer aquí todos los datos que justifican estas afirmaciones; nos limitaremos a retener la conclusión, que es la imposibilidad de hacer revivir al presente una tradición "atlantidiana", o inclusive ligarse más o menos directamente a ella; hay, por otra parte, mucho de fantasía en las tentativas de esta índole. No es menos verdad que puede ser interesante buscar el origen de los elementos que se encuentran en las tradiciones ulteriores, con tal de que se haga con todas las precauciones necesarias para evitar ciertas ilusiones; pero estas búsquedas no pueden en ningún caso conducir a la resurrección de una tradición que no se adaptaría a ninguna de las condiciones actuales de nuestro mundo.

Hay otros que quieren relacionarse con el "celtismo", y como, haciéndolo, recurren a algo menos alejado de nosotros, puede parecer que lo que proponen es menos irrealizable; sin embargo, ¿dónde encontrarán hoy el "celtismo" en estado puro, y dotado aún de una vitalidad suficiente como para que sea posible tomar en él un punto de apoyo? No hablamos, ciertamente, de reconstituciones arqueológicas o simplemente "literarias" como algunas que se han visto; se trata de algo completamente distinto. Que algunos elementos célticos muy recognoscibles y todavía utilizables hayan llegado hasta nosotros por diversos intermediarios, es verdad; pero estos elementos están muy lejos de representar la "integralidad" de una tradición, y, cosa sorprendente, ésta, en los mismos países en los que ha vivido en otro tiempo, es ahora más completamente ignorada todavía que las de muchas civilizaciones que fueron siempre extrañas a estos mismos países; ¿no hay en esto algo que debería dar que reflexionar, al menos a los que no están enteramente dominados por una idea preconcebida? Diremos más: en todos los casos como éste, en los que se trata de vestigios dejados por civilizaciones desaparecidas, no es posible comprenderlos verdaderamente más que por

comparación con lo que hay de similar en las civilizaciones tradicionales que aún están vivas; y otro tanto se puede decir de la misma Edad Media, en la que se encuentran tantas cosas cuya significación se ha perdido para los occidentales modernos. Esta toma de contacto con las tradiciones cuyo espíritu subsiste siempre es incluso el único medio de revivificar lo que aún puede ser revivificado; y en esto reside, como muy a menudo ya lo hemos señalado, uno de los más grandes servicios que el Oriente puede rendir al Occidente. No negamos la supervivencia de un cierto "espíritu céltico", que puede todavía manifestarse bajo diversas formas, como lo ha hecho ya en diferentes épocas; pero, cuando se venga a asegurarnos que aún existen centros espirituales que conservan íntegramente la tradición druídica, esperamos que nos suministren la prueba, y, hasta nueva orden, esto nos parece bastante dudoso, si no completamente inverosímil.

La verdad es que la mayoría de los elementos célticos subsistentes fueron asimilados, durante la Edad Media, por el Cristianismo; la leyenda del "Santo Grial", con todo lo que con ella se relaciona, es, a este respecto, un ejemplo particularmente probatorio y significativo. Pensemos por otra parte que una tradición occidental, si llegara a reconstituirse, tomaría forzosamente una forma exterior religiosa, en el sentido más estricto de la palabra, y esta forma no podría ser más que cristiana, porque, de una parte, las otras formas posibles son extrañas a la mentalidad occidental desde hace demasiado tiempo, y, de otra parte, es únicamente en el Cristianismo, digamos más precisamente aún, en el Catolicismo, donde se encuentran, en Occidente, los restos de espíritu tradicional que todavía sobreviven. Toda tentativa "tradicionalista" que no tenga en cuenta este hecho está inevitablemente abocada al fracaso, porque ella carece de base; es demasiado evidente que no es posible apoyarse más que en lo que existe de una manera efectiva, y que, allí donde falta la continuidad, no pueden darse más que reconstituciones artificiales que no serían viables; si se objeta que el propio Cristianismo, en nuestra época, es apenas comprendido verdaderamente y en su sentido profundo, responderemos que él ha conservado al menos, en su misma forma, todo cuanto es necesario para suministrar la base de que se trata. La tentación menos quimérica, la única inclusive que no tropieza con imposibilidades inmediatas, sería pues aquélla que intentara restaurar algo comparable a lo que existió en la Edad Media, con las diferencias requeridas por la modificación de las circunstancias; y, para

todo lo que está enteramente perdido en Occidente, convendría recurrir a las tradiciones que se han conservado integralmente, como indicábamos hace un momento, y llevar en seguida a cabo una tarea de adaptación que no podría ser obra más que de una élite intelectual fuertemente constituida. Todo esto lo hemos dicho ya; pero conviene insistir todavía, porque actualmente se da libre curso a demasiados sueños inconsistentes, y también porque es preciso comprender bien que si las tradiciones orientales, en sus formas propias, pueden con toda seguridad ser asimiladas por una élite que, por definición en cierto modo, debe estar más allá de todas las formas, no podrán serlo jamás, a menos de transformaciones imprevistas, por la generalidad de los occidentales, para quienes no han sido hechas. Si llega a formarse una élite occidental, el conocimiento verdadero de las doctrinas orientales le será indispensable para cumplir su función por la razón que acabamos de aducir; pero aquéllos que no tendrán más que recoger el beneficio de su trabajo, y que serán el mayor número, podrán muy bien no tener ninguna conciencia de estas cosas, y la influencia que recibirán, por así decir, sin dudar y, en todo caso, por medios que se les escaparán por completo, no será por ello menos real ni menos eficaz. Nunca hemos dicho otra cosa, pero hemos creído deber repetirlo aquí tan claramente como es posible, porque si hemos de exponernos a no ser siempre enteramente comprendidos por todos, al menos hemos de evitar que se nos atribuyan intenciones que no son de ninguna manera las nuestras.

Pero dejemos ahora de lado todas las anticipaciones, puesto que es el presente estado de cosas el que debe sobre todo ocuparnos, y volvamos todavía un instante sobre las ideas de restauración de una tradición "occidental", tal y como las podemos observar a nuestro alrededor. Una sola observación bastaría para mostrar que estas ideas no están en absoluto "en el orden", si se nos permite expresarnos así: es que están concebidas casi siempre con un espíritu de hostilidad más o menos confesada contra el Oriente. Los mismos que querrían apoyarse sobre el Cristianismo, hay que decirlo, están a veces animados por este espíritu; parecen ante todo intentar descubrir oposiciones que, en realidad, son perfectamente inexistentes; y tanto es así, que hemos oído emitir la absurda opinión de que si las mismas cosas se encuentran a la vez en el Cristianismo y en las doctrinas orientales, y expresadas de una y otra parte bajo una forma casi idéntica, no tienen sin embargo la misma significación en los dos casos, que tienen inclusive una significación contraria (!).

Quienes emiten semejantes afirmaciones prueban así, cualesquiera que sean sus pretensiones, que no han llegado muy lejos en la comprensión de las doctrinas tradicionales, puesto que no han entrevisto la identidad fundamental que se disimula bajo todas las diferencias de formas exteriores, y que, allí incluso donde esa identidad se hace completamente aparente, ellos se obstinan todavía en ignorarla. Asimismo, estas personas no consideran el mismo Cristianismo sino de una forma enteramente exterior, que no podría responder a la noción de una verdadera doctrina tradicional, ofreciendo en todos los órdenes una síntesis completa. Es el principio lo que les falta, porque ellos están afectados, mucho más de lo que podrían pensar, por ese espíritu moderno contra el que sin embargo querrían reaccionar; y, cuando les llega el caso de emplear la palabra "tradición", no la toman ciertamente en el mismo sentido que nosotros.

En la confusión mental que caracteriza a nuestra época, se ha llegado a palicar indistintamente esta misma palabra de "tradición" a todos tipo de cosas, a menudo muy insignificantes, como simples costumbres sin ningún alcance y a veces de origen muy reciente. En otra parte hemos señalado un abuso del mismo género en lo que concierne a la palabra "religión". Es preciso desconfiar de estas desviaciones de lenguaje, que traducen una especie de degeneración de las ideas correspondientes; y porque alguien se autotitule de "tradicionalista" no hay que pensar que está seguro de que sabe, ni siquiera imperfectamente, lo que es la tradición en el verdadero sentido de la palabra. Por nuestra parte, nos negamos rotundamente a dar este nombre a todo lo que es de orden puramente humano; no es inoportuno declararlo expresamente, cuando se encuentra uno a cada instante, por ejemplo, con expresiones como "filosofía tradicional". Una filosofía, inclusive si ella es verdaderamente todo lo que puede ser, no tiene ningún derecho a este título, porque ella se mantiene toda entera dentro del orden racional, incluso si no niego lo que supera ese orden, y porque no es más que una construcción edificada por individuos humanos, sin revelación o inspiración de ninguna especie, o, para resumir todo esto en una sola palabra, porque es algo esencialmente "profano". Por otra parte, a despecho de todas las ilusiones en que algunos parecen complacerse, no es ciertamente una ciencia enteramente "libresca" la que puede bastar para enderezar la mentalidad de una raza y una época; para esto es preciso algo distinto a una especulación filosófica, que, incluso en el más favorable de los casos, es condenada, por su misma naturaleza, a seguir siendo

completamente exterior y mucho más verbal que real. Para restaurar la tradición perdida, para revivificarla verdaderamente, es necesario el contacto del espíritu tradicional vivo y, ya lo hemos dicho, sólo en Oriente está este espíritu plenamente vivo; no es menos cierto que esto mismo supone ante todo, en Occidente, la aspiración a un retorno hacia este espíritu tradicional, pero que no pasa de ser una simple aspiración. Los diferentes movimientos de reacción "antimoderna", por otra parte muy incompleta en nuestra opinión, que se han producido hasta aquí, no pueden sino confirmarnos en esta convicción, porque todo esto, que es sin duda excelente en su parte negativa y crítica, está sin embargo muy lejos de una restauración de la verdadera intelectualidad y no se desarrolla más que en los límites de un horizonte mental bastante restringido. Algo es sin embargo, en el sentido de que constituye el indicio de un estado de espíritu del que hubiese costado trabajo encontrar la menor traza hace todavía pocos años; si todos los occidentales no están unánimemente conformes con el desarrollo exclusivamente material de la civilización moderna, ello es quizá señal de que para ellos no está aún enteramente perdida toda esperanza de salvación.

Como quiera que sea, si se supone que el Occidente, de una u otra manera, vuelve a su tradición, su oposición por el Oriente se encontraría por esto mismo resuelta y dejaría de existir, puesto que dicha oposición ha nacido del hecho de la desviación occidental y en realidad no es otra cosa que la oposición del espíritu tradicional y el espíritu antitradicional. Así, contrariamente a lo que suponen aquéllos a quienes aludíamos hace un instante, el retorno a la tradición contaría, entre sus primeros resultados, el de lograr un entendimiento con el Oriente inmediatamente posible, como el que se da entre todas las civilizaciones que poseen elementos comparables o equivalentes, y entre ellas solamente, porque son esos elementos los que constituyen el único terreno sobre el que ese entendimiento se puede operar válidamente. El verdadero espíritu tradicional, bajo cualquier forma de que se revista, es por todas partes y siempre el mismo en el fondo; las diversas formas, que están especialmente adaptadas a tales o cuales condiciones mentales, a tales o cuales circunstancias de tiempo y de lugar, no son más que expresiones de una sola y única verdad; pero hay que poder situarse en el orden de la intelectualidad pura para descubrir esta unidad fundamental bajo su aparente multiplicidad. Por otra parte, es en este orden intelectual en el que residen los principios de los

que todo el resto depende normalmente a título de consecuencia o de aplicaciones más o menos alejadas; es pues sobre estos principios sobre los que hay que ponerse de acuerdo ante todo, si ha de tratarse de un entendimiento verdaderamente profundo, puesto que en ellos radica lo esencial; y, desde el momento en que se los comprenda realmente, el acuerdo se realiza por sí mismo. Hay que hacer notar, en efecto, que el conocimiento de los principios, que es el conocimiento por excelencia, el conocimiento metafísico en el verdadero sentido de esta palabra, es universal como los principios mismos, luego enteramente desprendido de todas las contingencias individuales, que por el contrario intervienen necesariamente desde que se llega a las aplicaciones; igualmente este dominio puramente intelectual es el único en el que no hace falta un esfuerzo de adaptación entre mentalidades diferentes. Además, cuando se cumple un trabajo de este orden, no hay más que desarrollar los resultados para que el acuerdo en todo los demás dominios se encuentre asimismo realizado, puesto que, como acabamos de decir, es de aquello de lo que depende todo directa o indirectamente; por contra, el acuerdo obtenido en un dominio particular, fuera de los principios, será siempre eminentemente inestable y precario, y mucho más semejante a una combinación diplomática que a un verdadero entendimiento. Por esto es por lo que este entendimiento, volvemos a insistir en ello, no puede operarse realmente más que por arriba, y no por abajo, y esto debe entenderse en un doble sentido: hay que partir de lo que hay de más elevado, es decir, de los principios, para descender gradualmente a los diversos órdenes de aplicaciones observando siempre rigurosamente la dependencia jerárquica que existe entre ellos; y esta tarea, por su mismo carácter, no puede ser obra más que de una élite, dando a esta palabra su acepción más verdadera y completa: es de una élite intelectual de lo que queremos hablar exclusivamente, y, a nuestros ojos, no podrían existir otras, pues todas las distinciones sociales exteriores no tienen la menor importancia desde el punto de vista en que nos situamos.

Estas pocas consideraciones pueden hacer comprender ya todo lo que falta a la civilización occidental moderna, no solamente en cuanto a la posibilidad de un acercamiento efectivo a las civilizaciones orientales sino también en sí misma, para ser una civilización normal y completa; por otra parte, a decir verdad, las dos cuestiones están tan estrechamente relacionadas que no constituyen más que una sola, y nosotros acabamos precisamente de aducir las razones por las cuales ello es así. Tendremos

ahora que mostrar más completamente en qué consiste el espíritu antitradicional, que es propiamente el espíritu moderno, y cuales son las consecuencias que comporta, consecuencias que vemos desarrollarse con una lógica despiadada en los acontecimientos actuales; pero, antes de venir a esto, se impone todavía una última reflexión. No es absoluto lo mismo ser "anti-occidental", si se puede emplear esta palabra, que ser "antimoderno", puesto que ser esto es por el contrario hacer el único esfuerzo válido para intentar salvar el Occidente de su propio desorden; y, por otra parte, ningún oriental fiel a su propia tradición puede considerar las cosas de forma distinta a como lo hacemos nosotros; hay ciertamente menos adversarios del Occidente como tal —lo que, por otra parte, apenas tendría sentido—, que del Occidente en cuanto que se identifica con la civilización moderna. Algunos hablan hoy de "defensa del Occidente", lo que resulta verdaderamente singular, dado que, como veremos más adelante, es éste el que amenaza con sumergir del todo a la humanidad entera y arrastrarla en el torbellino de su actividad desordenada; singular, decimos, y enteramente injustificable, si quienes hablan de ello entienden, como parece a pesar de algunas restricciones, que dicha defensa debe estar dirigida contra el Oriente, porque el verdadero Oriente no piensa en atacar ni en dominar lo que quiera que sea, no pide más que su independencia y su traquilidad, lo que, se estará de acuerdo, es bastante legítimo. La verdad, sin embargo, es que el Occidente tiene en efecto gran necesidad de ser defendido, pero únicamente contra sí mismo, contra sus propias tendencias, que, si son llevadas hasta el fin, le llevarán inevitablemente a la ruina y a la destrucción; sería pues de "reforma del Occidente" de lo que habría que hablar, y esta reforma, si fuera lo que debe ser, es decir, una verdadera restauración tradicional, tendría por consecuencia completamente natural un acercamiento a Oriente. Por nuestra parte, no pedimos más que contribuir a la vez, en la medida de nuestros medios, a esta reforma y a este acercamiento, si es tiempo todavía y si un tal resultado se puede obtener antes de la catástrofe final hacia la que la civilización moderna marcha a grandes pasos; pero, inclusive si ya es demasiado tarde para evitar esta catástrofe, el trabajo cumplido con esta intención no sería inútil, porque en todo caso serviría para preparar, tan lejanamente como sea, esa "discriminación" de la que hablábamos al principio, asegurando así la conservación de los elementos que deberán escapar al naufragio del mundo actual para constituir los gérmenes del mundo futuro.

Capítulo III

CONOCIMIENTO Y ACCION

Vamos a considerar ahora, de una manera más particular, uno de los principales aspectos de la oposición que existe actualmente entre el espíritu oriental y el espíritu occidental, y que es, en términos generales, la del espíritu tradicional y el espíritu antitradicional, según hemos explicado. Desde un cierto punto de vista, que es por otra parte uno de los más fundamentales, esta oposición aparece como la de la contemplación y la acción o, por hablar con mayor exactitud, como la concerniente a los lugares respectivos que conviene atribuir a uno y otro de estos términos. En su relación, pueden ser considerados de varias maneras diferentes. ¿Son ellos verdaderamente dos contrarios como parece pensarse con frecuencia, o serán más bien dos complementarios, o mejor aún no habría en realidad entre ellos una relación de coordinación, sino de subordinación? Tales son los diferentes aspectos de la cuestión, y estos aspectos se refieren a otros tantos puntos de vista, por otra parte de importancia muy desigual, pero cada uno de los cuales puede justificarse de varias maneras y cada uno de los cuales corresponde a un cierto orden de realidad.

Ante todo, el punto de vista más superficial, el más exterior de todos, es el que consiste en oponer pura y simplemente la una a la otra, la contemplación a la contemplación a la acción, como dos contrarios en el sentido propio de esta palabra. La oposición, en efecto, se muestra claramente en las apariencias, esto es incontestable; y, sin embargo, si ella fuese absolutamente irreductible, habría una incompatibilidad completa entre la contemplación y la acción, que, de esta forma, no podrían jamás encontrarse reunidas. Ahora bien, de hecho no es así; no hay, al menos en los casos normales, ni pueblo, ni siquiera quizás individuos, que pueda ser exclusivamente contemplativo o exclusivamente activo. Lo que es verdad es que hay dos tendencias, de las que la una o la otra domina casi necesariamente, de tal

suerte que el desarrollo de la una parece efectuarse en detrimento de la otra, por la sencilla razón de que la actividad humana, entendida en su sentido más general, no puede ejercerse igualmente y a la vez en todos los dominios y en todas las direcciones. Esto es lo que da la apariencia de una oposición. Pero debe haber conciliación posible entre estos contrarios o que se dicen tales; y, por lo demás, otro tanto se podría decir de todos los contrarios, que dejan de serlo desde que, para considerarlos, se eleva uno por encima de un cierto nivel, en el que su oposición tiene toda su realidad. Quien dice oposición o contraste dice, por esto mismo, desarmonía o desequilibrio, es decir, algo que, ya lo hemos indicado suficientemente, no puede existir más que bajo un punto de vista relativo, particular y limitado.

Considerando la contemplación y la acción como complementarias, nos situamos pues en un punto de vista ya más profundo y más verdadero que el precedente, porque en él la oposición se encuentra conciliada y resulta, equilibrándose los dos términos en una cierta medida el uno por el otro. Se trataría entonces, parece ser, de dos elementos igualmente necesarios, que se completan y se apoyan mutuamente y que constituyen la doble actividad, interior y exterior, de un solo y el mismo ser, ya se trate de cada hombre tomado en particular o de la humanidad considerada colectivamente. Esta concepción es seguramente más armoniosa y más satisfactoria que la primera; sin embargo, si nos atenemos exclusivamente a ella, estaríamos tentados, en virtud de la correlación así establecida, de colocar sobre el mismo plano la contemplación y la acción, de manera que no tendríamos que esforzarnos tanto como fuera posible en mantener la balanza nivelada entre ellas, sin plantearnos jamás la cuestión de una superioridad cualquiera de la una respecto a la otra; y lo que muestra claramente que un tal punto de vista es todavía insuficiente es que esta cuestión de superioridad se plantea por el contrario efectivamente y se ha planteado siempre, cualquiera que sea el sentido en que se la haya querido resolver.

La cuestión que importa a este respecto, por lo demás, no es la de un predominio de hecho, que es, en suma, cuestión de temperamento o de raza, sino lo que se podría llamar un predominio de derecho, y ambas no están relacionadas más que hasta un cierto punto. Sin duda, el reconocimiento de la superioridad de una de las dos tendencias incitará a desarrollarla lo más posible como preferencia a la otra; pero, en la aplicación, no es menos verdadero que el lugar que ocuparán la contemplación y

la acción en el conjunto de la vida de un hombre o de un pueblo resultará siempre en gran medida de la naturaleza propia de éste, porque hay que tener en cuenta posibilidades particulares de cada uno. Es manifiesto que la aptitud para la contemplación está más extendida y más generalmente desarrollada entre los orientales; probablemente, no hay ningún país en que lo esté tanto como en la India, y es por esto por lo que la India puede ser considerada como representante por excelencia de lo que hemos llamado el espíritu oriental. Por contra, es incontestable que, de una manera general, la aptitud para la acción, o la tendencia que resulta de esta actitud, es la que predomina entre los pueblos occidentales, en lo que concierne a la mayoría de los individuos, y que, inclusive si esta tendencia no estuviese exagerada y desviada como lo está al presente, subsistiría sin embargo, de suerte que la contemplación no podría ser jamás en Occidente sino asunto de una élite mucho más restringida; es por esto por lo que se suele decir en la India que si el Occidente volviera a un estado normal y poseyera una organización social regular, en él se encontrarían muchos *Kshatriyas*, pero pocos *Brahmanes*.[1] Esto bastaría sin embargo, si la élite intelectual estuviese efectivamente constituida y si su supremacía estuviese reconocida, para que todo entrase en el orden, porque la potencia espiritual no se basa en absoluto sobre el número, cuya ley es la de la materia; y por otra parte, nótese bien, en la antigüedad y sobre todo en la Edad Media, la disposición natural para la acción que se da entre los occidentales no les impedía sin embargo reconocer la superioridad de la contemplación, es decir, de la inteligencia pura; ¿por qué ocurre de otro modo en la época moderna? ¿Es porque los occidentales, al desarrollar desmedidamente su facultades de acción, han llegado a perder su intelectualidad y, para consolarse de esta pérdida, inventado teorías que ponen la acción por encima de todo, llegando inclusive, como en el "pragmatismo", hasta a negar que exista nada válido fuera de ella? ¿O es por el contrario esta manera de ver la que, por haber prevalecido desde el principio, ha llevado a la atrofia intelectual que hoy constatamos? En ambas hipótesis, y también en el caso bastante probable de que la verdad se

1. La contemplación y la acción, en efecto, son respectivamente las funciones propias de las dos primeras castas, la de los *Brahmanes* y la de los *Kshatriyas*; también sus relaciones son al mismo tiempo las de la autoridad espiritual y el poder temporal; pero nosotros no nos proponemos considerar especialmente aquí este lado de la cuestión, que merecería ser tratado aparte.

encontrase en una combinación de la una y de la otra, los resultados son exactamente los mismos. Dado el punto a que han llegado las cosas, aún es tiempo de reaccionar, y es aquí donde, digámoslo una vez más, el Oriente puede venir en socorro del Occidente, si éste quiere, no para imponerle concepciones que le son extrañas, como algunos parecen temer, sino para ayudarle a reencontrar su propia tradición, cuyo sentido ha perdido.

Se podría decir que la antítesis del Oriente y el Occidente, en el estado presente de las cosas, consiste en que el Oriente mantiene la superioridad de la contemplación sobre la acción, mientras que el Occidente moderno afirma por el contrario la superioridad de la acción sobre la contemplación. Aquí, no se trata ya, como cuando se hablaba simplemente de oposición o de complementarismo, luego de una relación de coordinación entre los dos términos en presencia; no se trata ya, íbamos a decir, de puntos de vista cada uno de los cuales puede tener su razón de ser aceptado al menos como la expresión de una cierta verdad relativa; al ser irreversible, por su propia naturaleza, una relación de subordinación, las dos concepciones son realmente contradictorias, luego excluyentes la una de la otra, de manera que forzosamente, desde que se admite que hay en efecto subordinación, la una es verdadera y la otra es falsa. Antes de ir al fondo mismo de la cuestión, hagamos notar todavía esto: mientras que el espíritu que se ha mantenido en Oriente es verdaderamente de todos los tiempos, como decíamos más arriba, el otro espíritu ha aparecido en época muy reciente, lo que, fuera de toda otra consideración, puede ya dar que pensar que tiene algo de anormal. Esta impresión está confirmada por la misma exageración en que cae, según la tendencia que le es propia, el espíritu occidental moderno, que, no contento con proclamar en toda ocasión la superioridad de la acción, ha llegado a hacer de ella su preocupación exclusiva y a negar todo valor a la contemplación, cuya verdadera naturaleza por otra parte ignora o conoce mal. Por el contrario, las doctrinas orientales, al afirmar tan netamente como es posible la superioridad e inclusive la trascendencia de la contemplación con respecto a la acción, no por ello conceden menos a ésta su lugar legítimo, reconociéndole de buen grado toda su importancia en el orden de las contingencias humanas.[2]

Las doctrinas orientales, y también las antiguas doctrinas occidentales, son unánimes en afirmar que la contemplación es superior a la acción, como lo inmutable es superior a lo cam-

biante.[3] Al no ser más que una modificación transitoria y momentánea del ser, la acción no podría tener en sí misma su principio y su razón suficiente; si no se une a un principio que esté más allá de su dominio contingente, no es más que una pura ilusión; y este principio, del que saca toda la realidad de que es susceptible, y su existencia misma y su posibilidad, no puede encontrarse más que en la contemplación o, si se prefiere, en el conocimiento, porque, en el fondo, estos dos términos son sinónimos o, por lo menos, coincidentes, pues el conocimiento en sí mismo y la operación mediante la que se alcanza no pueden de ninguna manera ser separados.[4] Igualmente, lo cambiante, en su acepción más general, es ininteligible y contradictorio, es decir, imposible, sin un principio del que proceda y que, por lo mismo que es su principio, no pueda serle sometido, pues es forzosamente inmutable; y es por esto por lo que, en la antigüedad occidental, Aristóteles había afirmado la necesidad del "motor inmóvil" de todas las cosas. Este papel de "motor inmóvil" lo representa precisamente el conocimiento con referencia a la acción; es evidente que ésta pertenece por completo al mundo del cambio y del "devenir"; sólo el conocimiento permite salir de este mundo y de las limitaciones que le son inherentes, y, cuando alcanza lo inmutable, que es el caso del conocimiento principal o metafísico, conocimiento por excelencia, él mismo posee la inmutabilidad, porque todo conocimiento verdadero es esencialmente identificación con su objeto. Esto es justamente lo que ignoran los occidentales modernos, que, en lo tocante al conocimiento, no consideran más que un conocimiento racional y discursivo, luego indirecto e imperfecto, lo que se podría llamar un conocimiento por reflejo, y que inclusive, cada vez más, no aprecian este conocimiento inferior sino en la

2. Los que dudaran de esta importancia muy real, aunque relativa, que las doctrinas tradicionales de Oriente, y especialmente de la India, conceden a la acción, no tendrían, para convencerse, más que acudir a la *Bhagavad-Gita*, que es, por otra parte, no hay que olvidarlo si se quiere comprender bien su sentido, un libro especialmente destinado al uso de los *Kshatriyas*.

3. Es en virtud de la relación así establecida como se ha dicho que el *Brahman* es el tipo de los seres estables, y que el *Kshatriya* es el tipo de los seres móviles o cambiantes; así, todos los seres de este mundo, según su naturaleza, están principalmente en relación con el uno o el otro, porque hay una perfecta correspondencia entre el orden cósmico y el orden humano.

4. Hay que notar, en efecto, como consecuencia del carácter esencialmente momentáneo de la acción que, en el dominio de ésta, los resultados están siempre separados de lo que los produce, mientras que el conocimiento, por el contrario, lleva su fruto en sí mismo.

medida en que puede servir inmediatamente para fines prácticos; comprometidos en la acción hasta el punto de negar todo cuanto la sobrepasa, no se dan cuenta de que así incluso esta acción degenera, por carencia de principio, en una agitación tan vana como estéril.

Este es, en efecto, el carácter más visible de la época moderna: necesidad de agitación incesante, de cambio continuo, de velocidad continuamente creciente como aquélla a la que se desarrollan los mismos acontecimientos. Es la dispersión en la multiplicidad, y en una multiplicidad que no está ya unificada por la conciencia de ningún principio superior; es, en la vida corriente como en las concepciones científicas, el análisis llevado al extremo, la división indefinida, una verdadera disgregación de la actividad humana en todos los órdenes en que todavía puede ejercerse; y, de la inaptitud para la síntesis, surge la imposibilidad de toda concentración, tan chocante a los ojos de los orientales. Son, éstas, las consecuencias naturales e inevitables de una materialización cada vez más acentuada, porque la materia es esencialmente multiplicidad y división, y esto es por lo que, digámoslo de paso, todo cuanto de ello procede no puede engendrar más que luchas y conflictos de toda clase entre los pueblos como entre los individuos. Más nos hundimos en la materia, más se acentúan y amplían los elementos de división y de oposición; inversamente, más nos elevamos hacia la espiritualidad pura, más nos aproximamos a la unidad, que no puede ser plenamente realizada más que por la conciencia de los principios universales.

Lo que es más extraño es que el movimiento y el cambio son verdaderamente buscados por ellos mismos, y no con vistas a un fin cualquiera al que ellos pudieran conducir; y este hecho resulta directamente de la absorción de todas las facultades humanas por la acción exterior, cuyo carácter momentáneo hemos señalado hace un momento. Es, de nuevo, la dispersión considerada bajo otro aspecto y en un estadio más acentuado: es, podría decirse, como una tendencia hacia la instantaneidad, teniendo por límite un estado de puro desequilibrio, que, si se pudiera alcanzar, coincidiría con la disolución final de este mundo. Lo que constituye, una vez más, uno de los signos más netos del último período del *Kali-Yuga*.

También a este respecto, lo mismo se produce en el orden científico: es la investigación por la investigación, mucho más aún que por los resultados parciales y fragmentarios en que desemboca; es la sucesión cada vez más rápida de teorías y de

hipótesis sin fundamento, que, apenas edificadas, se derrumban para ser reemplazadas por otras que durarán todavía menos, verdadero caos en medio del cual sería vano buscar algunos elementos definitivamente adquiridos, si no es una monstruosa acumulación de hechos y de detalles que no puede probar ni significar nada. Hablamos aquí, bien entendido, de lo que concierne al punto de vista especulativo, en la medida en que subsiste todavía; por lo que se refiere a las aplicaciones prácticas, hay por el contrario resultados incontestables, y es algo que se comprende sin dificultad, puesto que estas aplicaciones se refieren inmediatamente al dominio material, único dominio precisamente en el que el hombre moderno puede jactarse de haber logrado una real superioridad. Hay pues que contar con que los descubrimientos o, más bien, las invenciones mecánicas e industriales vayan aún desarrollándose y multiplicándose, cada vez más deprisa también, hasta el fin de la era actual; y quién sabe si, con los peligros de destrucción que ellas conllevan, no serán uno de los principales agentes de la última catástrofe, si las cosas llegan a un punto que no puede ser evitada.

En todo caso, se experimenta muy generalmente la impresión de que, en el estado actual, no hay ya ninguna estabilidad; pero, mientras que algunos sienten el peligro e intentan reaccionar, la mayoría de nuestros contemporáneos se complacen en este desorden en el que ven como una imagen exteriorizada de su propia mentalidad. Hay, en efecto, una exacta correspondencia entre un mundo en que todo parece estar en puro "devenir", en el que no hay ningún lugar para lo inmutable ni lo permanente, y el estado de espíritu de los hombres que hacen consistir toda realidad en este mismo "devenir", lo que implica la negación del verdadero conocimiento, queremos decir, de los principios trascendentes y universales. Se puede inclusive llegar más lejos: es la negación de todo conocimiento real, en cualquier orden que sea, inclusive en el relativo, puesto que, como lo indicábamos más arriba, lo relativo es ininteligible e imposible sin lo absoluto, lo contigente sin lo necesario, el cambio sin lo inmutable, la multiplicidad sin la unidad; el "relativismo" encierra una contradicción en sí mismo, y, cuando se quiere reducir todo al cambio, se debería llegar lógicamente a negar la existencia misma del cambio; en el fondo, los famosos argumentos de Zenón de Elea no tenían otro sentido. Es necesario decir, en efecto, que las teorías del género de las que se trata no son exclusivamente propias de los tiempos modernos, porque no hay que exagerar; ejemplos de ellas se pueden encontrar en la filosofía griega, y el caso de

Heráclito, con su "flujo universal", es el más conocido a este respecto; esto es inclusive lo que lleva a los Eleatas a combatir estas concepciones, al igual que las de los atomistas, por una especie de reducción al absurdo. En la India misma, se ha encontrado algo comparable, pero, bien entendido, desde otro punto de vista que el de la filosofía; ciertas escuelas búdicas, en efecto, presentaron también el mismo carácter, porque una de sus tesis principales era la de la "disolubilidad de todas las cosas".[5] Sólo que entonces estas teorías no eran más que excepciones, y tales rebeliones contra el espíritu tradicional, que han podido producirse durante todo el curso del *Kali-Yuga*, no tenían en suma más que un alcance bastante limitado; lo que es nuevo es la generalización de semejantes concepciones, tal como la que constatamos en el Occidente contemporáneo.

Hay que hacer notar también que las "filosofías del devenir", bajo la influencia de la idea muy reciente de "progreso", han tomado en los modernos una forma especial que las teorías del mismo género no habían tenido nunca entre los antiguos: esta forma, susceptible por otra parte de múltiples variedades, es lo que, de una manera general, se puede designar por el nombre de "evolucionismo". No volveremos sobre lo que ya hemos dicho en otro lugar sobre este tema; recordaremos solamente que toda concepción que no admite nada más que el "devenir" es necesariamente, por esto mismo, una concepción "naturalista", implicando como tal una negación formal de lo que está más allá de la naturaleza, es decir, del dominio metafísico, que es el dominio de los principios inmutables y eternos. Señalaremos también, a propósito de estas teorías antimetafísicas, que la idea bergsoniana de la "duración pura" corresponde exactamente a esta dispersión en la instantaneidad de la que hablábamos más arriba; la pretendida intuición que se modela sobre el flujo incesante de las cosas sensibles, lejos de poder ser el medio de un

5. Poco tiempo después de su origen, el Budismo se convirtió en la India en asociado de una de las principales manifestaciones de la rebelión de los *Kshatriyas* contra la autoridad de los *Brahmanes*; y, como es fácil de comprender después de las precedentes indicaciones, existe, de una manera general, un lazo muy directo entre la negación de todo principio inmutable y la de la autoridad espiritual, entre la reducción de toda realidad al "devenir" y la afirmación de la supremacía del poder temporal, cuyo dominio propio es el mundo de la acción; y se podría constatar que la aparición de doctrinas "naturalistas" o antimetafísicas se produce siempre cuando el elemento que representa el poder temporal toma, en una civilización, la predominancia sobre el que representa la autoridad espiritual.

verdadero conocimiento, representa en realidad la disolución de todo conocimiento posible.
Esto nos lleva a repetir una vez más, porque se trata de un punto completamente esencial y sobre el que es indispensable disipar todo equívoco, que la intuición intelectual, mediante la que solamente se obtiene el verdadero conocimiento metafísico, no tiene absolutamente nada en común con esa otra intuición de la que hablan algunos filósofos contemporáneos. Esta es de orden sensible y es propiamente infrarracional, mientras que la otra, que es la inteligencia pura, es, por el contrario, suprarracional. Pero los modernos, que no conocen nada superior a la razón en el orden de la inteligencia, no conciben siquiera lo que puede ser la intuición intelectual, mientras que las doctrinas de la Antigüedad y de la Edad Media, inclusive cuando no tenían más que un carácter simplemente filosófico y, por consiguiente, no podrían apelar efectivamente a esta intuición, no dejaban de reconocer expresamente su existencia y su supremacía sobre todas las demás facultades. Es por esto por lo que no hay "racionalismo" antes de Descartes; se trata por otra parte de algo específicamente moderno, y, además, estrechamente solidario del "individualismo", puesto que no es otra cosa que la negación de toda facultad de orden supraindividual. En tanto que los occidentales se obstinen en desconocer o en negar la intuición intelectual, no podrán tener ninguna tradición en el verdadero sentido de esta palabra, y tampoco podrán entenderse con los auténticos representantes de las civilizaciones orientales, en las que todo está como supeditado a esta intuición, inmutable e infalible en sí, y único punto de partida de todo desarrollo conforme a las normas tradicionales.

Capítulo IV

CIENCIA SAGRADA Y CIENCIA PROFANA

Acabamos de decir que, en las civilizaciones que poseen carácter tradicional, la intuición intelectual está al principio de todo; en otros términos, es la pura doctrina metafísica la que constituye lo esencial, y todo lo demás se adapta a ella a título de consecuencias o de aplicaciones a los diversos órdenes de realidades contigentes. Ello es así especialmente para las instituciones sociales; y, de otra parte, esto mismo es verdadero en lo que concierne a las ciencias, es decir, que los conocimientos corresponden al dominio de lo relativo y, en tales civilizaciones, no pueden ser considerados más que como simples dependencias y en cierta medida como prolongaciones o reflejos del conocimiento absoluto y principal. Así, la verdadera jerarquía es observada siempre y por todas partes: lo relativo no es tenido por inexistente, lo que sería absurdo; es tomado en consideración en la medida en que merece serlo, pero es puesto en su justo lugar, que no puede ser otro que un lugar secundario y subordinado; y, en lo relativo mismo, hay grados muy diversos, según se trate de cosas más o menos alejadas del dominio de los principios.
Hay pues, en lo que concierne a las ciencias, dos concepciones radicalmente diferentes e incluso incompatibles entre sí, que podemos llamar la concepción tradicional y la concepción moderna; a menudo hemos tenido ocasión de eludir a estas "ciencias tradicionales" que existieron en la antigüedad y en la Edad Media, que han existido siempre en Oriente, pero cuya sola idea es totalmente extraña a los occidentales de nuestros días. Es preciso añadir que cada civilización ha tenido "ciencias tradicionales" de un tipo particular, que le pertenecen en propiedad, porque, aquí, no estamos ya en el orden de los principios universales, con el que se relaciona solamente la metafísica pura, sino en el orden de las adaptaciones, donde, por lo mismo que se trata de un dominio contingente, debe tener en cuenta el

conjunto de las condiciones mentales y de otro tipo, que son las de tal pueblo determinado, y diremos incluso de tal período de la existencia de ese pueblo, puesto que hemos visto más arriba que hay épocas en que se hacen necesarias "readaptaciones". Estas "readaptaciones" no son más que cambios de forma que no afectan en nada a la esencia misma de la tradición; por lo que concierne a la doctrina metafísica, solamente la expresión puede ser modificada, de una manera que es bastante comparable a la traducción de una lengua a otra; cualesquiera que sean las formas en que se desarrolla, para expresarse en la medida en que esto es posible, no hay más que una metafísica, como no hay más que una verdad. Pero cuando se pasa a las aplicaciones, el caso es naturalmente diferente: con las ciencias, tanto como con las instituciones sociales, estamos en el mundo de la forma y de la multiplicidad; es por esto por lo que se puede decir que otras formas constituyen verdaderamente otras ciencias, inclusive si ellas tienen, al menos parcialmente, el mismo objeto. Los lógicos tienen la costumbre de mirar una ciencia como enteramente definida por su objeto, lo que es inexacto por exceso de simplificación; el punto de vista bajo el cual este objeto es considerado debe entrar también en la definición de la ciencia. Hay una multitud indefinida de ciencias posibles; puede ocurrir que varias ciencias estudien las mismas cosas, pero bajo aspectos tan diferentes, luego mediante métodos y con intenciones tan diferentes también, que resultan ciencias realmente distintas. Este caso puede presentarse en particular para las "ciencias tradicionales" de civilizaciones diversas, que, aunque comparables entre sí, no son sin embargo siempre asimilables las una a las otras y, a menudo, sólo abusivamente podrían ser designadas por los mismos nombres. La diferencia es aún mucho más considerable, huelga decirlo, si, en lugar de establecer una comparación entre "ciencias tradicionales", que al menos tienen todas el mismo carácter fundamental, se quiere comparar estas ciencias, de una manera general, a las ciencias tal como los modernos las conciben; a primera vista, puede parecer a veces que el objeto sea el mismo de una parte y de otra, y sin embargo el conocimiento que las dos especies de ciencia dan respectivamente de este objeto es hasta tal punto otro, que, después de un examen más amplio, se vacila en afirmar todavía la identidad, inclusive bajo un cierto aspecto solamente.

No resultarán inútiles algunos ejemplos para hacer comprender mejor aquello de que se trata; y, primeramente, tomamos un ejemplo de un alcance muy extendido, el de la "física", tal como

ella es comprendida por los antiguos y por los modernos; y no hay por otra parte ninguna necesidad, en este caso, de salir del mundo occidental para ver la profunda diferencia que separa las dos concepciones. El término de "física", en su acepción primera y etimológica, no significa otra cosa que "ciencia de la naturaleza", sin ninguna restricción; es pues la ciencia que concierne a las leyes más generales del "devenir", porque "naturaleza" y "devenir" son el fondo sinónimos, y es así verdaderamente como lo entendían los Griegos, y especialmente Aristóteles; si existen ciencias más particulares que se refieren al mismo orden, no son entonces más que "especificaciones" de la física para tal o cual dominio más estrechamente determinado. Hay ya pues algo bastante significativo en la desviación que los modernos han hecho sufrir al término "física", al emplearlo para designar exclusivamente una ciencia particular entre otras ciencias que, todas, son igualmente ciencias de la naturaleza; este hecho se relaciona con la fragmentación que ya hemos señalado como uno de los caracteres de la ciencia moderna, en esta "especialización" engendrada por el espíritu de análisis, y llevada hasta el punto de hacer verdaderamente inconcebible, para aquéllos que sufren su influencia, una ciencia que verse sobre la naturaleza considerada en su conjunto. No se han dejado de hacer notar bastante a menudo algunos de los inconvenientes de esta "especialización", y sobre todo la estrechez de miras de los que es una consecuencia inevitable; pero parece que los mismos que se han dado cuenta de ello más claramente se han resignado sin embargo a mirarlo como un mal necesario, en razón de la acumulación de conocimientos de detalle que ningún hombre podría abarcar de una sola ojeada; ellos no han comprendido, por una parte, que estos conocimientos de detalle son insignificantes en sí mismos y no merecen que se les sacrifiquen un conocimiento sintético que, incluso limitándose todavía a lo relativo, es de un orden mucho más elevado, y, por otra parte, que la imposibilidad en que nos encontramos de unificar su multiplicidad proviene solamente de que nos hayamos prohibido ligarlos a un principio superior, de que nos hayamos obstinado en proceder por abajo y por el exterior, mientras que lo que habría habido que hacer era todo lo contrario para tener una ciencia que poseyera un real valor especulativo.

Si se quiere comparar la física antigua, no con lo que los modernos designan mediante el mismo nombre, sino el conjunto de las ciencias de la naturaleza tal como están constituidas actualmente, porque eso es lo que debería corresponderle en

realidad hay pues lugar a notar, como primera diferencia, la división en múltiples "especialidades" que son, por así decir, extrañas las unas a las otras. Sin embargo, éste no es más que el lado exterior de la cuestión, y no hay que pensar que, reuniendo todas estas ciencias especiales, se obtendría un equivalente de la antigua física. La verdad es que el punto de vista es completamente distinto, y es aquí donde vemos aparecer la diferencia esencial entre las dos concepciones de las que hablábamos hace unos momentos: la concepción tradicional, decíamos, liga todas las ciencias a los principios como otras tantas aplicaciones particulares, y es esta ligazón la que no admite la concepción moderna. Para Aristóteles, la física no era más que "suplen te" con relación a la metafísica, es decir, que dependía de ella, que no era en el fondo más que una aplicación, en el dominio de la naturaleza, de los principios superiores a la naturaleza y que se reflejan en sus leyes; y otro tanto se puede decir de la "cosmología" de la Edad Media. La concepción moderna, por el contrario, pretende constituir las ciencias en independientes, negando todo lo que las supera, o al menos declarándolo "incognoscible" y rehusando tenerlo en cuenta, lo que equivale a negarlo prácticamente; esta negación existía de hecho mucho tiempo antes de que se haya pensado en erigirla en teoría sistemática, bajo nombres tales como los de "positivismo" y "agnosticismo", porque se puede decir que está verdaderamente en el punto de partida de toda la ciencia moderna. Solamente que no ha sido apenas hasta el siglo XIX cuando se ha visto a hombres que se jactasen de su ignorancia, porque proclamarse "agnóstico" no es otra cosa que esto, y pretender prohibir a todos el conocimiento de lo que ellos mismos ignoran; y esto marcaba una etapa más en la decadencia intelectual de Occidente.
Queriendo separar radicalmente las ciencias de todo principio superior, so pretexto de asegurar su independencia, la concepción moderna les quita toda significación profunda, e inclusive todo interés verdadero desde el punto de vista del conocimiento, y ella no puede desembocar más que en un callejón sin salida, puesto que los encierra en un dominio irremediablemente limitado.[1] El desarrollo que se efectúa en el interior de este dominio no significa por otra parte una profundización, como muchos se lo imaginan; continúa siendo, por el contrario, completamente superficial, y no consiste más que en esta dispersión en el detalle que ya hemos señalado, en un análisis tan estéril como penoso, y que puede proseguir indefinidamente sin que se avance un solo paso en el camino del verdadero conocimiento. También

hay que decir claramente que no es en absoluto por ella misma por lo que los occidentales, en general, cultivan la ciencia así entendida: lo que ellos tienen sobre todo a la vista, no es un conocimiento, ni siquiera inferior; son aplicaciones prácticas, y, para convencerse de que es verdaderamente así, no hay más que ver con qué facilidad la mayoría de nuestros contemporáneos confunden ciencia e industria, y qué numerosos son aquellos para quienes el ingeniero representa el prototipo del sabio; pero esto se relaciona con otra cuestión que tendremos que tratar con más detenimiento en lo que ha de seguir.
Al constituirse a la manera moderna, la ciencia no ha perdido solamente en profundidad, sino también, podríamos decir, en solidez, porque la unión a los principios la hacía participar de la inmutabilidad de éstos en toda la medida en que su objeto mismo lo permitía, mientras que, encerrada exclusivamente en el mundo del cambio, no encuentra en él nada de estable, ningún punto fijo en que apoyarse; al no partir ya de ninguna certidumbre absoluta, queda reducida a probabilidades y aproximaciones, o a construcciones puramente hipotéticas que no son sino el resultado de la fantasía individual. También, inclusive si ocurre accidentalmente que la ciencia moderna desemboque, a través de un camino desviado, en ciertos resultados que parecen acordarse con algunos datos de las antiguas "ciencias tradicionales", sería un grave error ver en esto una confirmación de la que estos datos no tienen ninguna necesidad; y sería perder el tiempo intentar conciliar puntos de vista totalmente diferentes, o establecer una concordancia con teorías hipotéticas que, quizá, se encuentren totalmente desacreditadas en pocos años.[2] Las cosas de que se trata no pueden efectivamente, por lo que se refiere a la ciencia actual, pertenecer más

1. Se podría hacer notar que una cosa análoga se produce en el orden social, en el que los modernos han pretendido separar lo temporal de lo espiritual; no se trata de contestar que aquí hay dos cosas distintas, puesto que se refieren efectivamente a dos dominios diferentes, como en el caso de la metafísica y las ciencias; pero, por un error inherente al espíritu analítico, se olvida que distinción no quiere decir separación; por esto, el poder temporal pierde su legitimidad, y la misma cosa, en el orden intelectual, se podría decir en lo concerniente a las ciencias.
2. La misma observación vale, desde el punto de vista religioso, respecto a una cierta "apologética" que pretende ponerse de acuerdo con los resultados de la ciencia moderna, tarea perfectamente ilusoria y siempre a rehacer, que presenta por otra parte el grave peligro de parecer que solidariza la religión con concepciones cambiantes y efímeras, de las que debe permanecer totalmente independiente.

que al dominio de las hipótesis, mientras que, para las "ciencias tradicionales", era otra cosa muy distinta y se presentaban como consecuencias indubitables de verdades conocidas intuitivamente, luego infaliblemente, en el orden metafísico.[3] Es por otra parte una singular ilusión, propia del "experimentalismo" moderno, creer que una teoría puede ser probada por los hechos, cuando, en realidad, los mismos hechos pueden siempre explicarse igualmente mediante varias teorías diferentes, y que ciertos promotores del método experimental, como Claude Bernard, han reconocido que no podían interpretarlos más que con ayuda de "ideas preconcebidas", sin las cuales estos hechos continuaban siendo "hechos brutos", desprovistos de toda significación y de todo valor científico.

Puesto que hemos venido a hablar de "experimentalismo", debemos aprovechar para responder a una cuestión que se puede plantear sobre este tema y que es la siguiente: ¿por qué las ciencias propiamente experimentales han recibido, en la civilización moderna, un desarrollo que nunca han tenido en otras civilizaciones? Es porque estas ciencias son las del mundo sensible, las de la materia, y es también porque ellas son las que dan lugar a las aplicaciones prácticas más inmediatas; su desarrollo, acompañándose de lo que de buena gana llamaríamos la "superstición del hecho", corresponde pues a las tendencias específicamente modernas, mientras que, por el contrario, las épocas precedentes no habían podido encontrar motivos de interés suficientes para entregarse a ellas hasta el punto de descuidar los conocimientos de orden superior. Hay que tener pues muy presente que no se trata, en nuestro pensamiento, de declarar ilegítimo en sí mismo ningún tipo de conocimiento, aunque sea inferior; lo que únicamente es ilegítimo es el abuso que se produce cuando cosas de este género absorben toda la actividad humana, como vemos que ocurre actualmente. Se podría incluso concebir que, en una civilización normal, ciencias constituidas por un método experimental estén, tan bien como otras, ligadas a los principios y de esta forma provistas de un valor especulativo real; de hecho, si este caso no parece haberse presentado, es porque la atención se ha llevado preferentemente hacia otro lado, y también porque, incluso cuando se tratase de

3. Sería fácil dar aquí ejemplos; citaremos solamente, como uno de los más chocantes, la diferencia de carácter de las concepciones concernientes al éter en la cosmogonía hindú y en la física moderna.

estudiar el mundo sensible en la medida en que podía parecer interesante hacerlo, los datos tradicionales permitirían emprender más favorablemente este estudio por otros métodos y desde otro punto de vista.

Decíamos más arriba que uno de los caracteres de la época actual es la explotación de todo cuando había sido descuidado hasta ahora por no tener más que una importancia demasiado secundaria como para que los hombres le dedicasen su actividad, y que debía sin embargo ser también desarrollado antes del fin de este ciclo, puesto que estas cosas tenían su lugar entre las posibilidades que en él estaban llamadas a la manifestación; este caso es precisamente en particular el de las ciencias experimentales que han visto la luz en estos últimos siglos. Hay inclusive determinadas ciencias modernas que representan verdaderamente, en el sentido más literal, "residuos" de ciencias antiguas, hoy incomprendidas: es la parte más inferior de estas últimas la que, aislándose y desprendiéndose de todo el resto de en un período de decadencia, se ha materializado groseramente, luego ha servido de punto de partida de un desarrollo completamente diferente, en un sentido conforme a las tendencias modernas, de manera de desembocar en la constitución de las ciencias que realmente no tienen nada de común con las que las han precedido. Así es como, por ejemplo, es falso decir, según se hace habitualmente, que la astrología y la alquimia se han convertido respectivamente en la astronomía y la química modernas, aunque haya en esta opinión una cierta parte de verdad desde el punto de vista simplemente histórico, parte de verdad que es precisamente la que nosotros acabamos de indicar: si las últimas de estas ciencias proceden en efecto de las primeras en un cierto sentido, no es en absoluto por "evolución" o "progreso" como se pretende, sino, por el contrario, por degeneración; y esto reclama todavía algunas explicaciones.

Hay que hacer notar, primeramente, que la atribución de significaciones distintas a los términos de "astrología" y de "astronomía" es relativamente reciente; entre los griegos, estas dos palabras eran empleadas indistintamente para designar todo el conjunto de aquello a lo que una y otra se aplican en la actualidad. Parece pues, a primera vista, que se trata también en este caso de una de esas divisiones por "especialización" que han sido establecidas entre lo que, primitivamente, no eran sino partes de una ciencia única; pero lo que aquí hay de particular es que, mientras que una de esas partes, la que representaba el lado más material de la ciencia en cuestión, tomaba un desarro-

llo independiente, la otra parte, por contra, desaparecía por completo. Esto es hasta tal punto verdad que ya hoy no se sabe lo que podía ser la antigua astrología, y que aquellos mismos que han intentado reconstituirla nos han llegado sino a verdaderas falsificaciones, sea queriendo hacer de ella el equivalente de una ciencia experimental moderna, con intervención de la estadística y del cálculo de probabilidades, lo que procede de un punto de vista que de ninguna manera podía ser el de la Antigüedad o la Edad Media, sea aplicándose exclusivamente a restaurar un "arte adivinatoria" que no fue apenas más que una desviación de la astrología en vías de desaparición y en el que se podía ver todo lo más una aplicación muy inferior y bastante poco digna de consideración, como es posible constatarlo aún en las civilizaciones orientales.

El caso de la química es quizá todavía más claro y más característico; y, por lo que se refiere a la ignorancia de los modernos respecto a la alquimia, es por lo menos tan grande como la que tienen respecto a la astrología. La verdadera alquimia era esencialmente una ciencia de orden cosmológico y, al mismo tiempo, era también aplicable al orden humano, en virtud de la analogía del "macrocosmos" y el "microcosmos"; además, estaba constituida expresamente en vías de permitir una transposición al dominio puramente espiritual, que confería a sus enseñanzas un valor simbólico y una significación superior, y que hacía de ella uno de los tipos más completos de la "ciencias tradicionales". Lo que ha dado nacimiento a la química moderna, no es en modo alguno esta alquimia con la que no guarda la menor relación; es una deformación de ella, una desviación en el sentido más riguroso de la palabra, desviación a la cual da lugar, quizá desde la Edad Media, la incomprensión de algunos, que, incapaces de penetrar el verdadero sentido de los símbolos, lo han tomado todo al pie de la letra, y, creyendo que en todo esto no se trataba más que de operaciones materiales, se lanzaron a una experimentación más o menos desordenada. Es a éstos a quienes los alquimistas califican irónicamente de "sopladores" y de "quemadores de carbón", y que fueron los verdaderos precursores de los químicos actuales. Es así como la ciencia moderna se edifica con ayuda de los desechos de las ciencias antiguas, con los materiales rechazados por éstas y abandonados a los ignorantes y a los "profanos". Añadamos aún que los sedicentes renovadores de la alquimia, como algunos que se encuentran entre nuestros contemporáneos, no hacen por su parte más que prolongar esta misma desviación, y que sus investigaciones están

tan alejadas de la alquimia tradicional como las de los astrólogos a los que aludíamos con anterioridad lo están de las de la antigua astrología; por esto es por lo que tenemos derecho a afirmar que las "ciencias tradicionales" del Occidente están verdaderamente perdidas para los modernos.

Nos limitaremos a estos ejemplos; sin embargo, sería fácil aportar otros, tomados de órdenes un poco diferentes pero que muestran la misma degeneración. Así se podría hacer ver que la psicología, tal como se entiende hoy día, es decir, el estudio de los fenómenos mentales como tales, es un producto natural del empirismo anglosajón y del espíritu del siglo XVIII, y que el punto de vista a que ella corresponde era tan despreciable para los antiguos que si a veces les ocurría considerarlos incidentalmente, nunca se les hubiese ocurrido hacer de él una ciencia especial; todo lo que puede haber en él de válido, se encontraba para ellos transformado y asimilado en puntos de vista superiores. En un dominio completamente distinto, se podría mostrar también que las matemáticas modernas no representan, por así decir, más que la corteza de la matemática pitagórica, su lado puramente "exotérico"; la misma idea antigua de los números ha venido a ser inclusive absolutamente ininteligible para los modernos, porque, también aquí, la parte superior de la ciencia, aquella que, con el carácter tradicional, le daba un valor propiamente intelectual, ha desaparecido totalmente; y éste es un caso bastante parecido al de la astrología. Pero no podemos pasar revista, una detrás de otra, a todas las ciencias, pues sería harto fastidioso; con lo señalado, pensamos haber dicho bastante para hacer comprender la naturaleza del cambio al que las ciencias modernas deben su origen, y que es todo lo contrario de un "progreso": una verdadera regresión a la inteligencia. Y vamos a volver ahora sobre consideraciones de orden general sobre el papel respectivo de las "ciencias tradicionales" y de las ciencias modernas, sobre la diferencia profunda que existe entre la verdadera destinación de las unas y las otras.

Una ciencia cualquiera, según la concepción tradicional, tiene menos su interés en sí misma, que en lo que ella es como prolongación o rama secundaria de la doctrina, cuya parte esencial está constituida, como hemos dicho, por la metafísica pura.[4] En efecto, si toda ciencia es a buen seguro legítima, dado

4. Esto es lo que expresa por ejemplo una denominación como la de *upayeda*, aplicada en la India a determinadas "ciencias tradicionales" y que indica su subordinación respecto al *Veda*, es decir, al conocimiento sagrado por excelencia.

que no ocupa más que el lugar que le conviene realmente en razón de su propia naturaleza, es fácil sin embargo comprender que, para cualquiera que posea un conocimiento de orden superior, los conocimientos inferiores pierden forzosamente mucho de su interés, o que inclusive no lo guardan sino en función, si se puede decir, del conocimiento principal, es decir, en la medida en que, de una parte, reflejan éste en tal o cual dominio contingente, y en que, de otra parte, son susceptibles de conducir hacia este mismo conocimiento principal, que, en el caso que consideramos, no puede nunca ser perdido de vista ni sacrificado a consideraciones más o menos accidentales. Estos son los dos papeles complementarios que pertenecen en propiedad a las "ciencias tradicionales": de un lado, como aplicaciones de la doctrina, permiten ligar entre ellos todos los órdenes de la realidad, integrarlos en la unidad de la síntesis total; de otro, son, para algunos por lo menos, y en conformidad con sus aptitudes, una preparación para un conocimiento más alto, una especie de encaminamiento hacia este último, y, en su repartición jerárquica, según los grados de existencia a los que se refieren, constituyen entonces como otros tantos escalones con ayuda de los cuales es posible elevarse hasta la intelectualidad pura.[5] Es pues demasiado evidente que las ciencias modernas no pueden, ni en ningún grado, cumplir ninguno de estos dos papeles; por esto no pueden ser más que "ciencia profana", mientras que las "ciencias tradicionales", por su relación con los principios metafísicos, se incorporan de una manera efectiva a la "ciencia sagrada".

La coexistencia de los dos papeles que acabamos de indicar no implica por otra parte ni contradicción ni círculo vicioso, contrariamente a lo que podrían pensar quienes no consideran las cosas más que superficialmente; y este es un punto sobre el que tenemos que insistir un poco. Se podría decir que hay dos puntos de vista, uno descendente y el otro ascendente, de los cuales el primero corresponde a un desarrollo del conocimiento que parte de los principios para ir hacia aplicaciones cada vez más alejadas de éstos, y el segundo a una adquisición gradual de

5. En nuestro estudio *El Esoterismo de Dante*, hemos señalado el simbolismo de la escala de la que, según diversas tradiciones, los escalones corresponden a determinadas ciencias al mismo tiempo que a estados del ser, lo que implica necesariamente que estas ciencias, en lugar de ser consideradas de una manera enteramente "profana", como entre los modernos, daban lugar a una transposición que les confiere un alcance verdaderamente "iniciático".

este mismo conocimiento, procediendo de lo inferior a lo superior, o aún, si se prefiere, de lo exterior a lo interior. La cuestión no es pues saber si las ciencias deben estar constituidas de abajo hacia arriba o de arriba hacia abajo; si es preciso, para que sean posibles, tomar como punto de partida el conocimiento de los principios o, por el contrario, el del mundo sensible; esta cuestión, que puede plantearse desde el punto de vista de la filosofía "profana", y que haber sido planteada de hecho en este dominio, más o menos explícitamente, por la antigüedad griega, esta cuestión, decimos, no existe para la "ciencia sagrada", que no puede partir más que de los principios universales; y lo que le quita aquí toda razón de ser es el papel primero de la intuición intelectual, que es el más inmediato de todos los conocimientos, así como el más elevado, y que es absolutamente independiente del ejercicio de toda facultad de orden sensible o incluso racional. Las ciencias no pueden estar constituidas válidamente, en tanto que "ciencias sagradas", más que por aquéllos que, ante todo, poseen plenamente el conocimiento principal, y que, por esto, son los únicos cualificados para realizar, conforme a la ortodoxia tradicional más rigurosa, todas las adaptaciones requeridas por las circunstancias de tiempo y de lugar. Solamente, cuando las ciencias están constituidas así, su enseñanza puede seguir un orden inverso: ellas son en alguna medida como "ilustraciones" de la doctrina pura, que pueden hacerla más fácilmente accesibles a deteminados espíritus; y, por lo mismo que ellas conciernen al mundo de la multiplicidad, la diversidad casi indefinida de sus puntos de vista puede convenir a la no menos gran diversidad de aptitudes individuales de estos espíritus, cuyo horizonte está todavía limitado a este mismo mundo de la multiplicidad. Las posibles vías para alcanzar el conocimiento pueden ser extremadamente diferentes al grado más bajo, y ellas van seguidamente unificándose cada vez más, a medida que se alcanzan estados más elevados. No es que ninguno de estos grados preparatorios sea de una necesidad absoluta, puesto que no son sino medios contingentes y sin relación con el fin a alcanzar; es posible inclusive que algunos, entre aquellos en los que domina la tendencia contemplativa, se eleven a la verdadera intuición intelectual de un solo golpe y sin el socorro de tales medios,[6] pero este no es sino un caso más bien excepcional y, lo más comúnmente, es que se dé lo que se puede llamar una necesidad de conveniencia para proceder en el sentido ascendente. Igualmente podemos, para hacer comprender esto, servirnos de la imagen tradicional de la "rueda cósmica":

la circunferencia no existe en realidad más que por el centro; pero los seres que están sobre la circunferencia deben forzosamente partir de ésta, o, más precisamente, del punto de ésta en que ellos están situados, y seguir el radio para acceder al centro. Por otra parte, en virtud de la correspondencia que existe entre todos los órdenes de realidad, las verdades de un orden inferior pueden ser consideradas como un símbolo de las de los órdenes superiores, y, por consiguiente, servir de "soporte" para llegar analógicamente al conocimiento de estas últimas;[7] esto es lo que confiere a toda ciencia un sentido superior o "anagógico", más profundo que el que posee por sí misma, y lo que puede darle el carácter de una verdadera "ciencia sagrada".

Toda ciencia, decimos puede revestir este carácter, cualquiera que sea su objeto, con la sola condición de estar constituida y considerada según el espíritu tradicional; solamente son de tener en cuenta en esto los grados de importancia de estas ciencias según el rango jerárquico de las diversas realidades a las que ellas se refieren; pero, en uno u otro grado, su carácter y su función son esencialmente las mismas en la concepción tradicional. Lo que es verdadero aquí de toda ciencia lo es igualmente para todo arte, en tanto que éste pueda tener un valor propiamente simbólico que lo haga apto para suministrar "soportes" para la meditación, y también en tanto que sus reglas son, como las leyes cuyo conocimiento es el objeto de las ciencias, reflejos y aplicaciones de los principios fundamentales; así hay, en toda civilización normal, "artes tradicionales", que no son menos desconocidas de los occidentales modernos que las "ciencias tradicionales".[8] La verdad es que no existe en realidad un "dominio profano" que se opondría de una cierta manera al "dominio sagrado"; existe solamente un "punto de vista profano", que propiamente no es otro que el punto de vista de la ignorancia.[9] Es por esto por lo que la "ciencia profana", la de

6. Es por esto por lo que, según la doctrina hindú, los *Brahmanes* deben tener su espíritu constantemente dirigido hacia el conocimiento supremo, mientras que los *Kshatriyas* deben más bien aplicarse al estudio sucesivo de las diversas etapas por las que se llega a él gradualmente.

7. Este es el papel que representa, por ejemplo, el simbolismo astronómico tan frecuentemente empleado en las diferentes doctrinas tradicionales; y lo que decimos aquí puede hacer entrever la verdadera naturaleza de una ciencia como la astrología antigua.

8. El arte de los constructores de la Edad Media puede ser mencionado como un ejemplo particularmente notable de esas "artes tradicionales" cuya práctica implicaba por otra parte el conocimiento real de las ciencias correspondientes.

los modernos, puede, a justo título, como ya hemos dicho en otro lugar, ser mirada como un "saber ignorante": saber de orden inferior que se mantiene enteramente al nivel de la más baja realidad, y saber ignorante de todo lo que lo sobrepasa, ignorante de todo fin superior a sí mismo, como de todo principio que podría asegurarle un lugar legítimo, por humilde que fuera, entre los diversos órdenes del conocimiento integral; encerrada irremediablemente en el dominio relativo y limitado en el que ha querido proclamarse independiente, habiendo así cortado ella misma toda comunicación con la verdad trascendente y con el conocimiento supremo, no es más que una ciencia vana e ilusoria que, a decir verdad, no viene de nada ni conduce a nada.

Esta exposición permitirá comprender todo lo que falta al mundo moderno en el aspecto de la ciencia, y cómo esta misma ciencia de la que está tan orgulloso no representa más que una simple desviación y como una mengua de la verdadera ciencia, que, para nosotros, se identifica enteramente con lo que hemos llamado la "ciencia sagrada" o la "ciencia tradicional". La ciencia moderna, procedente de una limitación arbitraria del conocimiento a un cierto orden particular, y que es el más inferior de todos, el de la realidad material o sensible, ha perdido, por el hecho de esta limitación y de las consecuencias que ella entraña inmediatamente, todo valor intelectual, al menos si se da a la intelectualidad la plenitud de su verdadero sentido, si se rechaza participar en el error "racionalista", es decir, a asimilar la inteligencia pura a la razón o, lo que viene a ser lo mismo, a negar la intuición intelectual. Lo que está en el fondo de este error, como de una gran parte de los demás errores modernos, lo que está en la raíz misma de toda la desviación de la ciencia tal como acabamos de explicarlo, es lo que se puede llamar el "individualismo", que no hace sino formar una unidad con el espíritu antitradicional mismo, cuyas múltiples manifestaciones, en todos los dominios, constituyen los factores más importantes del desorden de nuestra época. De este "individualismo" es de lo que nos vamos a ocupar ahora más detenidamente.

9. Para convencerse de ello, basta observar hechos como éste: una de las ciencias más "sagradas", la cosmogonía, que tiene su lugar como tal en todo los Libros inspirados, entre ellos la Biblia hebraica, se ha convertido, para los modernos, en objeto de hipótesis lo más puramente "profanas"; el dominio de la ciencia es ciertamente el mismo en los dos casos, pero el punto de vista es totalmente diferente.

Capítulo V

EL INDIVIDUALISMO

Entendemos por "individualismo" la negación de todo principio superior a la individualidad y, por consiguiente, la reducción de la civilización, en todos los dominios, a los solos elementos puramente humanos; se trata pues, en el fondo, de lo mismo que, en la época del Renacimiento, fue designado por el nombre de "humanismo", como hemos dicho más arriba, y es también lo que caracteriza propiamente eso que hemos llamado "el punto de vista profano". Todo esto, en suma, no es sino una sola y la misma cosa bajo denominaciones diversas; y también hemos dicho que este espíritu "profano" se confunde con el espíritu antitradicional, en el que se resumen todas las tendencias específicamente modernas. Sin duda, no es que este espíritu sea algo enteramente nuevo; ha habido ya, en otras épocas, manifestaciones suyas más o menos acentuadas, pero siempre limitadas y aberrantes, y que no se han extendido nunca a todo el conjunto de una civilización, como se han extendido en Occidente en el curso de los últimos siglos. Lo que nunca se había visto hasta ahora es una civilización enteramente edificada sobre algo puramente negativo, sobre lo que se podría llamar una ausencia de principio; esto es, precisamente, lo que da al mundo moderno su carácter anormal, lo que hace de él una especie de monstruosidad, explicable solamente si se la considera como correspondiente al fin de un período cíclico, según lo que hemos explicado al principio. Es pues efectivamente el individualismo, tal como acabamos de definirlo, la causa determinante de la actual decadencia del Occidente, por lo mismo que es de alguna manera el motor del desarrollo exclusivo de las posibilidades más inferiores de la humanidad, de aquéllas cuya expansión no exige la intervención de ningún elemento suprahumano, y que inclusive no pueden desplegarse completamente más que en ausencia de un tal elemento, porque ellas están en el extremo opuesto de toda espiritualidad y de toda intelectualidad verdadera.

El individualismo implica primeramente la negación de la intuición intelectual, en tanto que ésta es esencialmente una facultad supraindividual, y del orden de conocimiento que es el dominio propio de esta intuición, es decir, de la metafísica entendida en su verdadero sentido. Es por esto por lo que todo lo que los filósofos modernos designan bajo este mismo nombre de metafísica, cuando admiten algo que llaman así, no tiene absolutamente nada en común con la verdadera metafísica. No son más que construcciones racionales o hipótesis imaginativas, luego concepciones enteramente individuales y cuya mayor parte, por otra parte, se refiere simplemente al dominio "físico", es decir, a la naturaleza. Inclusive si ahí dentro se encuentra alguna cuestión que podría ser relacionada efectivamente con el orden metafísico, la manera en que esa cuestión es considerada y tratada la reduce a no ser más que "pseudo-metafísica" y hace por lo demás imposible toda solución real y válida. Parece incluso que, para los filósofos, se trata de plantear "problemas", aunque sean problemas artificiales e ilusorios, más que de resolverlos, lo que constituye uno de los aspectos de la necesidad desordenada de la investigación por sí misma, es decir, de la agitación más vana en el orden mental, así como en el orden corporal. Se trata también, para estos mismos filósofos, de unir su nombre a un "sistema", es decir, a un conjunto de teorías estrictamente limitado y delimitado, y que sea sólo suyo, que no sea otra cosa que su propia obra; de ahí el deseo de ser original a toda costa, inclusive si la verdad debe ser sacrificada a esta originalidad. Vale más, para el renombre de un filósofo, inventar un error nuevo, que repetir una verdad que ya ha sido expresada por otros. Esta forma del individualismo, a la que se deben tantos "sistemas" contradictorios entre sí, cuando no lo son en sí mismos, se encuentra por otra parte también en los sabios y artistas modernos; pero es quizás en los filósofos en quienes se pueden apreciar más claramente la anarquía intelectual que es su consecuencia inevitable.

En una civilización tradicional, es casi inconcebible que un hombre pretenda reivindicar la propiedad de una idea, y, en todo caso, si lo hace, pierde por esto mismo todo crédito y toda autoridad, porque de esta manera la reduce a no ser más que una especie de fantasía sin ningún alcance real: si una idea es verdadera, pertenece igualmente a todos aquellos que son capaces de comprenderla; si es falsa, no hay por qué vanagloriarse de haberla inventado. Una idea verdadera no puede ser "nueva", porque la verdad no es un producto del espíritu humano, existe

independientemente de nosotros y nosotros no podemos hacer otra cosa que conocerla; fuera de este conocimiento, no puede existir más que el error; pero, en el fondo, ¿se preocupan los modernos por la verdad? ¿Saben siquiera lo que ella es? Aquí también, las palabras han perdido su sentido, puesto que algunos, como los "pragmatistas" contemporáneos, llegan hasta a dar abusivamente este nombre de "verdad" a lo que simplemente es utilidad práctica, es decir, a algo que es enteramente extraño al orden intelectual; esto es, como desembocadura lógica de la desviación moderna, la negación misma de la verdad, tanto como de la inteligencia de la que ella constituye el objeto propio. Pero no anticipemos más y, sobre este punto, hagamos solamente notar todavía que el género de individualismo del que acabamos de ocuparnos es el manantial de las ilusiones que conciernen al papel de los "grandes hombres" o que se dicen tales; el "genio", entendido en un sentido "profano" es muy poca cosa en realidad, y de ninguna manera podría suplir la falta de verdadero conocimiento.

Puesto que hemos hablado de la filosofía, señalaremos aún, sin entrar en todos los detalles, algunas de las consecuencias del individualismo en este dominio: la primera de todas ellas fue, por la negación de la intuición intelectual, poner la razón por encima de todo, hacer de esta facultad puramente humana y relativa la parte superior de la inteligencia, o inclusive reducir a ella a esta toda entera; es en esto en lo que consiste el "racionalismo", cuyo verdadero fundador fue Descartes. Esta limitación de la inteligencia no era por otra parte más que una primera etapa; la razón misma no habría de tardar en ser rebajada cada vez más a un papel sobre todo práctico, a medida que sus aplicaciones ocupaban el lugar de las ciencias que aún podían tener un cierto carácter especulativo; y ya el propio Descartes estaba en el fondo mucho más preocupado de estas aplicaciones prácticas que de la ciencia pura. Pero esto no es todo: el individualismo entraña inevitablemente el "naturalismo", puesto que todo lo que está más allá de la naturaleza está, por lo mismo, fuera del alcance del individuo como tal; "naturalismo" o negación de la metafísica no es, por otra parte, más que una y la misma cosa, y desde el momento en que la intuición intelectual es desconocida, ya no hay metafísica posible; pero, mientras algunos se obstinan sin embargo en construir una "pseudo-metafísica" cualquiera, otros reconocen con mayor franqueza esta imposibilidad; de ahí el "relativismo" bajo todas sus formas, sea el "criticismo" de Kant o el "positivismo" de

Augusto Comte; y, siendo la razón misma completamente relativa y no pudiendo aplicarse ella válidamente más que a un dominio igualmente relativo, es sin la menor duda verdad que el "relativismo" es la única salida lógica del "racionalismo". Este, por lo demás, debía llegar por esto a destruirse a sí mismo: "naturaleza" y "devenir", como hemos señalado más arriba, son en realidad sinónimos; un naturalismo consecuente consigo mismo no puede pues ser más que una de esas "filosofías del devenir" de las que ya hemos hablado, y cuyo tipo específicamente moderno es el "evolucionismo"; pero es precisamente éste el que finalmente debería volverse contra el "racionalismo", reprochando a la razón el no poder aplicarse adecuadamente a lo que no es más que un cambio y pura multiplicidad, ni encerrar en sus conceptos la indefinida complejidad de las cosas sensibles. Tal es en efecto la posición tomada por esta forma del "evolucionismo" que es el "intuicionismo" bergsoniano, el cual, bien entendido, no es menos individualista y antimetafísico que el "racionalismo", y que, si critica justamente a éste, cae todavía más bajo apelando a una facultad propiamente infrarracional, a una intuición sensible bastante mal definida por otra parte y más o menos mezclada de imaginación, de instinto y de sentimiento. Lo que es bien significativo es que aquí no es ya cuestión de "verdad", sino solamente de "realidad", reducida exclusivamente al solo orden sensible, y concebida como algo esencialmente móvil e inestable; la inteligencia, con tales teorías, es verdaderamente reducida a su parte más baja, y la razón mismo no es ya admitida más que en tanto que ella se aplica a pulir la materia para usos industriales. Después de esto, no quedaba más que un paso por dar: era la negación total de la inteligencia y del conocimiento, la sustitución de la "verdad" por la "utilidad"; fue el "pragmatismo", al que hemos aludido hace poco; y, con esto, no nos encontramos ya siquiera en lo humano puro y simple, sino verdaderamente en lo infrahumano con la llamada al "subconsciente" que marca la inversión completa de toda jerarquía normal. He aquí, en sus grandes líneas, la marcha que fatalmente había de seguir y que efectivamente ha seguido la filosofía "profana" entregada a sí misma, pretendiendo limitar todo conocimiento a su propio horizonte; en tanto que existía un conocimiento superior, nada semejante podía producirse, porque la filosofía tendía al menos a respetar lo que ignoraba y no lo podía negar; pero, cuando este conocimiento superior hubo desaparecido, su negación, que correspon-

día al estado de hecho, fue pronto erigida en teoría, y es de aquí de donde procede toda la filosofía moderna.

Pero ya basta de filosofía, a la que no conviene atribuir una importancia excesiva, cualquiera que sea el puesto que parezca ocupar en el mundo moderno. Desde el punto de vista en que nosotros nos colocamos, es sobre todo interesante por cuanto ella expresa, bajo una forma tan netamente clara como es posible, las tendencias de tal o cual momento, aunque no las cree verdaderamente; y, si se puede decir que las dirige hasta un cierto punto, no es sino secundariamente y fuera de tiempo. Así, es cierto que toda la filosofía moderna tiene su origen en Descartes; pero la influencia que éste ha ejercido en primer lugar sobre su época, después sobre las que siguieron, y que no se ha limitado solamente a los filósofos, no habría sido posible si sus concepciones no hubiesen correspondido a tendencias preexistentes, que era en suma la de la generalidad de sus contemporáneos; el espíritu moderno se ha reencontrado en el cartesianismo y, a través de éste, ha tomado de sí mismo una conciencia más clara que la que hasta entonces había tenido. Por otra parte, en cualquier dominio, un movimiento tan aparente como lo ha sido el cartesianismo bajo el aspecto filosófico es siempre un a resultante más bien que un verdadero punto de partida; no es algo espontáneo, en el producto de todo un trabajo latente y difuso. Si un hombre como Descartes es particularmente representativo de la desviación moderna, si se puede decir que él encarna en alguna medida un cierto punto de vista, no es sin embargo el único ni el primer responsable y sería preciso remontarse mucho más lejos para encontrar las raíces de esta desviación. De la misma manera, el Renacimiento y la Reforma, que se suelen mirar lo más a menudo como las primeras grandes manifestaciones del espíritu moderno, consumaron la ruptura mucho más que la provocaron; para nosotros, el principio de esta ruptura data del siglo XIV y es aquí, y no uno o dos siglos más tarde, donde es preciso en realidad hacer comenzar los tiempos modernos.

Debemos insistir todavía sobre esta ruptura con la tradición, puesto que es de ella de donde ha salido el mundo moderno, todos cuyos caracteres propios podrían ser resumidos en uno solo, la oposición al espíritu tradicional; y la negación de la tradición es también individualismo. Esto, por lo demás, está en perfecto acuerdo con lo que precede, puesto que, como hemos explicado, es la intuición intelectual y la doctrina metafísica pura las que están en el principio de toda civilización tradicio-

nal. Desde el momento en que se niega el principio, se niegan también todas sus consecuencias, al menos implícitamente, y así todo el conjunto de lo que merece verdaderamente el nombre de tradición se encuentra destruido por sí mismo. Ya hemos visto lo que se ha producido a este respecto en lo que concierne a las ciencias; no volveremos sobre ello y consideraremos otro aspecto de la cuestión, en que las manifestaciones del espíritu antitradicional son todavía quizá más inmediatamente visibles, porque aquí se trata de cambios que han afectado directamente a la misma masa occidental. En efecto, las "ciencias tradicionales" de la Edad Media estaban reservadas a una élite más o menos restringida, y algunas de estre ellas eran inclusive el atributo exclusivo de escuelas muy cerradas, constituyendo un "esoterismo" en el más estricto sentido de la palabra; pero, por otra parte, también había en la tradición algo que era común a todos indistintamente, y es de esta parte exterior de la que queremos hablar ahora. La tradición occidental era entonces, exteriormente, una tradición de forma específicamente religiosa, representada por el Catolicismo; es pues en el dominio religioso donde vamos a tener que considerar la rebelión contra el espíritu tradicional, rebelión que, cuando ha tomado una forma definida, se ha llamado Protestantismo; y es fácil darse cuenta de que este es ciertamente una manifestación del individualismo, hasta tal punto que se podría decir que no es otra cosa que el mismo individualismo considerado en su aplicación a la religión. Lo que hace el Protestantismo, como lo que hace el mundo moderno, no es más que una negación, esa negación de los principios que es la esencia misma del individualismo; y se puede ver aquí todavía uno de los ejemplos más patentes del estado de anarquía y de disolución que son consecuencia de él. Quien dice individualismo dice necesariamente rechazo a admitir una autoridad superior al individuo, así como una facultad de conocimiento superior a la razón individual; las dos cosas son inseparables la una de la otra. Por consiguiente, el espíritu moderno debería rechazar toda autoridad espiritual en el verdadero sentido de la palabra, que tenga su fuente en el orden suprahumano, y toda organización tradicional, que se base esencialmente sobre una tal autoridad, cualquiera que sea por otra parte la forma que revista, forma que difiere naturalmente según las civilizaciones. Es lo que ocurre en efecto: a la autoridad de la organización cualificada por interpretar legítimamente la tradición religiosa del Occidente, el Protestantismo pretendió situar lo que él llama el "libre examen", es decir, la interpreta-

ción dejada al arbitrio de cada uno, inclusive de los ignorantes y los incompetentes, y fundada únicamente sobre el ejercicio de la razón humana. Era pues, en el dominio religioso, algo análogo a lo que iba a ser el "racionalismo" en filosofía; era la puerta abierta a todas las discusiones, a todas las divergencias, a todas las desviaciones; y el resultado fue el que tenía que ser: la dispersión en una multitud siempre creciente de sectas, de la que cada una no representa más que la opinión particular de unos pocos individuos. Como en estas condiciones era imposible entenderse sobre la doctrina, ésta pasa rápidamente a segundo plano, y es el lado secundario de la religión, queremos decir, la moral, la que ocupa el primer puesto: de ahí esa degeneración en "moralismo" que resulta tan sensible en el Protestantismo actual. Se ha producido aquí un fenómeno paralelo al que hemos señalado a propósito de la filosofía; la disolución doctrinal, la desaparición de los elementos intelectuales de la religión, entrañan esta consecuencia inevitable partiendo del "racionalismo", se debía caer en el "sentimentalismo", y es en los países anglosajones donde se podrían encontrar los ejemplos más patentes de esto. De lo que se trata entonces, no es ya de la religión, ni siquiera aminorada y deformada, es simplemente de "religiosidad", es decir, de vagas aspiraciones sentimentales que no se justifican por ningún conocimiento real; y a este último estadio corresponden teorías como la de la "experiencia religiosa" de William James, que llega hasta a ver en el "subconsciente" el medio para el hombre de entrar en comunicación con lo divino. Aquí, los últimos productos de la decadencia religiosa se funden con los de la decadencia filosófica: la "experiencia religiosa" se incorpora al "pragmatismo", en nombre del cual se preconiza la idea de un Dios limitado como más "ventajosa" que la del Dios infinito, porque se pueden experimentar por él sentimientos comparables a los que se experimentan por un hombre superior; y, al mismo tiempo, por la llamada al "subconsciente", se llega al espiritismo y a todas las "pseudo-religiones" características de nuestra época, que hemos estudiado en otras obras. De otro lado, la moral protestante, al eliminar cada vez más toda base doctrinal, termina por degenerar en lo que se llama la "moral laica", que cuenta entre sus partidarios a los representantes de todas las variedades del "Protestantismo liberal", tanto como a los adversarios declarados de toda idea religiosa; en el fondo, son las mismas tendencias las que predominan tanto en lo unos como en los otros, y la única diferencia

es que no todos van tan lejos en el desarrollo lógico de todo lo que en ello se halla implicado.

En efecto, al ser la religión propiamente una forma de la tradición, el espíritu antitradicional no tiene más remedio que ser antirreligioso; comienza por desnaturalizar la religión y, cuando puede, acaba por suprimirla enteramente. El Protestantismo es ilógico en cuanto que, aún esforzándose por "humanizar" la religión, deja todavía subsistir, a pesar de todo, al menos en teoría, un elemento suprahumano, que es la revelación; no se atreve a llevar la negación hasta el fin, pero librando esta revelación a todas las discusiones que son la consecuencia de interpretaciones puramente humanas, la reduce de hecho muy pronto a no ser nada; y, cuando se ve a gente que, persistiendo en llamarse "cristianos", no admiten ya siquiera la divinidad de Cristo, nos está permitido pensar que éstos, sin sospecharlo quizás, están mucho más cerca de la completa negación que del verdadero Cristianismo. Semejantes contradicciones, por otra parte, no deben asombrar excesivamente, porque ellas representan, en todos los dominios, uno de los síntomas de nuestra época de desorden y confusión, lo mismo que la división incesante del Protestantismo no es más que una de las numerosas manifestaciones de esta dispersión en la multiplicidad que, como hemos dicho, se encuentra por todas partes en la vida y en la ciencia modernas. Por otra parte, es natural que el Protestantismo, con el espíritu de negación que lo anima, haya dado nacimiento a esta "crítica" disolvente que, en manos de los presuntos "historiadores de las religiones", se ha convertido en un arma de combate contra toda religión, y que así, aún pretendiendo no reconocer otra autoridad que la de los Libros sagrados, haya contribuido en gran parte a la destrucción de esta misma autoridad, es decir, el mínimum de tradición que conservaba todavía; la rebelión contra el espíritu tradicional, una vez comenzada, no podría detenerse a medio camino.

Aquí se podría hacer una objeción ¿no habría sido posible que, aún separándose de la organización católica, el Protestantismo, por lo mismo que admitía sin embargo los Libros sagrados, guardase la doctrina tradicional contenida en ellos? Es la introducción del "libre examen" la que se opone a una tal hipótesis, puesto que permite todas las fantasías individuales; la conservación de la doctrina supone por otra parte una enseñanza tradicional organizada, por la cual se mantiene la interpretación ortodoxa, y de hecho esta enseñanza, en el mundo occidental, se identificaba con el Catolicismo. Sin duda, puede haber, en otras

civilizaciones, organizaciones de formas muy diferentes de aquélla para cumplir la función correspondiente; pero es de la civilización occidental, con sus condiciones particulares, de lo que se trata aquí. No se puede hacer valer que, por ejemplo, en la India no existe ninguna institución comparable al Papado. El caso es completamente diferente, en primer lugar porque no se trata de una tradición de forma religiosa en el sentido occidental de esta palabra, de suerte que los medios por los cuales se conserva y se transmite no pueden ser los mismos, y después porque, siendo el espíritu hindú completamente diferente al espíritu europeo, la tradición puede tener por sí misma, en el primer caso, una potencia que no podría tener en el segundo, sin el apoyo de una organización mucho más estrictamente definida en su constitución exterior. Ya hemos dicho que la tradición occidental, desde el Cristianismo, debía estar necesariamente revestida de una forma religiosa; sería demasiado largo explicar todas las razones que hay para ello, razones que no pueden ser plenamente comprendidas sin acudir a consideraciones bastante complejas; pero se trata aquí de un estado de hecho que no se puede dejar de tener en cuenta,[1] y, desde este momento, es preciso también admitir todas las consecuencias que de él resultan, en lo que concierne a la organización apropiada a una semejante forma tradicional.

Por otra parte, es muy cierto, como indicábamos más arriba, que es solamente en el Catolicismo donde se ha mantenido lo que todavía subsiste, a pesar de todo, de espíritu tradicional en Occidente. ¿Quiere esto decir que, aquí al menos, se puede hablar de una conservación integral de la tradición, al abrigo del alcance del espíritu moderno? Desgraciadamente, no parece que sea así; o, para hablar con mayor exactitud, si el depósito de la tradición ha permanecido intacto, lo que es ya mucho, es bastante dudoso que su sentido profundo sea todavía comprendido efectivamente, inclusive por una élite poco numerosa, cuya existencia se manifestaría sin duda por una acción o, más bien, por una influencia que de hecho, no constatamos en ninguna parte. Se trata pues, más verosímilmente, de lo que llamaríamos de buen grado una conservación en estado latente, permitiendo siempre, a quienes serían capaces de ello, reencontrar el sentido de la tradición, cuando incluso este sentido no fuera actualmente consciente para nadie; y hay por otra parte también, esparcido por aquí y por allá en el mundo occidental, fuera del dominio religioso, muchos signos o símbolos que provienen de antiguas doctrinas tradicionales, y que se conservan sin comprenderlos. En semejantes casos, es necesario un contacto con el espíritu tradicional plenamente viviente para despertar lo que está así sumergido en una especie de sueño, para restaurar la comprensión perdida; y, digámoslo todavía una vez más, es en esto sobre todo en lo que el Occidente tendrá necesidad del socorro del Oriente si quiere volver a la conciencia de su propia tradición.

1. Por otra parte, este estado debe mantenerse, según las palabras evangélicas, hasta la "consumación de los siglos", es decir, hasta el fin del ciclo actual.

Lo que acabamos de decir se refiere propiamente a las posibilidades que el Catolicismo, por su principio, lleva en sí mismo de una manera constante e inalterable; aquí, por consiguiente, la influencia del espíritu moderno se limita forzosamente a impedir, durante un período más o menos largo, que determinadas cosas sean efectivamente comprendidas. Por contra, si se quisiera, al hablar del estado presente del Catolicismo, entender por esto la manera en la que es considerado por la gran mayoría de sus propios adeptos, estaríamos obligados a constatar una acción más positiva del espíritu moderno, si esta expresión puede ser aplicada a algo que, en realidad, es esencialmente negativo. Lo que tenemos a la vista, a este respecto, no son solamente movimientos bastante netamente definidos, como aquel al que se ha dado precisamente el nombre de "modernismo", y que no fue otra cosa que una tentativa, felizmente frustrada, de infiltración del espíritu protestante en el interior de la propia Iglesia católica; es sobre todo un estado espíritu mucho más general, más difuso y más difícilmente aprehensible, luego más peligroso todavía, tanto más peligroso cuanto que a menudo es completamente inconsciente en aquéllos que están afectados por él. Se puede uno creer sinceramente religioso y no serlo en modo alguno en el fondo; se puede uno llamar inclusive "tradicionalista" sin tener la menor noción del verdadero espíritu tradicional, y este es otro de los síntomas del desorden mental de nuestra época. El estado de espíritu al que hacemos alusión es, en primer lugar, aquel que consiste, si se puede decir, en "minimizar" la religión, en hacer de ella algo que se pone aparte, a lo que se contenta con asignar un lugar bien delimitado y tan estrecho como es posible, algo que no tiene ninguna influencia real sobre el resto de la existencia, que está aislado por una especie de compartimento estanco. ¿Existen hoy muchos católicos que tengan, en su vida corriente, maneras de pensar y de actuar sensiblemente diferentes a las de sus contemporáneos

más "arreligiosos"? Es también la ignorancia casi completa desde el punto de vista doctrinal, la indiferencia misma respecto a todo lo que con ella se relaciona; la religión, para muchos, es simplemente un asunto de "práctica", de costumbre, por no decir de rutina, y se suelen abstener cuidadosamente de intentar comprender en ella lo que quiera que sea, llegándose inclusive a pensar que es inútil comprender o quizá que no hay nada que comprender; por lo demás, se si comprendiera verdaderamente la religión, ¿se le podría otorgar un lugar tan mediocre entre las propias preocupaciones? La doctrina se encuentra, pues, de hecho, olvidada o reducida a casi nada, lo que se aproxima singularmente a la concepción protestante, porque este es un efecto de las mismas tendencias modernas, opuestas a toda intelectualidad; y lo que es más deplorable es que la enseñanza que es impartida generalmente, en lugar de reaccionar contra este estado de espíritu, lo favorece por el contrario adaptándose perfectamente a él. Se habla siempre de moral, casi nunca se habla de doctrina, so pretexto de que no sería comprendido; la religión, ahora, no es ya más que "moralismo", o al menos parece que nadie quiere ya ver lo que es realmente y que es otra cosa completamente distinta. Si se llega sin embargo a hablar todavía alguna vez de la doctrina, no es demasiado a menudo sino para rebajarla, discutiendo con los adversarios en su propio terreno "profano", lo que conduce inevitablemente a hacerles las concesiones más injustificadas; es así, especialmente, como se siente la obligación de tener en cuenta, en mayor o menor medida, pretendidos resultados de la "crítica" moderna, cuando nada sería más fácil, situándose en otro punto de vista, que mostrar la inanidad de esa "crítica"; en estas condiciones, ¿qué puede quedar efectivamente del verdadero espíritu tradicional?
Esta disgresión, a la que hemos sido llevados por el examen de las manifestaciones del individualismo en el dominio religioso, no nos parece que resulte inútil, porque ella muestra que el mal, a este respecto, es todavía más grave y está más extendido de lo que se podría creer a primera vista; y, por otra parte, ella no nos aleja apenas de la cuestión que estamos considerando y con la cual nuestra última observación se relaciona directamente, porque es también el individualismo el que introduce por todas partes el espíritu de discusión. Es muy difícil hacer comprender a nuestros contemporáneos que hay cosas que, por su propia naturaleza, no se pueden discutir; el hombre moderno, en lugar de intentar elevarse hasta la verdad, pretende hacerla descender a su nivel, y es sin duda por esto por lo que cuando a este

hombre se le habla de "ciencias tradicionales" o inclusive de metafísica pura, se imagina que no se trata más que de "ciencia profana" y de "filosofía". En el dominio de las opiniones individuales, se puede discutir siempre, porque, tratándose de él, no se sobrepasa el orden racional, y porque, al no apelar a ningún principio superior, se llega fácilmente a encontrar argumentos más o menos válidos para sostener el "pro" y el "contra"; se puede inclusive, en muchos casos, llevar la discusión indefinidamente sin llegar a ninguna conclusión, y tanto es así que casi toda la filosofía moderna está hecha solamente a base de equívocos y de cuestiones mal planteadas. Lejos de esclarecer las cuestiones, como se supone de ordinario, la discusión, lo más a menudo, no hace otra cosa que desplazarlas, cuando no oscurecerlas aún más; y el resultado más habitual es que cada uno, al esforzarse por convencer a su adversario, se aferra más que nunca a su propia opinión, sobre la que se afirma de una manera todavía más exclusiva que antes. En el fondo, con todo esto no se trata de llegar al conocimiento de la verdad, sino de tener razón pese a todo, o al menos de persuadirse a sí mismo de que así es, si no se puede persuadir a los demás, lo que se sentirá tanto más, por otra parte, cuanto que aquí se mezcla siempre esa necesidad de "proselitismo" que es aún uno de los elementos más característicos del espíritu occidental. A veces, el individualismo, en el sentido más ordinario y más bajo de la palabra, se manifiesta de una manera más aparente todavía: así ¿no se ven, a cada instante, personas que quieren juzgar la obra de un hombre según lo que saben de su vida privada, como si entre ambas cosas pudiera haber algún tipo de relación? De esta misma tendencia, que va unida a la manía del detalle, derivan también, hagámoslo notar de pasada, el interés que se atribuye a las menores particularidades de la existencia de los "grandes hombres", y la ilusión que se experimenta por explicar todo cuanto ellos han hecho mediante una especie de análisis "psicofisiológico"; todo esto es bien significativo para quien quiera darse cuenta de lo que es verdaderamente la mentalidad contemporánea.
Pero volvamos todavía un instante sobre la introducción de los hábitos de discusión en los dominios en que ellos no tienen nada que hacer, y digamos con toda claridad esto: la actitud "apologética" es, en sí misma, una actitud extremadamente débil, porque es puramente "defensiva", en el sentido jurídico de esa palabra; no en vano es designada por un término derivado de "apología", que tiene por significación propia el alegato de un

abogado, y que, en una lengua como el inglés, ha llegado justamente a adoptar corrientemente la acepción de "excusa"; la importancia preponderante acordada a la "apologética" es pues la marca incontestable de un retroceso del espíritu religioso. Esta debilidad se acentúa más cuando la "apologética" degenera, como decíamos hace unas líneas, en discusiones enteramente "profanas" por el método y el punto de vista, en las que la religión es puesta sobre el mismo plano que las teorías filosóficas y científicas, o pseudocientíficas, lo más contingentes e hipotéticas, y en que, por parecer "conciliante", se llega hasta admitir, en una cierta medida, concepciones que no han sido inventadas más que para arruinar toda religión; quienes actúan así, ellos mismos suministran la prueba de que son perfectamente inconscientes del verdadero carácter de la doctrina de la que se creen representantes más o menos autorizados. Aquéllos que están cualificados para hablar en nombre de una doctrina tradicional no tienen por qué discutir con los "profanos", ni por qué entablar "polémica"; no tienen más que exponer la doctrina tal como es, para quienes puedan comprenderla, y, al mismo tiempo, denunciar el error por todas partes donde se encuentre, haciéndolo aparecer como tal al proyectar sobre él la luz del verdadero conocimiento; su papel no es el de entablar una lucha y comprometer en ella a la doctrina, sino el de llevar el juicio que tienen derecho a llevar, si efectivamente poseen los principios que deben inspirarlo infaliblemente. El dominio de la lucha es el de la acción, es decir, el dominio individual y temporal; el motor inmóvil produce y dirige el movimiento sin ser arrastrado por él; el conocimiento esclarece la acción sin participar en sus vicisitudes; lo espiritual guía a lo temporal sin mezclarse con ello; y así cada cosa permanece en su orden, en el rango que le pertenece en la jerarquía universal; pero, en el mundo moderno, ¿se puede encontrar aún la noción de una verdadera jerarquía? Nada ni nadie está ya en el lugar en el que debería estar normalmente; los hombres no reconocen ya ninguna autoridad efectiva en el orden espiritual, ningún poder legítimo en el orden temporal; los "profanos" se permiten discutir de las cosas sagradas, contestar su carácter y hasta su propia existencia; es el inferior que juzga al superior, la ignorancia que pone límites a la sabiduría, el error que se sobrepone a la verdad, lo humano que sustituye a lo divino, la tierra que se coloca sobre el cielo, el individuo que se erige en medida de todas las cosas y pretende dictar al universo leyes enteramente sacadas de su propia razón relativa y falible. "Ay de vosotros, guías ciegos", se dice en el

Evangelio. Hoy día, en efecto, no se ven por todas partes más que a ciegos que conducen a otros ciegos y que, si no son detenidos a tiempo, los llevarán fatalmente al abismo en el que parecerán con ellos.

Capítulo VI

EL CAOS SOCIAL

En este estudio, no intentamos atenernos especialmente al punto de vista social, el cual no nos interesa sino muy indirectamente, porque no representa más que una aplicación bastante lejana de los principios fundamentales y, por consiguiente, no sería en este dominio en el que podría, en todo estado de causa, comenzar un enderezamiento del mundo moderno. Este enderezamiento, en efecto, si fuera emprendido hacia atrás, es decir, partiendo de las consecuencias, en lugar de partir de los principios, carecería forzosamente de base seria y sería completamente ilusorio; nada estable podría jamás resultar de él, y todo habría de recomenzar incesantemente, porque se habría descuidado algo fundamental: entenderse ante todo sobre las verdades esenciales. Es por esto por lo que no nos es posible conceder a las contingencias políticas, ni siquiera dando a esta palabra su sentido más amplio, otro valor que el de simples signos exteriores de la mentalidad de una época; pero, bajo este aspecto mismo, tampoco podemos pasar enteramente en silencio las manifestaciones del desorden moderno en el dominio social propiamente dicho.

Como indicábamos hace unas líneas, en el estado presente del mundo occidental, nadie se encuentra ya en el lugar que le conviene normalmente en razón de su propia naturaleza; es esto lo que se expresa al decir que ya no existen las castas, porque la casta, entendida en su verdadero sentido tradicional, no es otra cosa que la misma naturaleza individual, con todo el conjunto de las aptitudes especiales que comporta y que predisponen a cada hombre para el cumplimiento de tal o cual función determinada. Desde el momento en que el acceso a cualquier función no está ya sometido a ninguna regla legítima, de ello resulta inevitablemente que cada uno se encontrará llevado a hacer cualquier cosa, a menudo aquello para lo que está menos cualificado; el papel que representará en la sociedad estará determinado, no por el azar, que en realidad no existe,[1] sino por algo

que puede dar la ilusión de azar, es decir, por el embrollamiento de toda clase de circunstancias accidentales; lo que menos intervendrá en ello, será precisamente lo único que debería contar con semejante caso, queremos decir las diferencias de naturaleza que existen entre los hombres. La causa de todo este desorden es la negación de estas mismas diferencias, que entrañan la de toda jerarquía social; y esta negación, en principio quizás apenas consciente y más práctica que teórica, porque la confusión de las castas ha precedido a su completa supresión, o, en otros términos, se ha menospreciado la naturaleza de los individuos antes de llegar a no echar ninguna cuenta de ella, esta negación, decíamos, ha sido después erigida entre los modernos en pseudo principio bajo el nombre de "igualdad". Sería demasiado fácil demostrar que la igualdad no puede existir en ninguna parte, por la sencilla razón de que no podría haber dos seres que fueran a la vez realmente distintos y enteramente semejantes entre sí bajo todos los aspectos; y no sería menos fácil hacer resaltar todas las consecuencias absurdas que se derivan de esta idea quimérica, en el nombre de la cual se pretende imponer por todas partes una uniformidad completa, por ejemplo distribuyendo a todos una enseñanza idéntica, como si todos fueran igualmente aptos para comprender las mismas cosas, y como si, para hacérselas comprender, convinieran a todos indistintamente los mismos métodos. Se puede por otra parte preguntar si no se trata más bien de "aprender" que de "comprender" verdaderamente, es decir, si la inteligencia no es substituida por la memoria en la concepción verbal y "libresca" de la enseñanza actual, en la que no se contempla más que la acumulación de nociones rudimentarias y heteróclitas, y en la que la cualidad es sacrificada enteramente a la cantidad, como se produce por todas partes en el mundo moderno por razones que explicaremos más detenidamente en la continuación: se trata siempre de la dispersión en la multiplicidad. A este propósito, habría muchas cosas que decir sobre los daños causados por la "instrucción obligatoria"; pero no es éste el lugar de insistir sobre esto y, para no salirnos del marco que nos hemos trazado, hemos de contentarnos con señalar de pasada esta consecuencia especial de las teorías "igualitarias", como uno de esos elementos de

1. Lo que los hombres llaman azar es simplemente su ignorancia de las causas; si al decir que cualquier cosa sucede por azar lo que se pretende decir es que no ha habido causa, se trataría de una suposición contradictoria en sí misma.

desorden que hoy son demasiado numerosos para que se pueda inclusive tener la pretensión de enumerarlos sin omitir ninguno de ellos.

Naturalmente, cuando nos encontramos en presencia de una idea como la de "igualdad", o como la de "progreso", o como la de cualquiera de los demás "dogmas laicos" que casi todos nuestros contemporáneos aceptan ciegamente, y cuya mayor parte comenzaron a formularse netamente en el curso del siglo XVIII, no nos es posible admitir que tales ideas hayan nacido espontáneamente. Se trata, en suma, de verdaderas "sugestiones", en el sentido más estricto de esta palabra, las cuales no podrían por otra parte producir su efecto más que en un medio ya preparado para recibirlas; ellas no han creado de pies a cabeza el estado de espíritu que caracteriza la época moderna, pero sí han contribuido ampliamente a nutrirlo y a desarrollarlo hasta un punto que no habría alcanzado sin ellas. Si estas sugestiones llegasen a desvanecerse, la mentalidad general estaría muy cerca de cambiar de orientación; es por esto por lo que son tan cuidadosamente sostenidas por todos aquellos que tienen algún interés en mantener el desorden, si no en agravarlo más aún, y también porque, en un tiempo en el que se pretende someterlo todo a discusión, son las únicas cosas que no se permite jamás discutir. Es por otra parte difícil determinar exactamente el grado de sinceridad de los que se constituyen en propagadores de semejantes ideas, de saber en qué medida algunos hombres llegan a prenderse en sus propias mentiras y a sugestionarse a sí mismos sugestionando a los demás; e incluso, en una propaganda de este género, los que representan un papel de cándidas víctimas son a menudo los mejores instrumentos, porque ellos aportan a esto una convicción que a los demás les costaría trabajo disimular, y que es fácilmente contagiosa; pero, detrás de todo esto, y al menos en el origen, es necesaria una acción mucho más consciente, una dirección que no puede venir más que de hombres que sepan perfectamente a qué atenerse sobre las ideas que lanzan de este modo a la circulación. Hemos hablado de "ideas", pero no es sino muy impropiamente como esta palabra puede aplicarse aquí, porque es de todo punto evidente que no se trata en manera alguna de ideas puras, ni siquiera de algo que pertenece de cerca o de lejos al orden intelectual; se trata, si se quiere, de ideas falsas, aunque mejor aún sería hablar de "pseudo-ideas", destinadas principalmente a provocar reacciones sentimentales, lo que es en efecto el medio más eficaz y más fácil para actuar sobre las masas. A este

respecto, la palabra tiene por otra parte una importancia mayor que la noción que pretende representar, y la mayoría de los "ídolos" modernos no son verdaderamente más que palabras, porque aquí se produce ese singular fenómeno conocido por el nombre de "verbalismo", en que la sonoridad de las palabras basta para dar la ilusión de un pensamiento. La influencia que los oradores ejercen sobre las masas es particularmente característica a este respecto, y no hay necesidad de estudiarlo muy de cerca para darse cuenta de que se trata en estos casos de un procedimiento de sugestión en un todo comparable al del hipnotismo.

Pero, sin extendernos más sobre estas consideraciones, volvamos sobre las consecuencias que entraña la negación de toda verdadera jerarquía, y notemos que, en el presente estado de cosas, no solamente un hombre no cumple su función propia más que excepcionalmente y como por accidente, cuando sería el caso contrario el que debería constituir normalmente la excepción, sino que ocurre también que el mismo hombre sea llamado a ejercer sucesivamente funciones completamente diferentes, como si él pudiera cambiar de aptitudes a voluntad. Esto puede parecer paradójico en una época de "especialización" a ultranza, y sin embargo es verdaderamente así, especialmente en el orden político; si la competencia de los "especialistas" es a menudo muy ilusoria, y en todo caso limitada a un dominio muy estrecho, la creencia en esta competencia es sin embargo un hecho, y se podría preguntar cómo es posible que esta creencia no represente ya ningún papel cuando se trata de la carrera de los hombres políticos, en que la incompetencia más completa raramente constituye un obstáculo. Sin embargo, si se reflexiona en ello, se percibe fácilmente que no hay nada de qué asombrarse, y que ello no es, en resumidas cuentas, sino un resultado muy natural de la concepción "democrática", en virtud de la cual el poder viene de abajo y se apoya esencialmente sobre la mayoría, lo que tiene por corolario necesario la exclusión de toda verdadera competencia, porque la competencia es siempre una superioridad al menos relativa y sólo puede ser patrimonio de una minoría.

En este punto, no serán inútiles algunas explicaciones para hacer resaltar, de una parte, los sofismas que se ocultan bajo la idea "democrática" y, de otra parte, los lazos que unen esta misma idea a todo el conjunto de la mentalidad moderna. Por otra parte, es casi superfluo, dado el punto de vista en que nos situamos, hacer notar que estas observaciones serán formuladas

fuera de todas las cuestiones de partidos y de todas las querellas políticas, en las que no intentamos mezclarnos ni de cerca ni de lejos. Nosotros consideramos estas cosas de una manera completamente desinteresada, como podríamos hacerlo con cualquier otro objeto de estudio, buscando darnos cuenta, tan claramente como sea posible, de lo que hay en el fondo de todo esto, lo que, por lo demás, es la condición necesaria y suficiente para que se disipen todas las ilusiones que nuestros contemporáneos se hacen sobre este tema. Aquí, también, se trata verdaderamente de "sugestión", como decíamos hace unas líneas refiriéndonos a ideas un poco diferentes pero sin embargo conexas; y, desde que se sabe que no es más que una sugestión, desde que se sabe cómo actúa, ya no se puede ejercer; contra cosas de este género, un examen algo profundo y puramente "objetivo", como se dice hoy en la jerga especial que se ha pedido prestada a los filósofos alemanes, resulta más adecuado que todas las declamaciones sentimentales y todas las polémicas de partido, que no prueban nada y que no son más que la expresión de simples preferencias individuales.

El argumento más decisivo contra la "democracia" se resume en pocas palabras: lo superior no puede emanar de lo inferior, porque lo "más" no puede salir de lo "menos"; esto es de un rigor matemático absoluto, contra el cual nada podría prevalecer. Es importante hacer notar que es precisamente el mismo argumento que, aplicado en otro orden, vale también contra el "materialismo". No hay nada de fortuito en esta concordancia, y las cosas dos cosas son mucho más estrechamente solidarias de lo que podría parecer a primera vista. Es demasiado evidente que el pueblo no puede conferir un poder que él mismo no posee; el poder verdadero no puede venir más que de arriba, y es por esto por lo que —digámoslo de pasada— no puede ser legitimado más que por la sanción de algo superior al orden social, es decir, de una autoridad espiritual; si es de otra manera no se trata ya sino de una falsificación del poder, un estado de hecho que es injustificable por defecto de principio y donde no puede haber más que desorden y confusión. Esta subversión de toda jerarquía comienza desde que el poder temporal quiere hacerse independiente de la autoridad espiritual, y luego subordinársela pretendiendo hacerla servir a fines políticos. Hay una primera usurpación que abre la vía de todas las demás, y así se podría mostrar que, por ejemplo, la realeza francesa, ha trabajado inconscientemente ella misma, desde el siglo XIV, en preparar la Revolución que había de derrocarla. Quizá tengamos

algún día ocasión de desarrollar como se merece este punto de vista que, por el momento, no podemos más que señalar de una manera sumaria.

Si se define la "democracia" como el gobierno del pueblo por sí mismo, esto es una verdadera imposibilidad, una cosa que no puede siquiera tener una simple existencia de hecho, tanto en la nuestra como en cualquier otra época. No hay que dejarse embaucar por las palabras, y es contradictorio admitir que los mismos hombres puedan ser a la vez gobernantes y gobernados, porque, para emplear el lenguaje aristotélico, un mismo ser no puede ser "en acto" y "en potencia" al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto. Hay aquí una relación que supone necesariamente dos términos en presencia: no podría haber gobernados si no hubiera también gobernantes, aunque fuesen ilegítimos y sin otro derecho al poder que aquel que ellos se han atribuido a sí mismos; pero la gran habilidad de los dirigentes, en el mundo moderno, es hacer creer al pueblo que él se gobierna a sí mismo; y el pueblo se deja persuadir tanto más de grado cuanto más halagado sea y cuanto más incapacitado esté, por otra parte, para reflexionar lo suficiente como para caer en la cuenta de lo que en ello hay de imposible. Es para crear esta ilusión para lo que se ha creado el "sufragio universal": es la opinión de la mayoría la que se supone que hace la ley; pero no se dan cuenta de que la opinión es algo que se puede muy fácilmente dirigir y modificar. Con la ayuda de sugestiones apropiadas, se puede provocar en ella corrientes que vayan en tal o cual sentido determinado. No sabemos quien ha hablado de "fabricar la opinión", expresión que encontramos muy justa, aunque es preciso decir, por otra parte, que no son siempre los aparentes dirigentes quienes tienen en realidad a su disposición los medios necesarios para obtener este resultado. Esta última observación da sin duda razón de por qué la incompetencia de los políticos más en el candelero no parece tener sino una importancia muy relativa; pero, como no se trata aquí de desmontar los mecanismos de lo que se podría llamar la "máquina de gobernar", nos limitaremos a señalar que esta misma incompetencia ofrece la ventaja de alimentar la ilusión de que acabamos de hablar. Es sólo en estas condiciones, en efecto, como los políticos en cuestión pueden aparecer como la emanación de la mayoría, siendo así a su imagen, porque la mayoría, cualquiera que sea el tema sobre el que sea llamada a dar su opinión, está siempre constituida por los incompetentes, cuyo número es incomparablemente mayor que el de los hombres que son capaces de

pronunciarse con perfecto conocimiento de causa.

Esto nos lleva inmediatamente a decir en qué la idea de que la mayoría debe hacer la ley es esencialmente errónea, porque, inclusive si esta idea, por la fuerza de las cosas, es sobre todo teórica y no puede responder a una realidad efectiva, queda sin embargo por explicar cómo ha podido implantarse en el espíritu moderno, cuales son las tendencias de éste a las que corresponde y que satisface, al menos en apariencia. El defecto más visible es el que indicábamos ahora mismo: la opinión de la mayoría no puede ser más que la expresión de la incompetencia, ya resulte ésta de la falta de inteligencia o de la ignorancia pura y simple; en este sentido, se podrían hacer intervenir ciertas observaciones de "psicología colectiva", y recordar especialmente ese hecho bastante conocido de que, en una multitud, el conjunto de las reacciones mentales que se producen entre los individuos que la componen desemboca en la formación de una especie de resultante que está, no ya siquiera al nivel de la media, sino al de los elementos más inferiores. Sería oportuno hacer notar, por otra parte, cómo algunos filósofos modernos han querido trasladar al orden intelectual la teoría "democrática", que hace prevalecer la opinión de la mayoría, haciendo de lo que ellos llaman el "consentimiento universal" un pretendido "criterio de la verdad". Aun suponiendo que hubiese efectivamente una cuestión sobre la que todos los hombres estuviesen de acuerdo, este acuerdo no probaría nada por sí mismo; pero, además, si esta unanimidad existiera verdaderamente, lo que es tanto más dudoso, cuanto que hay siempre muchos hombres que no tienen ninguna opinión sobre una cuestión cualquiera y que ni siquiera la han tenido nunca, sería en todo caso imposible constatarla de hecho, de suerte que lo que se invoca en favor de una opinión y como signo de su verdad se reduce a no ser más que el consentimiento del mayor número, y todavía limitándose a un medio forzosamente muy limitado en el espacio y en el tiempo. En este dominio, aparece aún más claramente que la teoría carece de base, porque es más fácil sustraerse en él a la influencia del sentimiento, que, por el contrario, entre en juego inevitablemente cuando se trata del dominio político; y esta influencia es uno de los principales obstáculos para la comprensión de ciertas cosas, inclusive entre aquéllos que tendrían por otra parte una capacidad intelectual ampliamente suficiente para acceder sin esfuerzo a esta comprensión; los impulsos emotivos impiden la reflexión, y uno de los más vulgares trucos de la política consiste en sacar partido de esta incompatibilidad.

Pero vayamos más al fondo de la cuestión: ¿qué es exactamente esta ley del mayor número que invocan los gobiernos modernos y de la que pretenden sacar su única justificación? Es simplemente la ley de la materia y de la fuerza bruta, la ley misma en virtud de la cual una masa arrastrada por su propio peso arrasa todo cuanto encuentra a su paso; es aquí donde se encuentra el punto de unión entre la concepción "democrática" y el "materialismo", y esto es lo que hace también que esta misma concepción esté tan estrechamente ligada a la mentalidad actual. Es la completa subversión del orden normal, puesto que significa la proclamación de la supremacía de la multiplicidad como tal, supremacía que, en efecto, no existe más que en el mundo material;[2] por el contrario, en el mundo espiritual, y más simplemente aún en el orden universal, es la unidad la que está en la cima de la jerarquía, porque constituye el principio del que surge toda multiplicidad;[3] pero, cuando el principio es negado o perdido de vista, no resta ya más que la multiplicidad pura, que se identifica con la materia misma. De otra parte, la alusión que acabamos de hacer a la pesantez implica, más que una simple comparación, porque la pesantez representa efectivamente, en el dominio de las fuerzas físicas en el sentido más ordinario de esta palabra, la tendencia descendente y represiva, que entraña para el ser una limitación cada vez más estrecha, y que va al mismo tiempo en el sentido de la multiplicidad, figurada aquí por una densidad cada vez más grande;[4] y esta tendencia es la misma que marca la dirección según la cual la actividad humana se ha desarrollado desde el principio de la época moderna. Además, es oportuno hacer notar que la materia, por su poder de división y a la vez de limitación, es lo que la doctrina escolástica llama el "principio de individuación", y esto relaciona las considera-

2. Basta con leer a Santo Tomás de Aquino para ver que *"numerus stat ex parte materiae"*.

3. De un orden de realidad al otro, la analogía, aquí como en todos los casos similares, se aplica estrictamente en sentido inverso.

4. Esta tendencia es la que la doctrina hindú llama *tamas*, que asimila a la ignorancia y a la oscuridad. Se advertirá que, según lo que decíamos hace unas líneas sobre la aplicación de la analogía, la comprensión o condensación de que se trata está en el punto opuesto de la concentración considerada en el orden espiritual o intelectual, de manera que, por singular que esto pueda parecer en principio, es en realidad correlativa de la división y de la dispersión en la multiplicidad. Y, por otra parte, lo mismo se puede decir de la uniformidad realizadas por abajo, al nivel más inferior, según la concepción "igualitaria", y que está en el extremo opuesto de la unidad superior y principal.

ciones que exponemos ahora con lo que anteriormente hemos dicho sobre el tema del individualismo: esta misma tendencia en cuestión es también, podría decirse, la tendencia "individualizante", aquella según la cual se efectúa lo que la tradición judeo-cristiana designa como la "caída" de los seres que se han separado de la unidad original.[5] La multiplicidad considerada fuera de su principio, y que de esta manera no puede ya ser devuelta a la unidad, es, en el orden social, la colectividad concebida simplemente como la suma aritmética de los individuos que la componen, y que no es en efecto más que esto desde el momento en que no se relaciona con ningún principio superior a los individuos; y la ley de la colectividad, bajo este aspecto, es esa ley del mayor número sobre la cual se funda la idea "democrática".

En este punto, es preciso que nos detengamos un instante para disipar una posible confusión. Al hablar del individualismo moderno, hemos considerado casi exclusivamente sus manifestaciones en el orden intelectual; se podría pensar que, por lo que respecta al orden social, el caso es completamente diferente. En efecto, si se tomara la voz "individualismo" en su acepción más estricta, se podría sentir la tentación de oponer la colectividad al individuo, y pensar que hechos tales como el papel cada vez más invasor del Estado y la complejidad creciente de las instituciones son la señal de una tendencia contraria al individualismo. En realidad, no se trata de esto, porque la colectividad, al no ser otra cosa que la suma de los individuos, no puede ser opuesta a éstos, no más que otra parte que el Estado mismo concebido a la manera moderna, es decir, como simple representación de la masa, en que no se refleja ningún principio superior; ahora bien, es precisamente en la negación de todo principio supraindividual en lo que consiste verdaderamente el individualismo tal como lo hemos definido. Luego, si en el dominio social hay conflictos entre diversas tendencias que pertenecen, todas, igualmente al espíritu moderno, estos conflictos no son entre el individualismo y cualquier otra cosa, sino simplemente entre las múltiples variedades de que el propio individualismo es susceptible de presentarse; y es fácil darse cuenta de que, en ausencia de todo

5. Es por esto por lo que Dante sitúa la morada simbólica de Lucifer en el centro de la tierra, es decir, en el punto en que convergen de todas partes las fuerzas de la pesantez; desde este punto de vista, se trata de lo inverso al centro de atracción espiritual o "celeste", que está simbolizado por el sol en la mayoría de las doctrinas tradicionales.

principio capaz de unificar realmente la multiplicidad, tales conflictos deben ser más numerosos y más graves en nuestra época que lo han sido nunca, porque quien dice individualismo dice necesariamente división; y esta división, con el estado caótico que engendra, es la consecuencia fatal de una civilización completamente material, puesto que es la materia misma la que es propiamente la raíz de la división y de la multiplicidad. Dicho esto, tenemos que insitir aún sobre una consecuencia inmediata de la idea "democrática", que es la negación de la élite entendida en su sola acepción legítima; no en vano "democracia" se opone a "aristocracia", palabra que designa precisamente, al menos cuando es tomada en sentido etimológico, el poder de la élite. Esta, de alguna manera por definición, no puede ser más que un número pequeño, y su poder, su autoridad más bien, que procede de su superioridad intelectual, no tiene nada en común con la fuerza numérica sobre la que reposa la "democracia", cuyo carácter esencial es sacrificar la minoría a la mayoría, e igualmente y por esto mismo, como decíamos más arriba, la calidad a la cantidad, luego la élite a la masa. Así, el papel director de una verdadera élite y su existencia misma, porque ella representa forzosamente este papel desde el momento en que existe, son radicalmente incompatibles con la "democracia", que está íntimamente ligada a la concepción "igualitaria", es decir, a la negación de toda jerarquía: el fondo mismo de la idea "democrática" es que un individuo cualquiera vale igual que otro, porque ellos son iguales numéricamente, aunque no puedan serlo nunca más que numéricamente. Una élite verdadera, ya lo hemos dicho, no puede ser más que intelectual; es por esto por lo que la "democracia" no puede instaurarse más que allí donde la pura intelectualidad no existe ya, lo que es efectivamente el caso del mundo moderno. Sin embargo, como la igualdad es imposible de hecho, y como no se puede suprimir prácticamente toda diferencia entre los hombres, a despecho de todos los esfuerzos de nivelación, se llega, a través de un curioso ilogismo, a inventar falsas élites, por otra parte múltiples, que pretenden sustituir a la única élite real; y estas falsas élites están basadas sobre la consideración de superioridad cualquiera, eminentemente relativas y contingentes, y siempre de orden puramente material. Es fácil apercibirse de esto advirtiendo que la distinción social que cuenta más, en el presente estado de cosas, es la que se funda sobre la fortuna, es decir, sobre una superioridad completamente exterior y de orden exclusivamente cuantitativo, la única, en suma, que es conciliable con la "democra-

cia", puesto que procede del mismo punto de vista. Añadiremos por lo demás que aquellos mismos que se sitúan actualmente como adversarios de este estado de cosas, pero no haciendo intervenir tampoco ningún principio de orden superior, son incapaces de remediar eficazmente un tal desorden, cuando no corren el riesgo de agravarlo aún más, yendo siempre más lejos en el mismo sentido; la lucha es solamente entre diversas variedades de "democracia", que acentúen más o menos la tendencia "igualitaria", como lo es también, según hemos dicho, entre diversas variedades del individualismo, lo que, por otra parte, viene exactamente a ser lo mismo.

Estas pocas reflexiones nos parecen suficientes para caracterizar el estado social del mundo contemporáneo, y para mostrar al mismo tiempo que, en este dominio, como en todos los demás, no puede haber más que un medio de salir del caos: la restauración de la intelectualidad y, como consecuencia, la reconstitución de una élite, que, actualmente, debe ser considerada como inexistente en Occidente, porque no se puede dar ese nombre a algunos elementos aislados y sin cohesión que de alguna manera no representan más que posibilidades no desarrolladas. En efecto, estos elementos sólo tienen, en general, tendencias o aspiraciones, que les llevan sin duda a reaccionar contra el espíritu moderno, pero sin que su influencia pueda ejercerse de una manera efectiva; lo que les falta es el verdadero conocimiento, son los datos tradicionales, que no se improvisan, y que una inteligencia limitada a sí misma, sobre todo en unas circunstancias tan desfavorables en todos los aspectos, no puede suplir sino de una manera muy imperfecta y en muy pequeña medida. No hay pues más que esfuerzos dispersos y que a menudo se pierden, por falta de principios y de orientación doctrinal: se podría decir que el mundo moderno se defiende mediante su propia dispersión, a la cual ni sus propios adversarios son capaces de sustraerse. Y esto será así en tanto que éstos se mantengan sobre el terreno "profano", terreno en el que el espíritu moderno tiene una ventaja evidente, puesto que representa su dominio propio y exclusivo; y, por otra parte, si ellos permanecen en él es porque este espíritu, a pesar de todo, ejerce todavía sobre ellos una gran influencia. Es por esto por lo que tantas personas, animadas sin embargo de una incontestable buena voluntad, son incapaces de comprender que es absolutamente preciso comenzar por los principios, y se obstinan en malgastar sus fuerzas en tal o cual dominio relativo, social o no, en que nada real ni duradero puede ser cumplido en tales

condiciones. Por el contrario, la élite verdadera no intentaría intervenir directamente en estos dominios, ni mezclarse en la acción exterior; ella lo dirigiría todo a través de una influencia inaprehensible por lo vulgar, y tanto más profunda cuanto menos aparente. Si se piensa en el poder de las sugestiones de las que hablábamos más arriba, y que sin embargo no suponen ninguna intelectualidad verdadera, se puede suponer lo que sería, con mayor razón, la potencia de una influencia como ésta, ejerciéndose de una manera todavía más oculta en razón de su propia naturaleza y que bebe en el manantial de la intelectualidad pura; potencia que por otra parte, en lugar de ser aminorada por la división inherente a la multiplicidad y por la debilidad que comporta todo lo que es mentira o ilusión, sería por el contrario intensificada por la concentración en la unidad principal y se identificaría con la fuerza misma de la verdad.

Capítulo VII

UNA CIVILIZACION MATERIAL

De todo cuanto se ha dicho con anterioridad, nos parece que resulta claramente que los orientales tienen toda la razón cuando reprochan a la civilización occidental moderna el ser una civilización enteramente materialista. Ciertamente, es en este sentido en el que se ha desarrollado de forma exclusiva y, sea cual sea el punto de vista desde el que se la considere, se la encuentra siempre en presencia de las consecuencias más o menos directas de esta materialización. Sin embargo, nos es preciso todavía completar lo que hemos dicho a este respecto y, primero que nada, explicarnos sobre los diferentes sentidos en los cuales puede ser tomada una palabra como "materialismo", porque, si la empleamos para caracterizar el mundo contemporáneo, algunos, que no se creen de ninguna manera "materialistas", aun teniendo la pretensión de ser muy "modernos", no dejarán de protestar, persuadidos de que se trata de una auténtica calumnia. Se impone, pues, una puesta a punto para disipar en primer lugar todos los equívocos que se podrían producir sobre este tema.

Ya es bastante significativo que la misma palabra "materialismo" date solamente del siglo XVIII; fue inventada por el filósofo Berkeley, quien se sirvió de ella para designar toda teoría que admite la existencia real de la materia. Apenas hay necesidad de decir que no es de esto de lo que aquí se trata, pues no es esta existencia lo que ponemos en causa. Poco más tarde, la misma palabra tomó un sentido más restringido, que ha conservado desde entonces: caracteriza una concepción según la cual no existe otra cosa que la materia y lo que de ella procede; y hay que hacer notar la novedad de una tal concepción, el hecho de que es esencialmente un producto del espíritu moderno, es decir, que corresponde al menos a una parte de las tendencias propias de éste.[1] Pero es sobre todo en otra acepción, mucho más amplia, y sin embargo muy neta, como hablamos aquí de "materialismo": lo que esta palabra representa entonces es todo un estado de espíritu, del que la concepción que acabamos de definir no es más que una manifestación entre muchas otras y que en sí misma es independiente de toda teoría filosófica. Este estado de espíritu es aquel que consiste en dar más o menos conscientemente la preponderancia a las cosas de orden material y a las preocupaciones que con ellas se relacionan, ya estas preocupaciones conserven una cierta apariencia especulativa o ya sean puramente prácticas; y nadie podrá negar seriamente que ésta es la mentalidad de la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos.

Toda la ciencia "profana" que se ha desarrollado en el curso de los últimos siglos no es más que el estudio del mundo sensible; ella se ha encerrado exclusivamente en ese mundo y sus métodos son aplicables sólo a ese dominio; ahora bien, estos métodos son proclamados "científicos" con la exclusión de cualquier otro, lo que equivale a negar toda ciencia que no se relacione con las cosas materiales. Entre quienes piensan así, e inclusive entre quienes se han consagrado especialmente a las ciencias de que se trata, hay muchos que rechazarían declararse "materialistas" y adherirse a la teoría filosófica que lleva ese nombre; los hay que hasta hacen de buena gana una profesión de fe religiosa de cuya sinceridad no es lícito dudar; pero su actitud "científica" no difiere sensiblemente de la de los materialistas probados. A menudo se ha discutido, desde el punto de vista religioso, la cuestión de saber si la ciencia moderna debería ser denunciada como atea o como materialista y, lo más a menudo, se ha planteado muy mal. Es cierto que esta ciencia no hace expresa profesión de ateísmo o de materialismo, que se limita a ignorar de entrada ciertas cosas sin pronunciarse a su respecto mediante una negación formal como hacen tales o cuales filósofos; no se puede pues, en lo que la concierne, más que hablar de un materialismo de hecho, de lo que de buena gana llamaríamos un materialismo práctico; pero el mal es, quizá, más grave, porque es más profundo y está más extendido. Una actitud filosófica puede ser algo muy superficial, inclusive entre los filósofos "profesionales'; además, hay espíritus que retrocederían ante la negación, pero que se acomodan a una completa indiferencia; y esto es lo más temible, porque, para negar una cosa, es necesa-

1. Con anterioridad al siglo XVIII, hubo teorías "mecanicistas", desde el atomismo griego a la física cartesiana; pero no hay que confundir "mecanicismo' y "materialismo", a despecho de ciertas afinidades que han podido crear una especie de solidaridad de hecho entre el uno y el otro desde la aparición del "materialismo" propiamente dicho.

rio siquiera pensar en ella, por poco que sea, mientras que en el estado de indiferencia no se piensa de ninguna manera.[1] Cuando se ve a una ciencia exclusivamente material presentarse como la única ciencia posible, cuando los hombres se muestran habituados a admitir como una verdad indiscutible que no puede haber conocimiento válido fuera de ella, cuando toda la educación que les es suministrada tiende a inculcarles la superstición de esta ciencia, lo que es propiamente el "cientismo", ¿cómo podrían estos hombres no ser prácticamente materialistas, es decir, no tener todas sus preocupaciones vueltas del lado de la materia? Para los modernos, nada parece existir fuera de lo que puede verse y tocarse, o al menos, incluso si ellos admiten teóricamente que puede existir alguna otra cosa, se apresuran a declararlo no solamente desconocido, sino "incognoscible", lo que les dispensa de ocuparse de ello. Si hay no obstante quien intenta hacerse la idea de algún "otro mundo", como para esto no acuden más que a la imaginación, se lo representan sobre el modelo del mundo terrestre y transportan a él todas las condiciones de existencia propias de éste, entre ellas el espacio y el tiempo, inclusive una especie de "corporeidad"; en otro lugar hemos mostrado, a propósito de las concepciones espiritistas, ejemplos particularmente chocantes de este género de representaciones groseramente materializadas; pero, si este es un caso extremo, en el que este carácter es exagerado hasta la caricatura, sería un error creer que el espiritismo y las sectas más o menos emparentadas con él tienen el monopolio de esta clase de cosas. Por lo demás, de una manera más general, la intervención de la imaginación en dominios donde no tienen nada que ofrecer, y que les deberían normalmente estar prohibidos, es un hecho que muestra muy netamente la incapacidad de los occidentales modernos para elevarse por encima de lo sensible. Muchos no saben hacer la menor distinción entre "concebir" e "imaginar", y algunos filósofos como Kant llegan hasta a declarar "inconcebible" o "impensable" todo cuanto no es susceptible de representación. De esta forma, todo lo que se llama "espiritualismo" o "idealismo" no es, la mayor parte de las veces, más que una especie de materialismo transpuesto; esto no es verdad solamente respecto a lo que nosotros hemos designado con el nombre de "neoespiritualismo", sino también respecto al mismo espiritualismo filosófico, que se considera sin embargo como lo opuesto al materialismo.[1] A decir verdad, espiritualismo y materialismo, entendidos en un sentido filosófico, no pueden comprenderse el uno sin el otro: son simplemente las dos mitades del dualismo

cartesiano, cuya separación radical ha sido transformada en una especie de antagonismo, y, desde entonces, toda la filosofía oscila entre estos dos términos sin poder superarlos. El espiritualismo, a despecho de su nombre, no tiene nada en común con la espiritualidad; su debate con el materialismo no puede sino dejar perfectamente indiferentes a quienes se sitúan en un punto de vista superior y ven que, en el fondo, estos contrarios están muy cerca de ser simples equivalentes, cuya pretendida oposición se reduce, en muchos puntos, a una vulgar disputa de palabras. En general, los modernos no conciben otra ciencia que la que se refiere a las cosas que se miden, se pesan y se cuentan, es decir, a las cosas materiales, que son las únicas a las que se les puede aplicar el punto de vista cuantitativo; y la pretensión de reducir la calidad a la cantidad es muy característica de la ciencia moderna.[1] En este sentido, se ha llegado a creer que no hay ciencia propiamente dicha allí donde no es posible introducir la medida, y que no hay más leyes científicas que las que expresa relaciones cuantitativas. El "mecanicismo" de Descartes marcó el principio de esta tendencia, que no ha dejado de acentuarse desde entonces, a despecho del fracaso de la física cartesiana, porque ella no está ligada a una teoría determinada, sino a una concepción general del conocimiento científico. Hoy día se quiere aplicar la medida hasta en el dominio psicológico, que se escapa a ella sin embargo por su propia naturaleza; se termina por no comprender que la posibilidad de la medida no reposa sino sobre una propiedad inherente a la materia y que es su indefinida divisibilidad, a menos que se piense que esta propiedad se extiende a todo lo que existe, lo que equivale a materializar todas las cosas. La materia, como ya hemos dicho, es el principio puro de división y multiplicidad; la predominancia atribuida al punto de vista de la cantidad y que, como hemos mostrado antes, se encuentra hasta en el dominio social, es pues materialismo en el sentido que indicábamos más arriba, aunque no esté necesariamente ligada al materialismo filosófico, al que por otra parte ha precedido en el desarrollo de las tendencias del espíritu moderno. No insistiremos sobre lo que hay de ilegítimo en querer reducir la calidad a la cantidad, ni sobre lo que tienen de insuficientes todas las tentativas de explicación que se acercan más o menos al tipo "mecanicista"; no es esto lo que nos proponemos y, a este respecto, haremos notar solamente que, inclusive en el orden sensible, una ciencia de este género no tiene sino muy escasa relación con la realidad cuya parte más considerable se le escapa necesariamente.

A propósito de "realidad", nos sentimos llevados a mencionar otro hecho que corre el riesgo de pasar inadvertido para muchos, pero que es muy digno de nota como signo del estado de espíritu del que venimos hablando: es que este nombre, en el uso corriente, está reservado exclusivamente a la realidad sensible. Como el lenguaje es la expresión de la mentalidad de un pueblo y de una época, es preciso concluir que, para los que así se expresan, todo cuanto no cae bajo los sentidos es "irreal", es decir, ilusorio o inclusive completamente inexistente. Es posible que no tengan clara conciencia de ello, pero esta convicción negativa no está menos en el fondo de ellos mismos y, si afirman lo contrario, se puede estar seguro de que, aunque no se den cuenta, esta afirmación responde en ellos a algo más exterior, si incluso no es puramente verbal. Si alguien está tentado de creer que exageramos, no tendrá más que buscar para ver, por ejemplo, a qué se reducen las pretendidas convicciones religiosas de mucha gente: unas pocas nociones aprendidas de memoria, de una forma enteramente escolar y maquinal, que no han sido asimiladas en absoluto, sobre las cuales no han reflexionado jamás, pero que conservan en su memoria y que repiten ocasionalmente porque son parte de un cierto formalismo, de una actitud convencional que es todo cuanto pueden comprender bajo el nombre de religión. Ya hemos hablado más arriba de esta "minimización" de la religión, cuyo "verbalismo" en cuestión representa uno de los últimos grados; es la que explica que sedicentes "creyentes" no ceden nada, en cuanto a materialismo práctico, a los "no creyentes"; volveremos más adelante sobre esto, pero, antes, hemos de terminar con las consideraciones que conciernen al carácter materialista de la ciencia moderna, porque ésta es una cuestión que demanda ser considerada bajo diferentes aspectos.

Nos es preciso recordar aún, aunque ya lo hayamos indicado, que las ciencias modernas no tienen el carácter de un conocimiento desinteresado, y que, inclusive para los que creen en su valor especulativo, éste es apenas una máscara bajo la que se ocultan preocupaciones puramente prácticas, pero que permite conservar la ilusión de una falsa intelectualidad. El propio Descartes, al crear su física, soñaba sobre todo en sacar de ella una mecánica, una medicina y una moral; y, con la difusión del empirismo anglosajón, fue otra cosa aún; por lo demás, lo que constituye el prestigio de la ciencia a los ojos del gran público son casi únicamente los resultados prácticos que permite conseguir, porque aquí todavía se trata de cosas que pueden verse y tocarse. Decíamos que el "pragmatismo" representa la meta de toda la filosofía moderna y su último grado de decadencia; pero hay también, y desde hace ya mucho tiempo, fuera de la filosofía, un "pragmatismo" difuso y no sistematizado, que es al otro lo que el materialismo práctico es al materialismo teórico y que se confunde con lo que el vulgo llama el "buen sentido". Este utilitarismo casi instintivo es por otra parte inseparable de la tendencia materialista: el "buen sentido" consiste en no sobrepasar el horizonte terrestre tanto como en no ocuparse de lo que no tiene interés práctico inmediato; para él, sólo el mundo sensible es "real" y no hay conocimiento que no venga de los sentidos; también para él, este conocimiento restringido no vale sino en la medida en que permite dar satisfacción a necesidades materiales, y a veces a un cierto sentimentalismo, porque, hay que decirlo claramente, aun a riesgo de chocar con el "moralismo" contemporáneo, el sentimiento está en realidad muy cerca de la materia. En todo esto, no queda ningún lugar para la inteligencia, sino en la medida en que consienta en servir a la realización de fines prácticos, a no ser más que un simple instrumento sometido a las exigencias de la parte inferior y corporal del individuo humano, o, según una singular expresión de Bergson, "un útil para hacer útiles"; lo que tiene el "pragmatismo" bajo todas sus formas es una indiferencia total respecto a la verdad.

En estas condiciones, la industria no es ya solamente una aplicación de la ciencia, aplicación de la que ésta debería ser, en sí misma, enteramente independiente; se convierte en su razón de ser y su justificación, de manera que, aquí aún, las relaciones normales se encuentran invertidas. A esto es a lo que el mundo moderno ha aplicado todas sus fuerzas; inclusive cuando ha pretendido hacer ciencia a su manera, no ha hecho en realidad otra cosa que industria y "maquinismo", y, queriendo de este modo dominar la materia y plegarla a su uso, los hombres no han conseguido sino convertirse en sus esclavos, como decíamos al principio: no solamente han limitado sus ambiciones intelectuales, si está permitido servirse de esta palabra en semejantes casos, a inventar y a construir máquinas, sino que han terminado por convertirse ellos mismos en máquinas. En efecto, la "especialización", tan ensalzada por algunos sociólogos bajo el nombre de "división del trabajo", no se ha impuesto solamente a los sabios, sino también a los técnicos y a los mismos obreros, y, para estos últimos, todo trabajo inteligente ha llegado a resultar imposible. Bien distintos a los artesanos de otros tiem-

pos, no son ya más que servidores de las máquinas con las que, por así decir, forman un solo cuerpo; deben repetir sin cesar, de una manera enteramente mecánica, determinados movimientos, siempre los mismos, y siempre cumplidos de la misma manera, a fin de evitar la menor pérdida de tiempo; así lo quieren al menos los métodos [redacted], que son considerados como los representantes del más alto grado de "progreso". En efecto, se trata únicamente de producir lo más posible; se preocupan poco de la calidad, es la cantidad lo que importa. Una vez más, volvemos a comprobar lo mismo que ya hemos comprobado en otros dominios: la civilización moderna es verdaderamente lo que se podría llamar una civilización cuantitativa, que no es sino otra forma de decir que es una civilización materialista. Si se quiere uno convencer todavía más de esta verdad, no hay más que ver el papel inmenso que representan hoy, en la existencia de los pueblos así como en la de los individuos, los elementos de orden económico: industria, comercio, finanzas; parece que sólo estas cosas cuentan, lo que está acorde con el hecho, ya señalado, de la única distinción social que ha subsistido y que es la que se funda en la riqueza material. Parece que el poder financiero domina toda política, que la competencia comercial ejerce una influencia preponderante sobre las relaciones entre los pueblos. Quizá no se trate más que de una apariencia y las cosas sean aquí menos verdaderas causas que simples medios de acción: pero la elección de tales medios indica claramente el carácter de la época a la cual convienen. Por otra parte, nuestros contemporáneos están persuadidos de que las circunstancias económicas son casi los únicos factores de los acontecimientos históricos, e inclusive se imaginan que siempre ha sido así; en este sentido, se ha llegado hasta a inventar una teoría que quiere explicarlo todo por estos factores exclusivamente y que ha recibido la significativa denominación de "materialismo histórico". Aquí se puede ver todavía el efecto de una de esas sugestiones a las que aludíamos más arriba, sugestiones que actúan tanto mejor cuanto correspondan a las tendencias de la mentalidad general; y el efecto de esta sugestión es que los medios económicos acaban por determinar realmente casi todo lo que se produce en el dominio social. Sin duda, la masa ha sido llevada siempre de una manera o de otra, y se podría decir que su papel histórico consiste sobre todo en dejarse llevar, porque no representa más que un elemento pasivo, una "materia" en el sentido aristotélico; pero hoy es suficiente, para poder llevarla, con disponer de medios puramente materiales, esta vez en el

sentido ordinario de la palabra, lo que muestra claramente el grado de decadencia de nuestra época; y, al mismo tiempo, se le hace creer a esta masa que no es llevada, que actúa espontáneamente y se gobierna a sí misma, y el hecho de que ella así lo crea permite entrever hasta donde puede llegar su ininteligencia. Aprovechando que nos estamos refiriendo a los factores económicos, queremos señalar una ilusión demasiado extendida a propósito de este tema y que consiste en imaginar que las relaciones establecidas sobre el terreno de los cambios comerciales pueden servir para un acercamiento y un entendimiento entre los pueblos, cuando, en realidad, producen un efecto enteramente opuesto. La materia, como ya hemos dicho bastantes veces, es esencialmente multiplicidad y división; por consiguiente; fuente de luchas y conflictos; por otra parte, ya se trate de pueblos o de individuos, el dominio económico es, y no puede ser otra cosa, el de las rivalidades de intereses. El Occidente, en particular, no puede contar con la industria, como tampoco con la ciencia moderna de la que la industria es inseparable, para encontrar un terreno de entendimiento con el Oriente; si los orientales llegan a aceptar esta industria como una necesidad fastidiosa y por ende transitoria porque, para ellos, no podría representar otra cosa, ello no sería nunca más que como un arma que les permitiera resistir la invasión occidental y salvaguardar su propia existencia. Es importante que se sepa bien que no puede ser de otra manera: los orientales que se resignan a considerar una concurrencia económica frente al Occidente, a pesar de la repugnancia que experimentan por este tipo de actividades, no pueden hacerlo más que con una sola intención: la de desembarazarse de una dominación extranjera que se apoya sobre la fuerza bruta, sobre el poder material que la industria pone precisamente a su disposición; la violencia llama a la violencia, pero habrá que reconocer que no habrán sido precisamente los orientales quienes habrán buscado la lucha sobre este terreno.

Por lo demás, fuera de la cuestión de las relaciones entre Oriente y Occidente, es fácil verificar que una de las más notables consecuencias del desarrollo industrial es el perfeccionamiento incesante de máquinas de guerra y el aumento de su poder destructivo en proporciones formidables. Sólo esto debería bastar para aniquilar los sueños "pacifistas" de algunos admiradores del "progreso" moderno; pero los soñadores y los "idealistas" son incorregibles y su ingenuidad parece no tener límites. El "humanitarismo" que está tan de moda no merece sin duda

ser tomado en serio; pero es extraño que se hable tanto del fin de las guerras en una época en que están causando más estragos que han causado nunca, no solamente por causa de la multiplicación de los medios de destrucción, sino también porque, en lugar de desarrollarse entre ejércitos poco numerosos y compuestos únicamente de soldados de oficio, arrojan los unos contra los otros a todos los individuos indistintamente, incluidos los menos cualificados para cumplir semejante función. He aquí otro ejemplo notable de la confusión moderna, y es verdaderamente prodigioso, para quien quiera reflexionar sobre ello, que se haya llegado a considerar como completamente natural una "leva en masa" o una "movilización general", que la idea de "una nación en armas" haya podido imponerse a todos los espíritus, con muy pocas excepciones. Aquí se puede apreciar también un efecto de la creencia en la sola fuerza del número: está muy acorde con el carácter cuantitativo de la civilización moderna el poner en movimiento masas enormes de combatientes, y, al mismo tiempo, el "igualitarismo" encuentra en esto su terreno, así como en instituciones como las de la "instrucción obligatoria" y la del "sufragio universal". Añadamos aún que estas guerras generalizadas no han sido posibles sino merced a otro fenómeno específicamente moderno, como es el de la constitución de las "nacionalidades", consecuencia de la destrucción del régimen feudal, de una parte, y, de otra parte, de la ruptura simultánea de la unidad superior de la "Cristiandad" del medioevo; y, sin detenernos en consideraciones que nos llevarían demasiado lejos, hagamos notar también, como circunstancia agravante, el desconocimiento de una autoridad espiritual que pudiera únicamente ejercer normalmente un arbitraje eficaz, porque ella está, por su propia naturaleza, por encima de todos los conflictos de orden político. La negación de la autoridad forma parte asimismo del materialismo práctico; y los mismos que pretenden reconocer en principio una tal autoridad le niegan de hecho toda influencia real y todo poder de intervenir en el dominio social, exactamente de la misma forma que establecen un compartimento estanco entre la religión y las preocupaciones ordinarias de su existencia; ya se trate de la vida pública o de la vida privada, es el mismo estado de espíritu el que se afirma en los dos casos.

Admitiendo que el desarrollo material tenga algunas ventajas, desde un punto de vista muy relativo por otra parte, se puede uno preguntar, cuando considera consecuencias como las que acabamos de señalar, si esas ventajas no son superadas con

mucho por los inconvenientes. No hablamos siquiera de todo cuanto ha sido sacrificado a este desarrollo exclusivo y que valía incomparablemente más; no hablamos de los conocimientos superiores olvidados, de la intelectualidad destruida, de la espiritualidad desaparecida; tomamos simplemente la civilización moderna en sí misma y decimos que, si se pusieran sobre la balanza las ventajas y los inconvenientes de lo que ha producido, el resultado correría el riesgo de ser muy negativo. Los inventos que se multiplican actualmente, con rapidez siempre creciente, resultan tanto más peligrosos cuanto que ponen en juego fuerzas cuya verdadera naturaleza es enteramente desconocida de los mismos que las utilizan, y esta ignorancia es la mejor prueba de la nulidad de la ciencia moderna bajo el aspecto del valor explicativo, es decir, en tanto que conocimiento, inclusive limitado al solo dominio físico; al mismo tiempo, el hecho de que las aplicaciones prácticas no son en absoluto dificultadas por esto demuestra que esta ciencia está bien orientada únicamente en un sentido interesado, la industria, que es la única meta real de todas sus investigaciones. Como el peligro de los inventos, inclusive de aquéllos que no están expresamente destinados a representar un papel funesto para la humanidad, pero que no por ello causan menos catástrofes, por no hablar de las insospechadas perturbaciones que provocan en el medio ambiente terrestre, como este peligro, íbamos a decir, no hará más que aumentar todavía en proporciones difíciles de determinar, nos está permitido pensar, sin demasiada inverosimilitud, como hemos indicado con anterioridad, que es quizá por esto por lo que el mundo moderno llegará a destruirse a sí mismo, si es incapaz de detener su marcha por este camino cuando todavía es tiempo.

Pero, en lo concerniente a los inventos modernos, no es suficiente hacer las reservas que se imponen en razón de su lado peligroso; es necesario ir más lejos: los pretendidos "beneficios" de lo que se ha convenido en llamar el "progreso", y que se podría efectivamente consentir en designar así si se tuviera buen cuidado de especificar que se trata de un progreso exclusivamente material, estos "beneficios" tan alabados, ¿no son en gran parte ilusorios? Los hombres de nuestra época pretenden, por este medio, acrecentar su "bienestar"; por nuestra parte, pensamos que el fin que se proponen así, aunque fuera realmente alcanzado, no merece que se le consagren tantos esfuerzos; pero, además, nos parece muy dudoso que sea alcanzado. En primer lugar, habría que tener en cuenta el hecho de que todos los

hombres no tienen los mismos gustos ni las mismas necesidades, que los hay incluso que, a pesar de todo, querrían escapar a la agitación moderna, a la locura de la velocidad, y que no lo pueden lograr ya; ¿se atreverá alguien a sostener que, para estos, constituirá un "beneficio" que se les imponga algo que está en completo desacuerdo con su naturaleza? Se dirá que estos hombres son poco numerosos hoy día y se creerá estar autorizado por lo mismo a tenerlos por cantidad despreciable; aquí, como en el dominio político, la mayoría se arroga el derecho de avasallar a las minorías que, a sus ojos, cometen evidentemente el error de existir, puesto que esta existencia va incluso en contra de la manía "igualitaria" de la uniformidad. Pero, si se considera el conjunto de la humanidad en lugar de limitarse al mundo occidental, la cuestión cambia de aspecto: la mayoría ¿no se convertiría entonces en una minoría? Por otra parte, no es ya el mismo argumento el que se hace valer en este caso y, por una extraña contradicción, es en nombre de su "superioridad" como estos "igualitarios" quieren imponer su civilización al resto del mundo, y como quieren llevar la perturbación a gente que no les piden nada; y como esta "superioridad" no existe más que desde el punto de vista material, es natural que se imponga mediante los medios más brutales. No hay que engañarse: si el gran público admite de buena fe estos pretextos de "civilización", también es cierto para otros no se trata más que de una simple hipocresía "moralista", una máscara del espíritu de conquista y de los intereses económicos; qué singular época ésta en que tantos hombres se dejan persuadir de que se hace la dicha de un pueblo sometiéndolo a la servidumbre, despojándolo de lo que tiene de más precioso, es decir, su propia civilización, obligándole a adoptar costumbres e instituciones hechas para otra raza, y obligándoles a realizar los trabajos más penosos, para hacerles adquirir cosas que les son de la más perfecta inutilidad. Porque así es: el Occidente moderno no puede tolerar que los hombres prefieran trabajar menos y contentarse con poco para vivir; como únicamente cuenta la cantidad y como lo que no cae bajo los sentidos es, por otra parte, tenido por inexistente, está admitido que quien no se agita constantemente y no produce materialmente no puede ser más que un "perezoso"; sin hablar siquiera a este respecto de las apreciaciones que se lanzan sobre los pueblos orientales, no hay más que ver cómo son juzgadas las órdenes contemplativas, y ello hasta en medios que se proclaman religiosos. En un mundo semejante, no hay lugar para la inteligencia ni para todo

lo que es puramente interior, porque se trata de cosas que no se ven ni se tocan, que no se pesan ni se cuentan; no hay lugar más que para la acción exterior bajo todas sus formas, incluidas las más desprovistas de toda significación. Tampoco hay que asombrarse de que la manía anglosajona del "sport" gane terreno cada día: el ideal de este mundo es el "animal humano", que ha desarrollado al máximo su fuerza muscular; sus héroes son los atletas, aunque sean brutos; ellos son los que suscitan el entusiasmo popular y las multitudes se apasionan por sus hazañas. Un mundo en el que se ven tales cosas ha caído muy bajo verdaderamente y parece muy cerca de su fin. Sin embargo, situémonos por un instante en el punto de vista de los que ponen su ideal en el "bienestar" material y que, a este título, se regocijan en todas las mejoras aportadas a la existencia por el "progreso" moderno, ¿están bien seguros de no ser engañados? ¿Es verdad que los hombres son más felices hoy que en otros tiempos, porque disponen de medios de comunicación más rápidos o de otras cosas de este tipo, porque llevan una vida agitada y más complicada? Nos parece que más bien es todo lo contrario: el desequilibrio no puede ser la condición de una verdadera felicidad. Por otra parte, cuantas más necesidades tenga el hombre, más corre el riesgo de carecer de algo y, por consiguiente, de ser desgraciado. La civilización moderna tiende a multiplicar las necesidades artificiales, como hemos apuntado ya más arriba; y creará continuamente más necesidades que no podrá satisfacerse, porque, una vez comprometidos en esta vía es muy difícil detenerse y, además, no hay ninguna razón para detenerse en un punto determinado. Los hombres no podían experimentar ningún sufrimiento por verse privados de cosas que no existían y en las que nunca había pensado; ahora, por el contrario, sufren forzosamente si carecen de estas cosas, puesto que se han habituado a mirarlas como necesarias y, de hecho, ellas se han convertido verdaderamente en necesarias. Se esfuerzan también, por todos los medios, en adquirir todo aquello que puede procurarles las satisfacciones materiales, únicas que son capaces de apreciar: no se trata pues más que de "ganar dinero", porque éste es el que permite adquirir cosas, y cuanto más dinero se tiene, más dinero se quiere tener todavía, puesto que sin cesar se descubren nuevas necesidades; y esta pasión se convierte en el único objetivo de toda una vida. De ahí la concurrencia feroz que ciertos "evolucionistas" han elevado a la dignidad de ley científica bajo el nombre de "lucha por la vida", y cuya consecuencia lógica es que los más fuertes, en el sentido más estricta-

mente material de esta palabra, son los únicos que tienen derecho a la existencia. De ahí, también, la envidia e inclusive el odio de que son objeto quienes poseen la riqueza por parte de los que están desprovistos de ella. ¿Cómo podrían no rebelarse los hombres a quienes se han predicado las teorías "igualitarias", al comprobar en su torno la desigualdad bajo la forma que debe ser la más sensible, puesto que es la de orden más grosero? Si la civilización moderna había de desmoronarse algún día bajo el impulso de los apetitos desordenados que ha hecho nacer en la masa, habría que estar muy ciego para no ver en esto el justo castigo de su vicio fundamental, o, para hablar sin ningún tipo de fraseología moral, la reacción de su propia acción en el dominio mismo en que ha sido ejercida. Se dice en el Evangelio: "Quien hiere con la espada por la espada perecerá." Quien desencadene las fuerzas brutales de la materia perecerá aplastado por estas mismas fuerzas, de las que ya no es dueño cuando imprudentemente las ha puesto en movimiento y que no puede vanagloriarse de retener indefinidamente en su marcha fatal; fuerzas de la naturaleza o fuerzas de las masas humanas, o unas y otras juntas, poco importa, siempre son las leyes de la materia las que entran en juego y destrozan inexorablemente a quien ha creído poder dominarlas sin elevarse él mismo por encima de la materia. Y el Evangelio dice también: "Toda casa dividida contra sí misma se derrumbará"; palabras que pueden aplicarse también con exactitud al mundo moderno, con su civilización material, que, por su propia naturaleza, no puede más que suscitar por todas partes la lucha y la división. La conclusión es demasiado fácil de sacar, y no hay por qué apelar a otras consideraciones para poder predecir, sin miedo a equivocarse, un fin trágico para este mundo, a menos que sobrevenga en breve plazo un cambio radical que signifiquen un verdadero cambio de sentido.

Sabemos muy bien que algunos nos reprocharán que, hablando del materialismo de la civilización moderna como acabamos de hacerlo, hayamos olvidado determinados elementos que parecen constituir al menos una atenuación de ese materialismo; y, en efecto, si esos elementos no existieran, es muy probable que esta civilización hubiera perecido ya lamentablemente. No negamos pues en absoluto la existencia de tales elementos, pero tampoco hay que ilusionarse a este respecto: de una parte, no hemos de incluir entre ellos todo cuanto, en el dominio filosófico, se presenta bajo etiquetas como las de "espiritismo" o "idealismo", no más que todo lo que, en las tendencias contemporáneas, no

es más que "moralismo" y "sentimentalismo"; ya nos hemos explicado suficientemente con anterioridad y simplemente recordaremos que, para nosotros, éstos son puntos de vista tan "profanos" como el del materialismo teórico o práctico, del que se alejan mucho menos en realidad que en apariencia; de otra parte, si hay todavía restos de espiritualidad verdadera, es a pesar del espíritu moderno y contra él como han subsistido hasta aquí. Estos restos de espiritualidad, para todo lo que es propiamente occidental, es solamente en el orden religioso donde es posible encontrarlos; pero ya hemos dicho hasta qué punto la religión está hoy debilitada, hasta qué punto sus mismos fieles tienen una concepción estrecha y mediocre de ella, y hasta qué punto se ha eliminado de su seno la intelectualidad, que es una sola con la verdadera espiritualidad; en estas condiciones, si se mantienen aún algunas posibilidades no es más que en estado latente y, al presente, su papel efectivo se reduce a muy poca cosa. No hay que admirar menos la vitalidad de una tradición religiosa que, inclusive reabsorbida así en una especie de virtualidad, persiste a despecho de todos los esfuerzos que se han hecho, desde hace varios siglos, para sofocarla y aniquilarla; y, si se reflexionara bien sobre esto, se vería que en esta resistencia hay algo que implica una potencia "no humana"; pero, repitámoslo todavía una vez más, esta tradición no pertenece al mundo moderno, no es uno de sus elementos constitutivos, es propiamente lo contrario de sus tendencias y de sus aspiraciones. Esto hay que decirlo francamente, y no intentar buscar vanas conciliaciones: entre el espíritu religioso, en el verdadero sentido de esta palabra, y el espíritu moderno, no puede haber más que antagonismo. Todo compromiso no puede más que debilitar al primero y aprovechar al segundo, cuya hostilidad no se verá por esto desarmada, porque él no puede querer más que la destrucción completa de todo lo que, en la humanidad, refleja una realidad superior a la humanidad.

Se dice que el Occidente moderno es cristiano, pero esto es un error: el espíritu moderno es anticristiano, porque es esencialmente antirreligioso; y es antirreligioso porque, más generalmente aún, es antitradicional; esto es lo que constituye su carácter propio, lo que le hace ser lo que es. Ciertamente, algo del Cristianismo ha pasado hasta la civilización anticristiana de nuestra época, cuyos representantes más "avanzados", como dicen en su especial lenguaje, no pueden evitar haber sufrido, y sufrir todavía, involuntariamente y quizá inconscientemente,

una cierta influencia cristiana, al menos indirecta; ello es así porque una ruptura con el pasado, por radical que sea, no puede ser jamás absolutamente completa y tal que suprima toda continuidad. Iremos inclusive más lejos, y diremos que todo lo que puede haber de válido en el mundo moderno le viene del Cristianismo, o al menos a través del Cristianismo, que ha llevado consigo toda la herencia de las tradiciones anteriores, que ha conservado vivas tanto como se lo ha permitido el estado del Occidente, y cuyas posibilidades latentes lleva consigo; pero ¿quién hoy día, incluso entre los que se llaman cristianos, tienen todavía conciencia efectiva de estas posibilidades? ¿Dónde están, incluso dentro del Catolicismo, los hombres que conocen el sentido profundo de la doctrina que profesan exteriormente, que no se contentan con "creer" de una manera más o menos superficial, y más por el sentimiento que por la inteligencia, sino que "saben" realmente la verdad de la tradición religiosa que consideran como suya? Quisiéramos tener la prueba de que existen al menos algunos, porque esto significaría, para Occidente, la mayor y quizás única esperanza de salvación; pero debemos confesar que, hasta aquí, no los hemos encontrado; ¿hemos de suponer que, como ciertos sabios de Oriente, permanecen ocultos en algún retiro casi inaccesible, o hay que renunciar definitivamente a esta última esperanza? El Occidente ha sido cristiano en la Edad Media, pero ya no lo es; si se dice que puede aún volver a serlo, nadie más que nosotros desearía que fuese así y que ello ocurriese un día más próximo de lo que podrían pensar todos los que vemos a nuestro alrededor; pero no hay que engañarse: ese día, el mundo moderno habrá desaparecido.

Capítulo VIII

LA INVASION OCCIDENTAL

Como ya hemos dicho, el desorden moderno ha nacido en Occidente, y, hasta estos últimos años, ha estado siempre estrictamente localizado; pero ahora se produce un hecho cuya gravedad no debe ser disimulada: el hecho de que el desorden se extiende por doquier y parece ganar hasta el Oriente. Ciertamente, la invasión occidental no es cosa enteramente reciente, pero, hasta aquí, se limitaba a una dominación más o menos brutal ejercida sobre los demás pueblos, que afectaba únicamente al ámbito político y económico; a despecho de todos los esfuerzos de una propaganda que adoptaba múltiples formas, el espíritu oriental era impenetrable a todas las desviaciones y las antiguas civilizaciones tradicionales subsistían intactas. Hoy día, por el contrario, son los orientales quienes se han "occidentalizado" más o menos completamente, quienes han abandonado su tradición para adoptar todas las aberraciones del espíritu moderno, y estos elementos descarriados, merced a la enseñanza de las universidades europeas y [redacted], se convierten en su propio país en causa de trastorno y agitación. No conviene sin embargo exagerar la importancia de esto, al menos por el momento: en Occidente, se piensa de buen grado que estas individualidades ruidosas, pero poco numerosas, representan al Oriente actual, siendo así que, en realidad, su acción no está muy extendida ni es muy profunda; esta ilusión se explica fácilmente porque no se conoce a los verdaderos orientales, quienes por lo demás no intentan en absoluto darse a conocer, y los "modernistas", si se les puede llamar así, son los únicos que se exhiben, hablan, escriben y se agitan de todas las maneras posibles. No es menos cierto que este movimiento antitradicional puede ganar terreno, y es preciso encarar todas las eventualidades, inclusive las más desfavorables. Ya, ciertamente, el espíritu tradicional se repliega en alguna medida sobre sí mismo y los centros donde se conserva íntegramente se hacen cada vez más cerrados y difícilmente accesibles; esta generalización del desorden corresponde exac-

tamente a lo que se debe producir en la fase final del *Kali-Yuga*. Declarémoslo con toda nitidez: al ser el espíritu moderno una cosa puramente occidental, quienes son afectados por él, inclusive si son orientales de nacimiento, deben ser considerados, en el aspecto de la mentalidad, como occidentales, porque toda idea oriental les es enteramente ajena, y su ignorancia de las doctrinas tradicionales es la única posible excusa de su hostilidad. Lo que puede parecer bastante singular e incluso contradictorio es que estos mismos hombres, que se convierten en auxiliares del "occidentalismo" desde el punto de vista intelectual, o más exactamente contra toda verdadera intelectualidad, aparecen a veces como adversarios suyos en el dominio político; y sin embargo, en el fondo, no hay aquí nada de que asombrase. Ellos son los que se esfuerzan por instituir en Oriente diversos "nacionalismos", y todo "nacionalismo" es algo necesariamente opuesto al espíritu tradicional; si ellos quieren combatir la dominación extranjera es utilizando los mismos métodos que Occidente, de la misma manera que los diversos pueblos occidentales luchan entre sí, y quizá sea ésta su razón de ser. En efecto, si las cosas han llegado hasta tal punto que el empleo de semejantes métodos se haya hecho inevitable, su puesta en práctica no puede ser producto más que de elementos que hayan roto todo lazo con la tradición; es posible pues que estos elementos sean utilizados así transitoriamente y a continuación eliminados como los occidentales mismos. Sería por otra parte bastante lógico que las ideas que éstos han difundido se volviesen contra ellos, porque tales [redacted]uede ser sino factores de división y de ruina; es por esto por lo que la civilización moderna perecerá de una manera o de otra; poco importa que sea por causa de disensiones entre occidentales, disensiones entre naciones o entre clases sociales, o, como pretenden algunos, por los ataques de los orientales "occidentalizados", o como consecuencia de un cataclismo provocado por los "progresos de la ciencia"; en todos los casos, el mundo occidental sólo corre peligro por su propia culpa y por lo que sale de él mismo.

La única cuestión que se plantea es ésta: ¿el Oriente no tendrá que sufrir, por causa del espíritu moderno, más que una crisis pasajera y superficial, o bien el Occidente arrastrará en su caída a la humanidad entera? Sería difícil de aportar actualmente a esta pregunta una respuesta basada sobre constataciones indubitables; los dos espíritus opuestos existen ahora, uno y otro, en Oriente, y la fuerza espiritual, inherente a la tradición y desconocida por sus adversarios puede triunfar sobre la fuerza mate-

rial cuando ésta haya jugado su papel y hacer que se desvanezca como la luz disipa a las tinieblas; diremos inclusive que ella triunfará antes o después, pero es posible que, antes de que esto ocurra, haya un período de oscurecimiento completo. El espíritu tradicional no puede morir porque, en su esencia, es superior a la muerte y al cambio; pero puede retirarse enteramente del mundo exterior, y entonces se producirá verdaderamente el "fin del un mundo". Después de todo cuanto hemos dicho, la realización de esta eventualidad en un porvenir relativamente poco alejado no tendría nada de inverosímil, y, en la confusión que, surgida en Occidente, gana actualmente el Oriente, podríamos ver el "principio del fin", el signo precursor del momento en que, según la tradición hindú, la doctrina sagrada debe ser encerrada toda ella en una concha, para volver a salir intacta en el comienzo del mundo nuevo.

Pero dejemos una vez más las anticipaciones y no consideremos más que los acontecimientos actuales: lo que es incontestable es que el Occidente lo invade todo. Su acción es ejercida en primer lugar en dominio material, el que estaba inmediatamente a su alcance, sea mediante la conquista violenta, sea mediante el comercio y el acaparamiento de los recursos de todos los pueblos; pero ahora las cosas van todavía más lejos. Los occidentales, siempre animados por esa necesidad de proselitismo que les es tan particular, han llegado a hacer penetrar en los otros, en una cierta medida, su espíritu antitradicional y materialista; y, mientras que la primera forma de invasión no afectaba en suma más que a los cuerpos, ésta envenena las inteligencias y mata la espiritualidad; por otra parte, la una ha preparado el camino a la otra y la ha hecho posible, de suerte que no ha sido sino mediante la fuerza bruta como el Occidente ha conseguido imponerse en todas partes; y no podría ser de otra manera, porque es en esto en lo que reside la única superioridad real de su civilización, tan inferior desde cualquier otro punto de vista. La invasión occidental es la invasión del materialismo bajo todas sus formas y quizá no es más que esto; todos los disfraces más o menos hipócritas, todos los pretextos "moralistas", todas las declamaciones "humanitarias", todas las habilidades de una propaganda que ocasionalmente sabe hacerse insinuante para alcanzar mejor sus fines destructivos, no pueden nada contra esta verdad, que no podría ser contestada más que por los ingenuos o por aquéllos que tienen algún interés en esta obra verdaderamente "satánica", en el sentido más riguroso del término.[1]

Cosa extraordinaria, este momento en que el Occidente lo invade todo es el que algunos han elegido para denunciar, como un peligro que les llena de espanto, una pretendida penetración de ideas orientales en este mismo Occidente; ¿qué significa esta nueva aberración? A pesar de nuestro deseo de ceñirnos a consideraciones de orden general, no podemos dispensarnos de decir siquiera unas palabras acerca de una *Defensa del Occidente* publicada recientemente por el señor Henri Massis, que constituye una de las manifestaciones más características de este estado de espíritu. Dicho libro está lleno de confusiones e inclusive de contradicciones, y muestra una vez más hasta qué punto la mayoría de aquellos que querrían reaccionar contra el desorden moderno son poco capaces de hacerlo de una manera verdaderamente eficaz, porque ellos no saben muy bien siquiera lo que tienen que combatir. El autor se disculpa a veces de haber tenido que emprenderla con el verdadero Oriente; y si se hubiese atenido efectivamente a una crítica de las fantasías "pseudo-orientales", es decir, de las teorías puramente occidentales que se expanden bajo etiquetas engañosas y que no son más que uno de los numerosos productos del desequilibrio actual, no podríamos más que aplaudirle plenamente, tanto más cuanto que nosotros mismos hemos señalado, bastante antes que él, el peligro real de esta clase de cosas, así como su inanidad desde que él, el peligro real de esta clase de cosas, así como su inanidad desde el punto de vista intelectual. Pero, desgraciadamente, él experimenta en seguida la necesidad de atribuir al Oriente concepciones que no valen apenas más que éstas; para hacerlo, se apoya en citas tomadas prestadas a algunos orientalistas más o menos "oficiales", cuyas doctrinas están, como ocurre de ordinario, deformadas hasta la caricatura. ¿Qué se diría si alguien utilizase el mismo procedimiento respecto al cristianismo y pretendiese juzgarlo según los trabajos de los "hipercríticos" universitarios? Pues esto es exactamente lo que él hace con las doctrinas de la India o de China, con la agravante de que los occidentales cuyo testimonio invoca no tienen el menor conocimiento directo de estas doctrinas, mientras que aquellos colegas suyos que se ocupan del cristianismo deben al menos conocerlo en una cierta medida, inclusive si su hostilidad

1. *Satán*, en hebreo, es el "adversario", es decir, el que trastorna todas las cosas y las pone en cierto modo del revés; es el espíritu de negación y de subversión, que se identifica con la tendencia descendente o "inferiorizante", "infernal" en el sentido etimológico, la misma que siguen los seres en ese proceso de materialización según el cual se efectúa todo el desarrollo de la civilización moderna.

contra todo lo que es religioso les impide comprenderlo verdaderamente. Por otra parte, debemos decir en esta ocasión que algunas veces hemos tenido dificultad en hacer que sea admitido por los orientales que las exposiciones de tal o cual orientalista procedían de una incomprensión pura y simple, y no de un prejuicio consciente y voluntario, aunque se advierta la misma hostilidad que es inherente al espíritu antitradicional; y de buena gana preguntaríamos al señor Massis si cree que es hábil atacar la tradición en los otros cuando se querría restaurarla en el propio país. Y hablamos de habilidad porque, en el fondo, toda la discusión es llevada por él sobre un terreno político; para nosotros, que nos situamos en un punto de vista completamente distinto, el de la intelectualidad pura, la única cuestión que se plantea es una cuestión de verdad; pero este punto de vista es sin duda demasiado elevado y demasiado sereno para que pueda satisfacer a los polemistas, e inclusive dudamos de que, en tanto polemistas, pueda tener lugar entre sus preocupaciones la preocupación por la verdad.[2]

El señor Massis echa la culpa a lo que él llama "propagandistas orientales", expresión que encierra en sí misma una contradicción, porque el espíritu de propaganda, ya lo hemos dicho muchas veces, es cosa enteramente occidental; y esto solo indica ya que aquí hay algún menosprecio. De hecho, entre los propagandistas aludidos podemos distinguir dos grupos, de los cuales el primero está constituido por occidentales puros; sería verdaderamente cómico, si no fuese la señal de la más deplorable ignorancia de las cosas del Oriente, ver cómo se hace figurar a alemanes y rusos entre los representantes del espíritu oriental; el autor hace a su respecto observaciones, algunas de las cuales son muy justas, pero que no los muestran netamente como son en realidad. A este primer grupo añadiríamos aún a los "teosofistas" anglosajones y a todos los inventores de otras sectas del mismo género, cuya terminología oriental no es más que una máscara destinada a imponer sus ideas a los ingenuos y a los

2. Sabemos que el señor Massis no ignora nuestras obras, pero se abstiene cuidadosamente de hacer la menor alusión a ellas, porque irían contra sus tesis; el procedimiento carece al menos de franqueza. Por otra parte, pensamos que no tenemos sino que felicitarnos de este silencio, que nos evita ver mezcladas en polémicas desagradables cosas que, por su naturaleza, deben permanecer por encima de toda discusión; siempre hay algo de penoso en el espectáculo de la incomprensión "profana", aunque la verdad de la "doctrina sagrada" esté con toda seguridad, en sí misma, demasiado alta para sufrir sus atentados.

mal informados, y que no recubre sino ideas tan extrañas al Oriente como caras al Occidente moderno; éstos son por otra parte más peligrosos que los simples filósofos, en razón de sus pretensiones de un "esoterismo" que no poseen, pero que simulan fraudulentamente para atraer hacia sí a los espíritus que buscan otra cosa distinta a las especulaciones "profanas" y que, en medio del caos presente, no saben a dónde dirigirse; nos asombramos un poco de que el señor Massis no diga casi nada a propósito de éstos. En cuanto al segundo grupo, en él encontramos a algunos de esos orientales occidentalizados a quienes nos referíamos hace un momento y que, tan ignorantes como los precedentes de las verdaderas ideas orientales, serían totalmente incapaces de difundirlas en Occidente, caso de que tuviesen intención de hacerlo; por lo demás, el fin que ellos se proponen realmente es completamente opuesto a éste, puesto que es el de destruir estas mismas ideas en Oriente, y el de presentar al mismo tiempo a los occidentales su Oriente modernizado, acomodado a las teorías que les han sido enseñadas en América o en Europa; verdaderos agentes de la más nefasta de todas las propagandas occidentales, de aquélla que ataca directamente a la inteligencia, es para el Oriente para el que constituyen un peligro, y no para el Occidente de los que no son sino un reflejo. Por lo que concierne a los verdaderos orientales, el señor Massis no menciona a uno solo, y le hubiese costado trabajo hacerlo, pues lo cierto es que no conoce a ninguno; la imposibilidad en que se encontraba de citar el nombre de un Oriental que no estuviese occidentalizado le hubiese debido dar que reflexionar y hacerle comprender que los "propagandistas orientales" son perfectamente inexistentes.

Por otra parte, aunque esto nos obligue a hablar de nosotros mismos, lo que no forma parte de nuestros hábitos, hemos de aclarar formalmente esto: no hay, que sepamos, nadie que haya expuesto en Occidente ideas orientales auténticas, salvo nosotros; y lo hemos hecho siempre exactamente como lo hubiese hecho todo oriental que se hubiese visto obligado a ello por las circunstancias, es decir, sin la menor intención de "propaganda" o de "vulgarización", y únicamente para los que son capaces de comprender las doctrinas tal como ellas son, sin que hubiese lugar a desnaturalizarlas para ponerlas a su alcance; y añadiremos que, pese a la decadencia de la intelectualidad occidental, los que comprenden son menos raros de lo que habríamos podido suponer, aunque se trate evidentemente de una minoría. Una tal empresa no pertenece ciertamente al género de las que

el señor Massis imagina, no nos atrevemos a decir para las necesidades de su causa, aunque el carácter político de su libro pueda autorizar una tal expresión; digamos, para ser tan benevolentes como sea posible, que él las imagina porque su espíritu está turbado por el miedo que hace nacer en él el presentimiento de una ruina más o menos próxima de la civilización occidental, y lamentamos que no haya sabido ver claramente dónde se encuentran las verdaderas causas susceptibles de provocar esta ruina, aunque llegue a veces a dar muestras de una justa severidad respecto a determinados aspectos del mundo moderno. Esto mismo es lo que produce la continua fluctuación de su tesis: de una parte, no sabe exactamente cuáles son los adversarios que debería combatir, y, de otra parte, su "tradicionalismo" le hace ser muy ignorante de todo cuanto es la esencia misma de la tradición, que confunde visiblemente con una especie de "conservadurismo" político-religioso del orden más exterior.

Decíamos que el espíritu del señor Massis está turbado por el miedo; la mejor prueba de ello es quizá la actitud extraordinaria, e inclusive completamente inconcebible, en que presenta a sus sedicentes "propagandistas orientales": éstos estarían animados de un odio feroz respecto al Occidente, y sería por perjudicar a éste por lo que ellos se preocuparían de comunicarles sus propias doctrinas, es decir, ¡de hacerles donación de lo que tienen de más precioso, de lo que constituye en cierto modo la sustancia misma de su espíritu! Ante todo lo que hay de contradictorio en una tal hipótesis, no se puede evitar experimentar una verdadera estupefación: toda la tesis penosamente construida se derrumba instantáneamente, y parece que el autor no se ha apercibido de ello, porque no queremos suponer que haya sido consciente de semejante inverosimilitud y que haya contado sencillamente con la poca clarividencia de sus lectores para hacérsela aceptar. No hay necesidad de reflexionar muy largamente ni muy profundamente para darse cuenta de que, si hay personas que odien tanto al Occidente, la primera cosa que deberían hacer es guardar celosamente sus doctrinas para ellos y todo su esfuerzo debería tender a impedir el acceso de dichas doctrinas a los occidentales, que es por otra parte un reproche que a veces se ha dirigido a los orientales con mayor apariencia de razón. La verdad, sin embargo, es bastante diferente: los representantes auténticos de las doctrinas tradicionales no experimentan odio por nadie, y su reserva no tiene más que una causa: que juzgan perfectamente inútil exponer ciertas verdades a quienes son incapaces de comprenderlas; pero nunca han

rehusado hacer partícipes de ellas a aquéllos que, cualquiera que fuese su origen, poseyesen las "cualificaciones" requeridas; ¿es culpa suya si, entre éstos, hay muy pocos occidentales? Y, de otro lado, si la masa oriental termina por ser verdaderamente hostil a los occidentales, después de haberles mirado durante largo tiempo con indiferencia, ¿quién será responsable? ¿Es esta élite que, completamente entregada a la contemplación intelectual, se mantiene resueltamente alejada de la agitación exterior, o son más bien los occidentales mismos, que han hecho todo lo que era preciso para hacer su presencia odiosa e intolerable? Basta que la cuestión sea planteada así, como debe serlo, para que cualquiera sea capaz de responder a ella inmediatamente; y, admitiendo que los orientales, que han dado pruebas hasta ahora de una increíble paciencia, quieran finalmente ser los dueños de su propia casa, ¿quién podría soñar sinceramente en censurarles por ello? es verdad que, cuando ciertas pasiones se mezclan a ellas, las mismas cosas pueden, según las circunstancias, ser apreciadas de maneras muy diversas, inclusive hasta contrarias entre sí: así, cuando la resistencia ante una invasión extranjera es ejercida por un pueblo occidental se la llama "patriotismo" y es digna de todos los elogios; cuando es ejercida por un pueblo oriental se la llama "fanatismo" o "xenofobia" y no merece más que odio y desprecio. Por otra parte, ¿no es en nombre del "Derecho", de la "Libertad", de la "Justicia" y de la "Civilización" como los europeos pretenden imponer por todas partes su dominación y prohiben a todo hombre vivir y pensar de manera distinta a como ellos viven y piensan? Se convendrá que el "moralismo" es verdaderamente una cosa admirable, a menos que se prefiera concluir sencillamente, como nosotros, que, salvo excepciones tanto más honorables cuanto más raras son, en Occidente no hay apenas más que dos clases de gentes, muy poco interesantes ambas: los ingenuos que se dejan prender por esas grandes palabras y que creen en su "misión civilizadora", inconscientes como son de la barbarie materialista en la que se hallan sumergidos, y los hábiles, que explotan este estado de espíritu para la satisfacción de sus instintos de violencia y de codicia. En todo caso, lo que hay de cierto es que los Orientales no amenazan a nadie y apenas piensan en invadir a Occidente de una manera o de otra; por el momento, tienen bastante que hacer con defenderse contra la opresión europea, que amenaza con alcanzarles hasta el espíritu; y no deja por lo menos de resultar curioso ver a los agresores ponerse en plan de víctimas.

Esta puntualización era necesaria, porque hay ciertas cosas que deben ser dichas; pero tendríamos de qué reprocharnos si insistiésemos, dado que la tesis de los "defensores de Occidente" es demasiado frágil e inconsistente. Por lo demás, si nos hemos apartado un instante de la reserva que habitualmente observamos en lo concerniente a individualidades, para citar al señor Henri Masis, es sobre todo porque él representa en las actuales circunstancias a una cierta parte de la mentalidad contemporánea, a la cual hemos de tener en cuenta en este estudio sobre el estado del mundo moderno. Este "tradicionalismo" de orden inferior, estrechamente limitado e incomprensivo, quizás inclusive artificial, ¿cómo podría oponerse verdadera y eficazmente a un espíritu ante el que sustenta tantos prejuicios? De una y otra parte, se trata, poco más o menos, de la misma ignorancia de los verdaderos principios; es el mismo prejuicio de negar todo cuanto sobrepasa un cierto horizonte; es la misma incapacidad para comprender la existencia de civilizaciones diferentes, la misma superstición del "clasicismo" grecolatino. Esta reacción insuficiente no tiene interés para nosotros más que en cuanto ella señala una insatisfacción que el estado presente produce en algunos de nuestros contemporáneos; hay otras manifestaciones de esta misma insatisfacción que serían susceptibles de ir más lejos si estuviesen bien dirigidas, pero, por el momento, todo esto es muy caótico y todavía es muy difícil decir lo que de ello se desprenderá. Sin embargo, no será enteramente inútil hacer algunas previsiones a este respecto; y, como ellas se ligan estrechamente al destino del mundo actual, podrán al mismo tiempo servir de conclusiones al presente estudio, en la medida en que nos está permitido sacar conclusiones sin dar ocasión a la ignorancia "profana" que lanzar ataques demasiado fáciles, desarrollando imprudentemente consideraciones que sería imposible justificar por lo medios ordinarios. No somos de los que piensan que todo se puede decir indiferentemente, al menos cuando se sale de la doctrina pura para venir a las explicaciones; hay entonces determinadas reservas que se imponen, y cuestiones de oportunidad que deben plantearse inevitablemente; pero estas legítimas e incluso indispensables reservas no tienen nada en común con ciertos temores pueriles que no son sino el efecto de una ignorancia comparable a la de un hombre que, según la expresión proverbial hindú, "toma una cuerda por una serpiente". Se quiera o no, lo que deba ser dicho lo será a medida que las circunstancias lo exijan; ni los esfuerzos interesados de los unos, ni la hostilidad inconsciente de los otros, podrán impedir

que sea así, como, por otro lado, tampoco la impaciencia de los que, arrastrados por la prisa febril del mundo moderno, quisieran saberlo todo de golpe, podrán conseguir que ciertas cosas sean conocidas fuera antes de lo que convenga; pero estos últimos podrán al menos consolarse pensando que la marcha acelerada de los acontecimientos les dará sin duda una bastante pronta satisfacción; ojalá no tengan otra cosa que lamentar que estar insuficientemente preparados para recibir un conocimiento que ellos buscan demasiado a menudo con más entusiasmo que verdadero discernimiento.

Capítulo IX

ALGUNAS CONCLUSIONES

Hemos querido, sobre todo, mostrar aquí cómo la aplicación de los datos tradicionales permite resolver las cuestiones que actualmente se plantean de la forma más inmediata, explicar el estado presente de la humanidad terrestre, y al mismo tiempo juzgar según la verdad, y no según reglas convencionales o preferencias sentimentales, todo lo que constituye propiamente la civilización moderna. Por otra parte, no hemos pretendido agotar el tema, tratarlo en todos sus detalles ni desarrollar completamente todos aspectos sin olvidar ninguno; los principios en los que continuamente nos inspiramos nos obligan por lo demás a presentar panoramas esencialmente sintéticos y no analíticos, como los del saber "profano"; pero estos panoramas, precisamente porque son sintéticos, van mucho más lejos en el sentido de una verdadera explicación que un análisis cualquiera, que no tiene apenas, en realidad, más que un simple valor descriptivo. En todo caso, pensamos haber dicho lo suficiente para permitir, a quienes son capaces de comprender, sacar por sí mismos, de lo que nosotros hemos expuesto, al menos una parte de las consecuencias que en ello se contienen implícitamente; y deben estar bien persuadidos de que este trabajo les será más provechoso que una lectura que no dejase ningún lugar a la reflexión y a la meditación, para las cuales, por el contrario, hemos querido únicamente suministrar un punto de partida apropiado, un apoyo suficiente para elevarse por encima de la vana multitud de las opiniones individuales.

Nos quedan por decir algunas palabras acerca de lo que podríamos llamar el alcance práctico de un tal sentido; este alcance, podríamos olvidarlo o desinteresarnos de él si nos hubiésemos mantenido dentro del ámbito de la doctrina metafísica pura, en relación con la cual toda aplicación es contingente y accidental; pero, aquí, es precisamente de las aplicaciones de lo que se

trata. Estas tienen, por otra parte, fuera de todo punto de vista práctico, una doble razón de ser: son las consecuencias legítimas de los principios, el desarrollo normal de una doctrina que, siendo una y universal, debe abarcar todos los órdenes de la realidad sin excepción; y, al mismo tiempo, son también, al menos para algunos, un medio preparatorio para elevarse a un conocimiento superior, como hemos explicado a propósito de la "ciencia sagrada". Pero, además, no está prohibido, cuando se está en el dominio de las aplicaciones, considerarlas también en sí mismas y en su valor propio, con tal de que por esto no sea uno llevado a perder de vista su relación con los principios; este peligro es muy real, puesto que es de aquí de donde resulta la degeneración que ha dado nacimiento a la "ciencia profana", pero no existe para quienes saben que todo depende y deriva enteramente de la pura intelectualidad y que lo que no procede conscientemente de ella no puede ser más que ilusorio. Como ya hemos repetido muy a menudo, todo debe comenzar por el conocimiento, y lo que parece estar más alejado del orden práctico resulta ser sin embargo lo más eficaz en este mismo orden, porque es aquello sin lo que, aquí como en todas partes, nada se puede cumplir que sea realmente válido, que sea otra cosa que una agitación vana y superficial. Es por esto por lo que, para volver más especialmente sobre la cuestión que nos ocupa en este momento, podemos decir que, si todos los hombres comprendieran lo que es verdaderamente el mundo moderno, éste dejaría rápidamente de existir, porque su existencia, como la de la ignorancia y la de todo lo que es limitación, es puramente negativa: él no es sino mediante la negación de la verdad tradicional y suprahumana. Este cambio se produciría así sin ninguna catástrofe, lo que parece casi imposible por una vía distinta.¿Nos equivocamos si afirmamos que un tal conocimiento es susceptible de consecuencias prácticas verdaderamente incalculables? Pero, de otro lado, parece desgraciadamente muy difícil admitir que todos lleguen a este conocimiento del que la mayoría de los hombres están ciertamente más lejos que lo han estado nunca; es verdad que esto no es en absoluto necesario, porque basta con una élite poco numerosa, pero lo bastante fuertemente constituida, para dar una dirección a la masa, que obedecería a sus sugestiones sin tener la menor idea de su existencia ni de sus medios de acción. ¿Es todavía posible la constitución de esta élite en Occidente?

No tenemos la intención de volver sobre lo que ya hemos tenido ocasión de exponer en otros lugares, en cuanto concierne al

papel de la élite intelectual en las diferentes circunstancias que se pueden afrontar como posibles para un porvenir más o menos inminente. Nos limitaremos pues a decir: cualquiera que sea la manera en que se cumpla el cambio que constituya lo que se podría llamar el paso de un mundo al otro, que se trate por otra parte de ciclos más o menos extensos, este cambio, inclusive si tiene la apariencia de una ruptura brusca, no implica jamás una discontinuidad absoluta, porque hay un encadenamiento casual que liga a todos los ciclos entre sí. La élite de la que hablamos, si llegara a formarse cuando todavía es tiempo, podría preparar el cambio de tal suerte que se produzca en las condiciones más favorables, de manera que la turbación que inevitablemente lo habrá de acompañar se vea en cierto modo reducida al mínimo; pero, inclusive si no es así, a ella le corresponderá siempre otra tarea, más importante aún la de contribuir a la conservación de lo que debe sobrevivir al mundo presente y servir para la edificación del mundo futuro. Es evidente que no se debe esperar a que la caída se consume para preparar la reascensión, desde el momento en que se sabe que esta reascensión tendrá lugar necesariamente, inclusive si no se puede evitar que la caída desemboque antes en un cataclismo; y así, en todos los casos, el trabajo efectuado no se habrá perdido. No puede serlo en cuanto a los beneficios que la élite sacará de él para sí misma, pero tampoco le será en cuanto a sus resultados ulteriores para el conjunto de la humanidad.

Ahora, he aquí como conviene afrontar las cosas: la élite existe todavía en las civilizaciones orientales, y, aun admitiendo que se reduzca cada vez más ante la invasión moderna, subsistirá por lo menos hasta el fin, porque es necesario que así sea para conservar el depósito de la tradición que no puede perecer, y para asegurar la transmisión de todo lo que debe ser conservado. En Occidente, por contra, la élite no existe ya en la actualidad; nos podríamos preguntar si se volverá a formar antes del final de nuestra época, es decir, si el mundo occidental, a pesar de su desviación, tendrá una parte en esta conservación y esta transmisión; si no es así, la consecuencia de ello será que su civilización tendrá que desaparecer por completo, porque no habrá ya en ella ningún elemento utilizable para el porvenir, porque toda huella del espíritu tradicional habrá desaparecido. Planteada así la cuestión, puede no tener más que una importancia muy secundaria en cuanto al resultado final; ella no presenta menos un cierto interés desde un punto de vista relativo, que nosotros debemos tomar en consideración desde el momento en

que consentimos en tener en cuenta condiciones particulares del período en que vivimos. En principio, podríamos contentarnos con hacer notar que este mundo occidental es, a pesar de todo, una parte del conjunto del que parece haberse desprendido desde el principio de los tiempos modernos, y que, en la última integración del ciclo, todas las partes deben encontrarse de una cierta manera; pero esto no implica forzosamente una previa restauración de la tradición occidental, porque esta puede ser conservada solamente en estado de posibilidad permanente en su misma fuente, fuera de la forma especial de que se ha revestido en un momento determinado. No ofrecemos esto por otra parte más que a título de indicación, porque, para comprenderlo plenamente, sería preciso hacer intervenir la consideración de las relaciones de la tradición primordial y de las tradiciones subordinadas, lo que no podemos siquiera soñar con hacer aquí. Este sería el caso más desfavorable para el mundo occidental tomado en sí mismo, y su estado actual puede hacer temer que no sea el que se realice efectivamente; sin embargo, hemos dicho que hay algunos signos que permiten pensar que no se ha perdido todavía definitivamente toda esperanza de una mejor solución.

Existe ahora, en Occidente, un número, mayor de lo que se cree, de hombres que empiezan a tomar conciencia de lo que falta a su civilización; si ellos se limitan a aspiraciones imprecisas y a búsquedas demasiado a menudo estériles, si inclusive les ocurre extraviarse completamente, es porque carecen de datos reales a los que nada puede suplir, y porque no hay ninguna organización que pueda suministrarles la dirección doctrinal necesaria. No nos referimos aquí, bien entendido, a quienes han podido encontrar esta dirección en las tradiciones orientales, y que por lo mismo se encuentran, intelectualmente, fuera del mundo occidental. Estos, que no pueden por otra parte representar más que casos excepcionales, no podrían de ninguna manera ser partes integrantes de una élite occidental; constituyen en realidad una prolongación de las élites orientales, que podría convertirse en un lazo de unión entre éstas y la élite occidental el día en que ésta llegara a constituirse; pero, en cierto modo por definición, ella no puede quedar constituida más que por una iniciativa propiamente occidental, y es en esto en lo que estriba toda la dificultad. Esta iniciativa sólo es posible de dos maneras: o el Occidente encontrará los medios de hacerlo por sí mismo, mediante un retorno directo a su propia tradición, retorno que sería como un despertar espontáneo de posibilidades latentes, o

determinados elementos occidentales cumplirían este trabajo de restauración con la ayuda de un cierto conocimiento de las doctrinas orientales, conocimiento que sin embargo no podría ser absolutamente inmediato para ellos, puesto que deben permanecer siendo occidentales, pero que podría ser obtenido mediante una suerte de influencia de segundo grado, ejerciéndose a través de intermediarios semejantes a aquéllos a que hacíamos alusión hace poco. La primera de estas dos hipótesis es muy poco verosímil, porque implica la existencia en Occidente de un punto al menos en que el espíritu tradicional se habría conservado íntegramente, y hemos dicho que, a despecho de ciertas afirmaciones, esta existencia nos parece extremadamente dudosa; es pues la segunda hipótesis la que conviene examinar con mayor detenimiento.

En este caso, habría ventaja, aunque ello no sea de absoluta necesidad, si la élite en formación pudiese hallar un punto de apoyo en una organización occidental que tenga ya una existencia efectiva. Ahora bien, por lo que se ve, ya no hay en Occidente más que una sola organización que posea un carácter tradicional y que conserve una doctrina susceptible de suministrar a la tarea de que se trata una base apropiada: la Iglesia católica. Bastaría para ello, sin cambiar para nada la forma religiosa bajo la que se presenta externamente, con restituir a su doctrina el sentido profundo que realmente tiene en sí misma, pero de la que no parecen tener la menor conciencia sus representantes actuales, como tampoco la tienen de su unidad esencial con las otras formas tradicionales; ambas cosas, por otra parte, son inseparables la una de la otra. Ello significaría la realización del Catolicismo en el verdadero sentido de la palabra, que, etimológicamente, expresa la idea de "universalidad", lo que olvidan un poco todos aquellos que quisieran no hacer de ella más que la denominación exclusiva de una forma especial y puramente occidental, sin ningún lazo efectivo con las otras tradiciones; y se puede decir que, en el presente estado de cosas, el Catolicismo no tiene más que una existencia virtual, puesto que en él no encontramos realmente la conciencia de la universalidad; pero no es menos verdad que la existencia de una organización que lleva un tal nombre es la indicación de una base posible para una restauración del espíritu tradicional en su acepción completa, y esto tanto más cuanto que, en la Edad Media, ya sirvió de soporte a este espíritu en el mundo occidental. No se trataría pues, en suma, más que de una reconstitución de lo que ya existió antes de la desviación moderna, con las adaptaciones

necesarias a las condiciones de otra época; y, si algunos se asombran de esto, o protestan ante semejante idea, es porque ellos mismos están, aun sin saberlo y quizá contra su voluntad, imbuidos del espíritu moderno hasta el punto de haber perdido por completo el sentido de una tradición, de la que no conservan más que la corteza. Convendría saber si el formalismo de la "letra", que es todavía una de las variedades del "materialismo", como hemos explicado más arriba, ha ahogado definitivamente la espiritualidad, o si ésta no está más que pasajeramente oscurecida y puede aún volver a despertar en el seno mismo de la organización existente. Sólo el desarrollo de los acontecimientos permitirá comprobarlo.

Puede ocurrir, por otra parte, que estos mismos acontecimientos impongan, antes o después, a los dirigentes de la Iglesia católica, como una necesidad ineluctable, algo cuya importancia ellos no comprenderían directamente desde el punto de vista de la intelectualidad pura; sería verdaderamente de lamentar que faltasen, para darles a reflexionar, circunstancias tan contingentes como las que proceden del dominio político, considerado fuera de todo dominio superior; pero es preciso admitir que la ocasión de un desarrollo de posibilidades latentes debe ser suministrada a cada uno por los medios que están más inmediatamente al alcance de su comprensión actual. Es por esto por lo que diremos lo siguiente: ante la agravación de un desorden que se generaliza cada vez más hay lugar a apelar a la unión de todas las fuerzas espirituales que ejercen todavía una acción en el mundo exterior, tanto en Occidente como en Oriente, y del lado Occidental, nosotros no vemos otra que la Iglesia católica. Si ella pudiera entrar en contacto con los representantes de las tradiciones orientales, tendríamos motivos para felicitarnos por estos primeros resultados, que podrían constituir precisamente el punto de partida de lo que tenemos a la vista, por que no se tardaría en comprobar que una *entente* simplemente exterior y "diplomática" sería ilusoria y no podría ocasionar las consecuencias deseables, de manera que lo que haría falta sería comenzar por donde normalmente se debería haber hecho, es decir, por encarar el acuerdo sobre los principios, acuerdo cuya condición necesaria y suficiente sería que los representantes del Occidente volvieran a ser verdaderamente conscientes de estos principios, como siempre lo han sido los representantes del Oriente. La verdadera *entente*, digámoslo una vez más, no se puede cumplir más que por arriba y desde el interior, por consiguiente, en el dominio que indistintamente se puede llamar intelectual o espiritual, porque, para nosotros, estas dos palabran tienen en el fondo la misma significación; a continuación y, partiendo de esto, la *entente* se establecería también forzosamente en todos los demás dominios, de la misma manera que, cuando se plantea un principio, ya no hay más que deducir de él o, más bien, explicitar, a partir de él, todas las consecuencias que en él se encuentran implícitas. Sólo hay un obstáculo que se pueda oponer a esto: es el proselitismo occidental, que no se puede decidir a admitir que a veces hay que contar con "aliados" que no sean "sujetos", o, para decirlo con mayor exactitud, se trata de la falta de comprensión de la que el proselitismo no es más que un efecto. ¿Será superado este obstáculo? Si no lo fuese, la élite, para constituirse, no tendría más que contar con el esfuerzo de los que estuviesen cualificados por su capacidad intelectual, fuera de todo medio definido, y también, bien entendido, con el apoyo del Oriente. Su tarea, naturalmente, se haría más difícil y su acción no se podría ejercer sino a largo plazo, porque tendría que empezar por crear todos los instrumentos necesarios, en lugar de encontrárselos ya preparados, como ocurriría en los otros casos. Mas nosotros no pensamos en absoluto que estas dificultades, por grandes que puedan ser, sean de tal naturaleza como para impedir lo que se debe cumplir de una manera o de otra.

Estimamos pues oportuno declarar todavía esto: desde ahora hay, en el mundo occidental, indicios ciertos de un movimiento que todavía se mantiene impreciso, pero que puede e incluso debe normalmente desembocar en la reconstitución de una élite intelectual, a menos que sobrevenga un cataclismo demasiado rápidamente como para impedirle desarrollarse hasta el fin. Apenas hay necesidad de decir que la Iglesia debería tener interés, en cuanto a su papel futuro, en alentar de alguna manera un tal motivo, antes que dejarlo cumplirse sin su concurso y verse obligada a seguirlo tardíamente para mantener una influencia que correría el riesgo de perder. No es necesario situarse en un punto de vista muy elevado, y difícilmente accesible, para comprender que, en suma, es ella la que obtendría las mayores ventajas de una actitud que, por otra parte, lejos de exigirle el menor compromiso en el orden doctrinal, tendría, por el contrario, por resultado liberarla de toda infiltración del espíritu moderno, y por causa del cual, por ende, nada se modificaría exteriormente. Resultaría un poco paradójico ver el catolicismo integral realizarse sin el concurso de la Iglesia católica, que se encontraría quizás entonces en la singular obligación

de aceptar ser defendida contra los ataques más terribles que nunca habría tenido, por hombres a quienes sus dirigentes, o al menos aquéllos a quienes esos dirigentes dejan hablar en su nombre, habrían intentado desacreditar, arrojando sobre ellos la sospecha peor fundada; y, por nuestra parte, lamentaríamos que fuese así. Pero, si no se desea que las cosas lleguen a este punto, aún tienen tiempo, aquéllos cuya situación les confiere las más graves responsabilidades, de actuar con pleno conocimiento de causa y no permitir ya más que tentativas que puedan tener consecuencias de la más alta importancia corran el riesgo de ser frenadas por la incomprensión o la malevolencia de algunas individualidades más o menos subalternas, como ya se ha visto y como lo demuestra todavía una vez más hasta qué punto reina hoy el desorden por todas partes. Estamos bien seguros de que no se nos agradecerán estos consejos, que damos con total independencia y de una manera enteramente desinteresada. No nos importa, y no por ello dejaremos de decir lo que creamos debe ser dicho, cuando haga falta y de la forma que nos parezca que conviene más a las circunstancias del momento. Lo que ahora decimos no es sino el resumen de las conclusiones a las que hemos sido llevados por ciertas "experiencias" recientes, emprendidas, no hay que decirlo, sobre un terreno puramente intelectual. Al menos por el momento, no tenemos por qué entrar a este respecto en detalles que, por lo demás, resultarían poco interesantes en sí mismos; pero podemos afirmar que, en cuanto precede, no hay una sola palabra que hayamos escrito sin previamente haber reflexionado sobre ella profundamente. Que se sepa bien que sería perfectamente inútil intentar oponer a esto argucias filosóficas que queremos ignorar; hablamos seriamente de cosas serias, pues no tenemos tiempo que perder en discusiones verbales que no tienen para nosotros el menor interés, y creemos permanecer enteramente al margen de toda polémica, de toda querella de escuela o de partido, de la misma manera que rechazara, por entender que ninguna nos cuadra; que esto guste o disguste a algunos no nos preocupa; así es, y nada podría hacernos cambiar de actitud al respecto.
Ahora debemos también dar un consejo a aquéllos que, por su aptitud para una comprensión superior, si no por el grado de conocimiento que han alcanzado efectivamente, parecen destinados a convertirse en elementos de la posible élite. No es dudoso que el espíritu moderno, que es verdaderamente "diabólico" en todos los sentidos de esta palabra, se esfuerce por todos los medios en impedir que estos elementos, hoy día aislados y

dispersos, lleguen a adquirir la cohesión necesaria para ejercer una acción real sobre la mentalidad general. A aquéllos que, más o menos completamente, han tomado ya conciencia del fin hacia el que deben tender sus esfuerzos, es a quienes corresponde no dejarse torcer por las dificultades, de cualquier tipo que sean, que se levantarán ante ellos. Para los que aún no han llegado al punto a partir del cual una dirección infalible no permite ya separarse del verdadero camino, las más graves desviaciones son siempre de temer; es pues necesaria la mayor prudencia, y de buena gana diríamos inclusive que esta prudencia debe ser llevada hasta la desconfianza, porque el "adversario", que no ha sido definitivamente vencido, sabe tomar las formas más diversas y a veces las más insospechadas. Ocurre que quienes creen haber escapado al "materialismo" son retomados por cosas que, pareciendo oponerse a él, son en realidad del mismo orden; y, dado el carácter del espíritu de los occidentales, conviene, a este respecto, ponerlos más particularmente en guardia contra la atracción que pueden ejercer sobre ellos los "fenómenos" más o menos extraordinarios; es de aquí de donde provienen en gran parte todos los errores "neo-espirituales", y es de prever que este peligro se agravará todavía más porque las fuerzas oscuras que nutren el desorden actual encuentran aquí uno de sus más poderosos medios de acción. Es inclusive probable que no estemos ya muy lejos de la época a la que se refiere esta predicción evangélica que ya hemos recordado en otra parte: "Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes prodigios y cosas asombrosas, hasta seducir, si ello fuese posible, a los mismos elegidos." Los "elegidos" son, como la palabra indica, aquéllos que forman parte de la "élite" entendida en la plenitud de su verdadero sentido, y, por otra parte, digámoslo de pasada, es por esto por lo que empleamos este término, "élite", a despecho del abuso que se ha hecho de él en el mundo "profano". Estos, por virtud de la "realización" interior que han conseguido, no pueden ya ser seducidos, pero no será igual para aquéllos que, no tiendo todavía en sí más que posibilidades de conocimiento, no son propiamente más que "llamados", y es por esto por lo que el Evengelio dice que "muchos son los llamados, pero pocos los elegidos". Entramos en un tiempo en que resultará particularmente difícil "distinguir la cizaña del trigo", de efectuar realmente lo que los teólogos llaman el "discernimiento de los espíritus", en razón de las manifestaciones desordenadas que no harán más que intensificarse y multiplicarse, y también en razón de la carencia de

verdadero conocimiento en aquéllos cuya función normal debería ser guiar a los otros, y que hoy día no son demasiado a menudo sino "guías ciegos". Entonces se verá si, en semejantes circunstancias, las sutilezas dialécticas son de alguna utilidad, y si es una "filosofía", aunque fuese la mejor posible, la que bastará para detener el desencadenamiento de las "potencias infernales"; esta es una ilusión contra la que algunos tienen todavía que defenderse, porque hay demasiada gente que, ignorando lo que es la pura intelectualidad, se imaginan que un conocimiento simplemente filosófico que, inclusive en el caso más favorable, es apenas una sombra del verdadero conocimiento, es capaz de remediarlo todo y de operar el enderezamiento de la mentalidad contemporánea, como hay quienes creen encontrar en la misma ciencia moderna un medio de elevarse a verdades superiores, siendo así que esta ciencia no está fundada precisamente sino sobre la negación de esas verdades. Todas estas ilusiones consitituyen otras tantas causas de extravío; muchos esfuerzos son por esto gastados en pura pérdida, y es así como muchos de los que querrían sinceramente reaccionar contra el espíritu moderno se ven reducidos a la impotencia, porque, no habiendo sabido encontrar los principios esenciales, sin los cuales toda acción es absolutamente vana, se han dejado arrastrar a callejones sin salida de los que ya no les es posible escapar.

Los que lleguen a vecer todos estos obstáculos y a triunfar sobre la hostilidad de un medio opuesto a toda espiritualidad serán sin duda poco numerosos; pero, lo diremos todavía una vez más, no es el número lo que importa, porque nos movemos aquí en un dominio cuyas leyes muy distintas a las de la materia. No hay pues por qué desesperar, y, aunque no hubiese ninguna esperanza de desembocar en un resultado sensible antes de que el mundo moderno se hunda en alguna catástrofe, tampoco ésta sería una razón válida para dejar de emprender una obra cuyo alcance real se extiende mucho más allá de la época actual. Aquéllos que estuviesen tentados de ceder al desánimo deben pensar que nada de cuanto se cumpla en este orden puede jamás resultar perdido, que el desorden, el error y la oscuridad no pueden arrasarlo sino en apariencia y momentáneamente, que todos los equilibrios parciales y transitorios deben concurrir necesariamente al gran equilibrio total, y que nada podría prevalecer finalmente contra el poder de la verdad; su divisa debería ser aquélla que en otro tiempo adoptaron determinadas organizaciones iniciáticas de Occidente: *Vincit omnia Veritas.*

EL ARTE DE LA INTERPRETACION ASTROLOGICA
Georges Antarès

La obra más completa e importante sobre la interpretación astrológica. Antarès propone al lector un método racional y progresivo para hacer de él un maestro astrólogo.
El complemento indispensable de todo manual.

TRANSITOS PLANETARIOS Y DESTINO
Georges Antarès

Método práctico infalible para predecir el futuro según la astrología. Antarès estudia en profundidad, con gran sentido común y precisión los efectos de los tránsitos sobre el tema natal.

En preparación

CURSO DE ASTROLOGIA
Jeff Mayo

Manual de iniciación amparado por la seriedad de su autor, que ocupa en Inglaterra una cátedra universitaria de astrología. Jeff Mayo aglutina en este libro todos los datos básicos para iniciarse en la astrología.

ZODIACO; EL PULSO DE LA VIDA
Dane Rudyar

Uno de los trabajos más alabados de Rudyar que expone magistralmente toda la filosofía de la astrología a partir de la psicología jungiana y del dualismo cósmico Yin-Yang.

COLECCION TRADICION HERMETICA

Títulos publicados

ESOTERISMO Y SIMBOLISMO
R.A. Schwaller de Lubicz

Magnífica y clara exposición de los principios fundamentales del esoterismo y el simbolismo, por un gran especialista. Obra básica para iniciarse en estos temas.

LOS SIMBOLOS DE LOS EGIPCIOS
Frédéric du Portal

Uno de los trabajos más serios sobre el simbolismo de los antiguos egipcios. El autor descubre cómo éstos pueden aplicarse a la Biblia y analiza varios pasajes de la Escritura a la luz de los símbolos de los egipcios.

EL LIBRO DE LAS FIGURAS JEROGLIFICAS
Nicolás Flamel

La obra más importante del célebre alquimista francés que vivió siglos. Edición facsímil del texto original y traducción castellana anotada. Este libro fue uno de los más apreciados por el alquimista moderno Fulcanelli.

CONCLUSIONES MAGICAS Y CABALISTICAS
Pico della Mirandola

Selección de las conclusiones más lúcidas y atrevidas del genio renacentista que fue Giovanni Pico della Mirandola, conde de la Concordia. Texto latino y única edición existente de Pico en castellano.

De próxima aparición

NUMEROLOGIA OCULTA
Enrique Cornelio Agrippa

Los textos más reveladores que sobre numerología nos ha dejado el mago más famoso de todos los tiempos.

TRATADO DE LAS SIGNATURAS
Oswaldo Crollius

Tratado Hermético sobre las correspondencias o signaturas entre los tres reinos de la Naturaleza.

Libro teórico práctico, texto de estudio indispensable para el astrólogo y el mago.

DE LAS FUERZAS MAGICAS DE LA NATURALEZA
Karl von Eckartshausen

Los principios generales de la Magia Blanca y la explicación más autorizada de qué es la Magia, cómo y por qué funciona. Edición original en facsímil y traducción anotada.

OTROS TITULOS PUBLICADOS

Colección LA AVENTURA INTERIOR

LA VERDADERA VIDA
León Tolstoy

León Tolstoy, uno de los novelistas rusos más apreciados en nuetra época posee una obra como ensayista sumamente importante que tuvo una repercusión decisiva sobre Gandhi y su filosofía de la no-violencia. Entre sus ensayos se encuentra LA VERDADERA VIDA, donde nos ofrece su original concepción del cristianismo.

En preparación

SRI AUROBINDO O LA AVENTURA DE LA CONSCIENCIA
Satprem

OTROS TITULOS EN PREPARACION

EVANGELIUM VERITATIS (el Evangelio de la Verdad). Evangelio apócrifo gnóstico más antiguo que los cuatro Evangelios canónicos. Traducido del copto por J. E. Ménard..

EVANGELIOS GNOSTICOS (el Evangelio según Felipe, la Hipóstasis de los Arcontes y el Logos sobre la resurrección). Traducción directa del copto por el doctor Secundí Sañé.

SOBRE LA MAGIA
Tomasso Campanella

CONCORDIA MITOFISICO CABALO HERMETICA
Saint-Baque de Bufor

TEXTOS DE ALQUIMIA
Ramón Llull

EL ANTRO DE LAS NINFAS
Porfirio